



Regento

*Un seductor
afortunado*

LAURA A.
LÓPEZ



*Un seductor
afortunado*

LAURA A.
LÓPEZ

Contenido

[Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Conoce la próxima novela de la serie Familia Fane:](#)

[Biografía](#)

Un seductor afortunado

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2311176145425**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Capítulo 1

El tortuoso sonido del pianoforte mortificaba a los miembros de la residencia de lord Nottingham. El gato Clauss fue el primero en salir huyendo al ver quién estaba sentada en el banquillo del instrumento, sin duda el único inteligente de la familia.

—Es suficiente... —pronunció Fanny para que su hermana Rose, detuviera el brutal acto de tortura que llevaba en contra de los visitantes. Su esposo estaba a punto de estallar, tenía las manos cubriendo sus orejas para no seguir sufriendo.

—¿No creen que he mejorado algo? —preguntó Rose, esperanzada.

—No —respondió Albert, el duque de Salisbury, y esposo de Kitty, la mayor de las Fane—. No vuelvan a invitarme si piensan hacerme pasar por esta tortura.

—Considero que ha mejorado un poco desde la semana pasada —manifestó Clifford, conde de Montgomery y esposo de Fanny, tercera hermana Fane.

—Creo que el único inteligente ha sido el gato —opinó lord Nottingham, hermano mayor de la familia Fane.

—¿Alguien más apoya que soy un desastre? —increpó Rose, ofendida.

Su cuñado, Foster, conde de Earl, levantó su mano para dar su conformidad por lo que la propia Rose había dicho; sin embargo, recibió un golpe de su esposa, Meredith.

—Lo has intentado mucho, Rose, pero sería una locura que te presentaras en esa velada musical. Nos matarás de vergüenza y hundirás a Eugenia en su carrera por conseguir un esposo en dos años más —aseguró Spencer.

—Por fin alguien dice algo coherente. Rose es incapaz de ejecutar el pianoforte. De nada sirve que sigamos torturándonos en vano. El pobre Clauss no sabemos cuándo regresará gracias a los desbarajustes de ella —masculló Eugenia, la menor de las hermanas Fane.

Rose no comprendía la razón por la que era una completa inútil en cuestiones del pianoforte. Quizá sus dedos fueran muy cortos o algo. Durante las primeras semanas de su presentación en sociedad, las cosas para ella iban viento en popa. En su carnet siempre faltaba lugar para seguir completando nombres, los probables candidatos eran de familias respetables y sin deudas, por lo que cualquiera era bueno. Esperaba que pronto alguno se presentara, alguno de su preferencia por supuesto, pues su hermano le había dicho que concedería su mano solo a la persona que ella quisiera, porque casi todas sus hermanas se habían casado por amor y solo una por obligación.

—Entiendo... —musitó Rose que agachó la cabeza y se retiró hacia la segunda planta de la casa.

La institutriz, la señorita Harting, siguió a su pupila, a la que escuchaba sollozar en el pasillo que la llevaba a su habitación.

—Milady... —llamó la mujer a Rose a la que vio arrojarse sobre la cama para llorar a gusto.

—Lo he intentado tanto, señorita Harting. No solo llevo una vida intentando que ese instrumento endemoniado resulte algo bueno para mí —lamentó.

—Escuche, debería declinar la invitación para tocar, milady. Si el pianoforte llegara a sonar como lo hizo en la sala con anterioridad, ni usted ni lady Eugenia se casarán. Usted tiene otros artilugios que puede poner en práctica para conquistar a un caballero. No tiene que recurrir a algo en lo que no es tan diestra. Recuerde que puede perjudicar a su hermana.

—¡No quiero pensar en otros! Quiero preocuparme por mí, señorita Harting. A Eugenia nadie la salvará de su lengua. Es tan privilegiada al ser la última.

—Habla de privilegios, la única a la que se le ha concedido escoger un esposo, al que quiera. Lord Nottingham quiere que su hermana consentida, tenga más beneficios que las otras.

—Eso no es cierto. Nos quiere a todas, solo que yo he sido más apegada porque extraño mucho a mi padre y Spencer es como él.

—Lo sé, milady. —La señorita Harting acarició a Rose en la espalda como una muestra de consuelo—. La comprendo, pero recuerde que es mejor suspender la velada musical que

avergonzarse. Los candidatos se acercan a usted como insectos a la luz, no necesita demostrar que es perfecta.

—No intente mentirme, señorita Harting. Una dama con mínima preparación debe tocar un instrumento, pero yo... literalmente lo toco y no hago nada más. No he podido sacarle unas notas completas. Mis dedos son cortos o no lo sé. No ha servido que me colgara del árbol ni que me estirara los dedos. Nada ha ocurrido, ni siquiera he crecido un centímetro.

—Lo hemos intentado. ¿Y si mejor lo intenta con el violín?

—Mmm... Puedo sacar la misma pieza que Eugenia completaba sin problemas a los siete años —se quejó Rose.

—Es eso o sepultar a su familia en la fosa de la vergüenza.

La joven suspiró, después se sentó, limpió sus lágrimas y asintió a lo que había dicho la institutriz.

—No quiero hacerle algo tan malo a Spencer, él no merece eso. Lo mejor es que me disculpe y no asista fingiendo que mis manos han sufrido un accidente...

—Muy bien, milady.

—Un accidente que se llama incapacidad por inutilidad. Espero que mi esposo nunca me pregunte qué sé hacer, porque le respondería que soy una experta consentida, que soy apta para dirigir una casa y que puedo bordar un pañuelo para que se sienta atendido.

—Un caballero que se interese por usted, pasará por alto sus imperceptibles defectos. No lo dude, de ese mar de caballeros, alguno la amará con demencia y terminará ignorando más cosas que la falta de talento para un instrumento.

—Gracias por su consuelo, señorita Harting. Lamento no ser la mejor de sus pupilas.

—Me siento orgullosa de todas ustedes, en especial de usted y de su desempeño. Su temporada es magnífica y pronto terminará casada con el hombre que desea. Considero que eso es cuestión de que se decida.

—No puedo decidirme por nadie. No tengo una oferta por la cual quemarme las pestañas pensando. Todavía quedan muchas semanas por bailar.

—Sí, milady. Lo mejor está por venir.

Después de que la señorita Harting la dejara sola, Rose se recostó en la cama para consolarse con la almohada. Se sentía frustrada al no tener la capacidad suficiente para ejecutar algo a la perfección. Lo que le dolía era que su familia hacía lo posible por apoyarla, pero tampoco eran de hierro. No quería defraudarlos.

Una vez que Rose terminó de revolcarse en su miseria, alzó el mentón para salir de su habitación con orgullo, ya había sido derrotada horas atrás, en ese instante necesitaba recuperar la moral. Al salir al pasillo, encontró a su hermano y ella quiso seguir su camino; no obstante, él la retuvo para conversar.

—Fui duro contigo, Rose —se disculpó Spencer, mortificado.

—No creo que lo fueras. Fuiste sincero, además, ya he crecido, no es necesario que intentes protegerme de todo, estoy comprendiendo cómo funciona la vida de una mujer.

—No todo es ejecutar un pianoforte.

—Pero es importante. En todas las reuniones en casa de nuestras hermanas nos deleitan con un buen desempeño; sin embargo, cuando llega mi turno todos comienzan a gesticular y tapar sus oídos. ¿Imaginas que mate a mi esposo a causa de mi nula habilidad para el deleite?

—Le das importancia a algo que no lo tiene.

—Es importante, si no fuera de esa manera, la señorita Harting no hubiera invertido toda su vida en nosotras.

—¿Quieres que te compre algo para alegrarte? No puedo verte triste.

—No sería justo, Eugenia no te dejaría en paz.

—Lo sabrá porque tiene la nariz metida en los asuntos económicos de esta casa y de las demás.

—Espero que no hable con sus candidatos sobre eso. A ningún hombre le gusta tener a una dama metida entre sus cosas.

—A medida que pasan los días, ella deja de ser una dama para casi parecer un caballero.

—No me perturbes, necesito tranquilidad y eso significa que mis hermanas se comporten y consigan sus objetivos. Estoy orgulloso de ti, Rose. No me has dado problemas y te comportas bien. La música es un problema menor comparado con tu gracia y tu belleza.

—Me quieres demasiado y, ¿sabes qué es lo peor? Que te correspondo en la misma medida.

Spencer le dio un beso en la frente a su hermana y le sonrió. La dejó continuar su camino hacia la planta baja y él siguió el suyo.

¿Cómo no adorar a su hermano si se preocupaba tanto por ella? Solo deseaba su bienestar, por eso, Rose necesitaba mejorar en todo. Spencer tenía altas expectativas en lo que hacía, no podía caer. Por su bien y el de su familia, había decidido apuntar hacia lo más alto de la nobleza. La duquesa viuda de Salisbury le había dado varios consejos para que no se conformara, algunas de sus palabras fueron: «Se están llenando de condes, aspira a un marqués o a un duque».

Por supuesto que ella entendía a la perfección que la mujer le deseaba un buen pasar. Todas sus hermanas vivían en la opulencia porque sus esposos eran ricos, pero Kitty siendo duquesa era más respetada que las demás. Tal vez fuera ambicioso de su parte pensar en que podría aspirar a algo más que un conde, aunque sentía temor que su corazón persiguiera la pobreza.

En el salón, encontró a sus parientes riéndose sin mucho recato. Todos parecían divertirse demasiado y ella también quería participar, pero ya sabía cuál era la razón de tanta algarabía: Eugenia. Ella acaparaba la atención de una manera incomprensible, mas entendía que era muy carismática, mucho más que la misma Rose o que sus otras hermanas.

—¿Qué pasa, jovencita? He llegado hace un momento y no estás tan contenta como los demás aquí —comentó lord Sharp como saludo.

—Solo estaba descansando en mi habitación por un momento.

—Aprovecha un día libre, mañana vuelves a la carga dentro de los salones. Me han dicho que irás a una velada musical y serás una de las protagonistas.

—No haga caso de lo que desvarían en esta casa, lord Sharp.

—Nadie de aquí me ha dicho nada. Fue lady Kirby. No ha dejado de halagarte y decir que eres la mejor de las hermanas Fane, y la más bonita. Ella dice que en un concierto es donde los mejores peces se ponen a nadar. Debes hacer que alguien muerda el anzuelo —recomendó lord Sharp con picardía.

Una hora atrás estuvo dispuesta a abandonar la idea de la velada musical, pero ante la presión que ejercían en ella otras personas ajenas a su familia, debía aceptar el reto y seguir practicando hasta que todos quedaran con orejas de pescado por oírla.

Rose logró entregarle una sonrisa de seguridad al viejo lord Sharp y fue a integrarse junto a sus hermanas, fingiendo que no tenía preocupaciones.

En la cena, todos conversaban sobre las nuevas habilidades del hijo de Clifford y Fanny, aquel niño era un Fane de raza, experto en meterse en problemas. La mesa de la casa cada vez se hacía más pequeña y por eso, Spencer había pedido una nueva para que estuvieran más cómodos, también con eso proyectaba la familia que Rose y Eugenia tendrían cuando llegara el ansiado momento de contraer matrimonio.

—¡Miren quién ha vuelto a la casa! ¡Pobre de ti, Clauss! Rose es extremadamente egoísta con su actuar y no piensa en que eres sensible... —manifestó Eugenia cogiendo en brazos al minino.

—Y gordo, tanto que ya no puede salir por la ventana —espetó Foster, cuya relación con el felino no era la mejor desde que se conocieron.

—Para eso tenemos sirvientes. Helen puede abrir la puerta. Él es un lord de los gatos y merece la mejor atención del mundo —alegó la menor de la familia Fane.

—Vive mejor que muchos —farfulló Rose, motivada por el enfado que le producían las

insinuaciones de Eugenia.

—Una tortura no es vivir mejor. Considero que Clauss y yo necesitamos un retiro a la cálida propiedad de Gloucestershire. La paz nos confortaría y, además, nos libraría de la tortura que sufrimos y más las últimas semanas.

—Seguirás tolerando mis prácticas porque lograré ejecutar ese pianoforte, aunque termine muerta en el intento.

—¿Pueden dejar de discutir? Haremos las cosas de manera sencilla: Rose se quedará en casa con la señorita Harting, y el resto de nosotros dará un paseo en ese horario —propuso Victoria, la esposa de Spencer, a lo que todos asintieron.

No podía hacer más que comprender a Victoria, pues amaba mediar en los conflictos familiares, por más que en esta ocasión la hiciera sentirse peor que antes.

Capítulo 2

Para Harper Rottenberg, duque de Alcost y sus amistades, la noche avanzaba sin muchas emociones. Se encontraban en un baile al que habían sido invitados y no se divertían demasiado.

Harper observaba a las jóvenes más bonitas para poner a prueba sus habilidades de conquistador, aunque no con la intención de casarse. Él aún no había encontrado el ímpetu necesario para tal hazaña, porque fortuna y atractivo le sobraba. Con veintiocho años era un joven y codiciado soltero y deseaba aprovechar esa fama para romper corazones, era su diversión favorita, puesto que su atractivo lo favorecía. Su cabello rubio, sus ojos grises y su cuerpo atlético tenían a muchas damas interesadas.

Cuando él vio a una joven que le agradaba para bailar y conversar, tomó el camino hacia ella; sin embargo, su amigo lo cogió del brazo para detenerlo.

—Harper, no me digas que vas junto a ella... —habló lord Bentley, amigo del duque.

—Sí, Bradley, pero ya sabes cómo soy de intempestivo algunas veces —justificó Harper con suficiencia.

—Lo habíamos hablado. Sabes que ella me interesa para convertirla en mi esposa —alegó Bradley.

—¿Te sientes tan insuficiente para ganarte las atenciones de ella? En lugar de estar aquí conmigo y con Walton, podrías estar conquistándola. Ella no vendrá corriendo hacia ti, eso no hace una dama —se burló Harper antes de continuar con su camino—. Sé que tienes miedo de mí por ser más atractivo e importante que tú, Brad.

—¡Desgraciado! —masculló el conde de Bentley viendo como Harper se perdía entre la gente.

—Cálmate, Brad —pidió lord Walton colocando una mano sobre el pecho para que se calmara.

—Lo habíamos conversado y tú estuviste presente. Se ha limpiado la nariz con su palabra —masculló.

—Todos tenemos la misma edad, pero él nos quita ventaja con su atrevimiento, y lo peor es que jugará con una dama que quizá terminará siendo nuestra esposa. Las reuniones serán incómodas después de recordar que ellos pudieron haberse casado.

—Estoy cansado de la actitud de Harper. Cada vez está peor.

—Vuela alto, pero Brad, mientras más alto el vuelo, más dolorosa es la caída. Harper caerá porque es arrogante, es cuestión de tiempo.

—Pues yo quiero que sea ya. No esperaré nada, tomaré esto con la gravedad que merece. No dejaré de ser mi amigo, pero estoy harto de su falta de fidelidad a nosotros. De aquí en adelante aprenderá a cumplir con su palabra y sus compromisos adquiridos.

—¿Qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé, aunque de algo sí estoy seguro, lo sacaré de mi camino. ¿Cómo? Lo veremos más adelante, la decisión está tomada.

Mientras ellos discutían, Harper disfrutaba de las mieles de una buena compañía, olvidando sus principios y la palabra que había empeñado con Bradley. Consideraba que su amigo estaba tomando el asunto con esa joven demasiado en serio, pero no movía un músculo por acercarse y conquistarla. Tampoco él dejaría que una dama que le agradara se le escapara porque a Bradley le apetecía casarse. Además, todas las mujeres preferían a los duques, si tenían a uno que las acecharan se arrojarían a sus pies.

Para Harper, la vida era sencilla: le sacaría el beneficio, primero estaba él y luego el resto. Tenía mucha confianza en que podría alcanzar sus objetivos sin mucho esfuerzo y solo con su inteligencia. No estaba desesperado por hacer una vida común de esposo aburrido que por siempre estaría con la misma persona a la que terminaría odiando si no escogía bien. Lo mejor era esperar a que la mujer de su vida apareciera y cualquiera de esas jóvenes que desfilaban frente a él podía ser esa persona.

Durante la noche, fue saltando de dama en dama, sabía divertirse y divertir. Todas ellas

creían tenerlo atrapado; sin embargo, ninguna sabía que era un pájaro difícil de enjaular. La joven que le interesaba a Bradley era agradable, pero no más que otras, por lo que él podía estar seguro de que no tocaría a su tan preciada joya, aunque sí volvería a sacar a su amigo de sus casillas invitándola en otras ocasiones.

—¿Se encuentran de mejor ánimo? —indagó Harper al encontrar a sus amigos en el mismo rincón en el que los había dejado. Él estaba agitado, mientras que ellos ni siquiera se habían despeinado.

—Sí, estamos mejor, somos más razonables, Harper —replicó Bradley con una sonrisa conciliadora que no dejaba ver sus verdaderas intenciones. Él no estaba ni tranquilo, ni entusiasmado. Junto a Walton, ideaban una manera de hacer caer a la arrogancia con piernas que era Harper.

—Comentábamos sobre hacer un corto viaje. Estamos a mitad de temporada y sabemos que lo mejor está en el inicio o en el fin. Pensamos tomarnos un descanso de una semana —contó lord Walton.

—¿No pensaban invitarme? —preguntó el duque, curioso.

—Oh, por supuesto. Todavía no sabemos a la propiedad de quién iremos —contestó lord Bentley.

—Pueden ir conmigo a una de mis fincas más cercanas. Tenía pensado hacer una visita a un lugar tranquilo y fresco, encontraremos algo para cazar en la propiedad. Si ustedes no desean ir, no hay problema, de todas formas, iré porque debo conversar con el administrador. Es algo que tengo pendiente desde hace tiempo. ¿Están de acuerdo en partir por la noche de la velada musical dentro de tres días? Siempre es divertido burlarse un poco de algunas damas a la vez que aplaudimos para alimentar sus egos, pese a que saben que muchas carecen de talento. Espero que sus futuras esposas y la mía sean muy diestras en la música.

—Estoy de acuerdo con Harper en salir esa noche, aunque agradecería no tener que participar de semejante tortura y vergüenza pública. Nunca expondré a ninguna hija mía a semejante escrutinio —alegó Walton.

—Es la diversión de la vida. Sin las personas sin talento no existiría algo de qué reírnos en

nuestros momentos de debilidad. Nos divertiremos mucho en mi propiedad. También podríamos ver para buscar mujeres de la vida alegre y pasar el rato, salvo que se crean virginales criaturas de Dios, ustedes deciden.

Los tres caballeros continuaron conversando y ajustando detalles para la salida que estaban planeando. Después de que se despidieron, Harper regresó a su lujosa y solitaria residencia.

En ocasiones extrañaba a su padre, que había fallecido hacía dos años atrás, era el único que siempre estuvo a su lado. A su madre no la recordaba, había muerto cuando él tenía cinco años por unas fiebres. Si no fuera por la galería de la casa, ni siquiera sabría cómo era.

—Buenas noches, excelencia, ¿le sirvo una copa de brandi? —preguntó su ayuda de cámara que, al escuchar la puerta de entrada, se acercó para atender al dueño de la casa.

—Sí, me apetece un poco. No tengo ganas de dormir. Estoy animado con la idea de ir a una de mis propiedades cercanas. Estoy un poco cansado de la temporada, ¿sabes? No es que busque esposa, pero ninguna cumple mis expectativas. Una es bonita, pero sin un ápice de inteligencia, otras son feas, mas muy preparadas.

—Creo que este año se ha involucrado más que en años anteriores, recién lleva tres veladas que son bastante exclusivas para conocer a otras damas.

—Es cierto. Siempre es bueno hablar contigo, Silvester. Es que comenzaba a aturdirme por mi propia ansiedad. Sé que soy un poco exigente como lo que espero de la gente. Temo vivir acompañado de una mujer a la que odiaré. No he tenido la oportunidad de conocer la convivencia de mis padres, pero para haber tenido un solo hijo, me dice que la llama de la pasión jamás existió.

—No considero que sea exigente, excelencia. Una duquesa no es cualquier persona, debe ser una mujer preparada para estar en la cima y bajo muchos ojos, al igual que usted. Créame, las matronas no escatiman para cazar águilas, los pajaritos son solo consuelo al no conseguir lo que desean.

—Estoy más convencido de que debo seguir adelante con mi plan de estirar mi soltería más tiempo. Si hay algo que adoro es coquetear con las damas. Es emocionante y placentero al ver cómo se regocijan y disfrutan de un galanteo apropiado, podríamos decirle. Ni loco pensaría en

tocar a una de las jóvenes ni por más tentado que estuviera. Un segundo de locura podría convertirse en un infierno eterno.

—Sí, excelencia, por eso es mejor que se recree en las damas alegres de la noche para desahogar sus pasiones. —El criado le sirvió la copa y se quedó junto a él para seguir escuchando lo que perturbaba al duque.

Harper siguió sentado en su salón por una hora más. Sus sentidos estaban alertas, como si algo fuera a pasarle. Nunca antes se había percibido tan pensativo y perdido en cosas que antes no le generaban interés. Si bien, sus ideas no habían cambiado respecto a casarse pronto o ser un codiciado soltero, algo le perturbaba. Tampoco se trataba de la culpa por haber molestado a Bradley, pues al final no hubo roces más que el que mantuvieron antes de que él hiciera su voluntad.

Días después, había llegado la noche musical. Harper no quería regresar a su residencia después de la velada. Prefería partir desde ahí en compañía de su brandi y un libro, pues sus amigos le comunicaron que irían al día siguiente por la mañana. Estaría en la mejor compañía posible: él.

En aquella velada musical que él pensaba que no era exclusiva, estaba lleno de las mismas damas de siempre, aunque había encontrado a unas más. Sus ojos no habían dejado pasar a una joven rubia, elegante, graciosa y de grandes ojos azules. No sabía quién era, pero la veía conversando con la anfitriona y otras mujeres.

—¿Qué estás mirando, Harper? —indagó lord Bentley, que había llegado junto a su amigo.

—Veo un paraíso de féminas en este lugar. Mira la que tiene la partitura, es muy bonita —respondió Harper.

—Es tan bonita como las otras. —Bradley le quitó importancia al asunto, pero ya tenía a la persona indicada para que Harper se encausara hacia el matrimonio.

—¿No sabes cómo se llama?

—De todas maneras, lo averiguarás, supongo.

—¿Todavía sigues enfadado por lo de la última vez? Es una tontería. Sabes que la mujer que te interesa tiene más posibilidades de fijarse en mí que en ti y es porque soy lo que todas desean: joven, rico y aventurero.

—Seguro, su excelencia. Lo mejor es que reservemos los mejores lugares para que nuestros oídos sufran.

Bradley trataba de no reaccionar ante las provocaciones intencionadas de su amigo. Lo conocía bastante bien, pues Harper no dejaba mucho a discreción. Su arrogancia era su mayor defecto y aquel que lo condenaba frente a sus ojos. Podía soportar sus bromas fuera de lugar, pero no una humillación. Era intolerante a ello.

El duque se adelantó para guardar un buen lugar, mientras no dejaba de observar a la joven que había llamado su atención. A la par de él, lord Bentley había encontrado a lord Walton y ambos se dedicarían a averiguar de quién se trataba la mujer que le agradaba a Harper.

—¿Estás seguro de esto? —increpó el conde de Walton.

—Más que nunca, mi querido amigo. Esa mujer que ves ahí es la solución a la prepotencia de Harper, solo que también debemos saber quién es. No podemos casarlo con cualquiera, debe ser alguien de importancia social.

—Me pongo manos a la obra y tú también. Tenemos que esperar hasta que las mujeres comiencen a ejecutar los instrumentos para poner en marcha el plan.

—Será tan rápido que nunca sabrá que lo golpeó. Imaginaba todo más complicado, pero las cosas se han puesto fáciles al indicarnos sus gustos él mismo.

Los dos cómplices se separaron y comenzaron a socializar con cuantas personas podían para conseguir información sobre la joven. Algunas matronas ya parecían complacidas al oír que dos caballeros preguntaban por la misma dama.

Lady Kirby estaba como pez en el agua, nadando a su antojo al conversar con uno de ellos.

—Es la hermana de lord Nottingham, lord Walton. Lady Rose Fane es un excelente partido para alguien como usted. Me sentiría muy orgullosa de presentarlos. Le hablaré más de esa familia y de lo bien emparentados que se encuentran con las uniones que han conseguido todos ellos...

Capítulo 3

El conde de Walton escuchaba con atención lo que decía una de las mujeres más casamenteras de Londres. Él no podía estar más complacido por lo que oía. Al final terminarían favoreciendo a Harper con el mejor matrimonio que cualquiera podría concretar, tanto, que sentía cierta envidia de la suerte de su amigo. Esperaba que alguien tuviera esa cortesía de conseguirle una excelente esposa.

—Lamento que milady ya esté en las pupilas del duque de Alcost. La información que recibo es exclusivamente para él.

—¡Un duque! Esas jovencitas tienen la suerte en la sangre para poder cazar a tan buen candidato, de hecho, al mejor de la temporada. ¡Oh, milord! No crea que un conde no es nada apetecible. Usted está en la lista de algunas osadas damas, y también su amigo, lord Bentley.

—Qué honor, milady. No se olvide de presentarme con alguna de ellas...

—¡Por supuesto! Después del concierto le presentaré con todas las que guste.

Lady Kirby estaba exaltada por el encanto de lord Walton y por la oportunidad de conseguir concretar una pareja más. Estaba muy cerca de casar a otra Fane con un duque, uno que era tan seductor como lo fue su cuñado, lord Earl, en el pasado. Esas niñas atraían a los sinvergüenzas y debía aprovechar esa situación.

Lord Walton se despidió de la matrona y fue a buscar a Bradley para contarle lo que había podido averiguar sobre la joven.

—¿Dónde te habías metido, Brad? —increpó su amigo que lo había buscado por todo el salón.

—Me estaba relacionando con otros mortales para conocer a la afortunada dama que conseguirá un esposo pronto.

—Es la hermana de lord Nottingham, me lo ha dicho lady Kirby.

—Sí, también supe lo mismo que tú. Él es un maldito con suerte. Le haremos el bien sin que Harper lo sepa. Ni siquiera podría escoger tan buena esposa. ¿Qué mujer podría superar a una bella y adinerada joven?

—La hija de un duque es lo único que podría sobrepasarla en rango.

—Sí, pero él ha estado en múltiples fiestas con las hijas de los nobles más importantes, no solo de Inglaterra, y no ha conseguido mucho.

—Es porque no le interesa casarse. Lo único que a mí me importa es que no ponga sus libidinosos ojos en mi amada.

—Al menos deberías acercarte un poco más a ella. No todo es culpa de Harper, él solo quiere divertirse.

—No se divertirá con la mujer que pienso convertir en mi esposa, hay que ser celosos y mantener el buen nombre de una dama.

—Entonces manos a la obra para que Harper sea bendecido con una esposa.

Los dos caballeros pusieron en marcha sus ideas para que todo saliera a la perfección.

Ajena a todas las cosas que se gestaban a su alrededor, Rose sentía que temblaba como una hoja al viento. Durante varios días estuvo practicando sin descanso, esa era una de las noches más importantes. Ella no quería mirar a su alrededor por vergüenza, pero se decidió a hacerlo para ver a su hermano que quizá estuviera cavando un hoyo para arrojarse por la humillación pública que, según él, le haría pasar. Sin embargo, muy cerca de su hermano, se encontraba un caballero con el que sus ojos se habían cruzado. Todavía no había tenido la oportunidad de conocerlo. Era tan atractivo que le costaba trabajo disimular que se sentía atraída por sus facciones.

Con más razón debía hacer algo bien. No podía desperdiciar la oportunidad de quizá conquistar a su futuro esposo, tanto él, como cualquier otro, podría estar esperando a la mujer correcta y ella debía serlo.

—Vamos, jovencitas. Todas ubíquense en sus posiciones. Recuerden que cada una tiene un número para entretener a todos los presentes. Para motivarlas, les cuento que hay excelentes partidos esperando a alguna de las bellas flores inglesas que están hoy aquí. Den su mejor esfuerzo, de aquí pueden salir con un pretendiente importante. Ellos esperan una esposa talentosa y ustedes un buen marido —dijo lady Kirby para alentarlas.

Las jóvenes casi saltaban en un pie a causa de la emoción al saber que tenían ojos esperándolas, aunque Rose era la excepción. Por accidente, lady Kirby había puesto más cargas en ella y en sus expectativas.

Cuando fue a ubicarse junto al resto para esperar su turno, Rose vio cómo la matrona se había presentado ante ella, como si fuera un espectro.

—Lady Rose Fane, la más bella de las hermanas y será igual de afortunada que el resto... ¿Sabe que hay un duque joven entre el público y que está cerca de su hermano? Trate de impresionarlo. Eso le hará muy bien a lord Nottingham. El pobre ha envejecido un poco en estos años, deben ser las preocupaciones por casar a sus hermanas... —declaró lady Kirby.

Un duque... ¡Por supuesto que a ella le interesaba eso! Lo único que lady Kirby no tenía en cuenta era su falta de talento. Con eso tal vez ya no pudiera impresionar a nadie y terminaría casándose con algún hombre necesitado que le debía dinero a Foster. Ir mal casada era la pesadilla de cualquier dama, y más la de ella.

—Lo tendré en cuenta, lady Kirby, aunque quizá no pueda impresionarlo mucho. Me he cortado la mano...

—¿Una dama con la mano cortada? ¿Qué estaba haciendo? Qué irresponsabilidad de lord Nottingham.

—Fue un descuido con la tijera de jardinería, milady. Estaba quitando un par de ramas secas. —La mente de Rose trabajaba a máxima capacidad para inventar algo y al menos que esa mujer pudiera explicar eso cuando llegara el momento de avergonzarse.

—Me apena mucho, pero de todas maneras le pido que se esfuerce. Dolerá más casarse con alguien sin el título de duque.

—Por supuesto, lady Kirby. Debo ir a formar la fila junto a las demás...

La joven esperaba tras una gran cortina en la cual había varias sillas con damas ocupándolas, todas esperaban su turno para impresionar y Rose no dejaba de temblar. Sus piernas se movían como si tuviera mucho frío. El miedo le decía que faltaba poco para que todo iniciara y ella se arrojara al abismo de la vergüenza por confiada, pues nunca debió aceptar participar sabiendo que tenía dos manos izquierdas para el pianoforte.

Entre los espectadores, Harper esperaba que los actos comenzaran. La joven que lo había atraído había cruzado la mirada con él y eso solo significaba una cosa: que lo aprobaba y que cualquier acercamiento sería bienvenido. Harper consideraba que felicitarla al final de concierto era la mejor estrategia de acercamiento.

Imaginaba a esa joven tan hermosa, sentada en el pianoforte, ejecutándolo de una manera magistral, con unos movimientos armoniosos de sus dedos y la posición curva de su cuello de cisne. Tenía una imaginación muy motivadora.

La anfitriona comenzó a hablar de lo que sería el concierto, mientras que Harper buscaba a sus amigos. Los asientos junto a él se habían llenado y ellos no podrían sentarse ahí. ¿En dónde estaban?

La ejecución de las primeras damas había sido impecable; sin embargo, aún no le tocaba el turno a la dama que él esperaba. Cuando llegó el momento en que la vio entrar al escenario, sonrió sin darse cuenta, aunque le llamó la atención que tuviera puestos sus guantes y que no se los quitara como el resto de las demás.

—Por Dios, ¿qué se supone que hará Rose con sus guantes puestos? —masculló Spencer que estiró su pañuelo que comenzaba a apretarle el cuello. Él debería estar en su casa, escuchando la melodiosa interpretación de su esposa, mientras la admiraba con una copa de brandi en la mano, esperando una apasionada noche después de eso; no obstante, estaba en un concierto con su hermana menos talentosa. Eso no podía acabar bien de ninguna manera.

—Guarda silencio, Spencer. No quieres que los buenos candidatos se espanten por lo que dices —murmuró Victoria intentando tranquilizar a su esposo.

—¿Espantarlos yo? Ella es quien lo hará si no puede medir sus capacidades correctamente.

Amo a Rose, en verdad, es la hija que no tenemos, pero soy realista, y ella no está lista para esto ni lo estará. Lo poco que ella pueda interpretar lo echará a perder con los guantes que se deslizarán por las teclas. Estamos a un paso de que mi última hermana nunca se case. Cada temporada es un martirio, lleno de problemas. Siempre estamos jugando en la cuerda floja. Lo único que quiero es descansar.

—Lo sé, querido, pero supongo que tiene una buena excusa para sabotearse.

—Que sea muy buena o la dejaré abandonada en el camino o mejor es si la ahorco por egoísta y no pensar en Eugenia.

—El único que se preocupa por todas eres tú, y la única que se preocupa y se ocupa de ti soy yo. Así que cálmate, Spencer, y deja de ser extremista y pensar en la muerte. Sé que cuando hablas de descanso te refieres a eso.

Spencer tuvo que callarse para no discutir con su adorable esposa.

—Milady, debe sacarse los guantes —recomendó la anfitriona.

—Oh, disculpe, es que me he cortado y siento un poco de dolor y no quisiera ensuciar su pianoforte... —repuso Rose.

Las Fane eran ingeniosas cuando se trataba de salir de un apuro. Mientras aguardaba su turno, una idea salvaje se atravesó por su mente y la copa de vino que tenía fue su mayor aliada, puesto que echó unas gotas de vino por el guante para que parecieran filtraciones en la tela.

Con todo el plan trazado, ella mostró su mano enguantada, esperando que eso disculpara sus desbarajustes en el instrumento.

—Querida, usted no puede tocar así. Es una pena, pero por el bien de esa mano y del pianoforte, es mejor que tome asiento entre los espectadores.

A Rose le parecía muy dura la decisión de la anfitriona. La idea era disculparse, por cualquier tipo de inconsistencia en las notas musicales, pero una invitación a abandonarlo todo le parecía muy drástico.

—Puedo tocar el pianoforte de igual manera, es solo...

—Es mejor que no dé una mala impresión. Creerán que no lo hace bien si el guante llegara a resbalar. Busque un lugar y llamaré a la próxima joven.

Ella tuvo que hacerse a un lado por el pedido de la dama y regresó detrás de la cortina. Se sentía muy frustrada. Rose era tan caprichosa que lo que había hecho la anfitriona le parecía algo terrible y le daba mucha rabia. No quería que las lágrimas la avergonzaran entre el resto de las mujeres, por lo que buscó una salida hacia el jardín.

Desde su asiento, Harper deseaba saber qué había pasado con la joven, por eso no estaba sentada en el banco. En ese momento, sus expectativas habían caído. Tendría que buscar la manera de conversar con ella, aunque sería un poco sospechoso si iba sin dilación. Primero felicitaría a las demás y luego se acercaría a ella para conocerla.

Sabía que no debía hacerse ilusiones en cuanto a buena compañía se tratara. Conoció a muchas damas y no todas eran lo que él esperaba. Terminaron decepcionando sus ánimos y con eso lo dejaban lejos del matrimonio. Podría ser posible que Harper fuera el problema, pues perdía el interés, apenas escuchaba algo que no le agradaba o cualquier cosa con la que no estuviera de acuerdo.

Se definía como un ser exquisito. Tal vez fuera un seductor, pero no seducía a cualquiera, el interés era la medida de la acción. Todo era un juego divertido que exaltaba su ego. Todas las damas creían tenerlo, pero él solo quería una buena compañía temporal. A su vida no había llegado la mujer perfecta que ocuparía el lugar más importante: el de duquesa.

En el jardín, los amigos de Harper pensaban en cómo solucionar el gran inconveniente con el que se habían encontrado, y este era que no sabían cómo tener a la joven o provocar una situación que llevara al duque coqueto a casarse con la hermana de lord Nottingham. No podían sacarla del salón y a él tampoco.

—Esto es un fracaso. Nos estamos perdiendo de todo lo divertido dentro del salón por estar aquí sin sentido alguno. Admítelo, Bradley, esta no será la noche. Todo es muy arriesgado, tenemos la intención, pero no la capacidad suficiente ni la idea correcta —se quejó lord Walton.

—Debe haber una manera de... —Bradley guardó silencio y golpeó a su amigo en el

hombre para que se alejaran de ahí y que la persona que salió del salón no los viera—. Todavía tenemos una oportunidad y la aprovecharemos, lady Rose Fane ha salido sin compañía.

Capítulo 4

Lord Walton no sabía qué cosas se cruzaban por la mente de su ya perturbado amigo Bradley. ¿Qué harían ellos dos con una dama en el jardín?

—No irás a hablarle, ¿o sí? —cuestionó Walton.

—Por supuesto que no. Iremos a por ella. Yo colocaré mi saco alrededor de su cara y taparé su boca, mientras que tú, cogerás a la joven de las piernas y la llevaremos a...

—¿A qué lugar la llevaremos? Bradley, esto es muy arriesgado, si nos pillan estaremos en serios problemas.

—El que estará en problemas será Harper, porque la dejaremos en su carruaje.

—¿Y no has pensado en su cochero? Debe estar ahí.

—Al igual que todos los cocheros están reunidos en un lugar, bebiendo.

—No sé si soy el único que piensa. ¿Cómo se supone que se quedará quieta y, sobre todo, callada?

—Ya se me ocurrirá algo. Si no sale bien, correremos como dos endemoniados para volver a intentarlo en otra ocasión.

—Eres un pésimo improvisado —acusó lord Walton, molesto.

—No olvides distorsionar tu voz.

Bradley se quitó el saco y le hizo una seña con la cabeza a su amigo para que procedieran.

Rose se encontraba recorriendo el jardín de un lado al otro, molesta, frustrada y con muchas ganas de llorar de rabia. Había torturado a su familia por prepararse para esa noche, y lo que recibió fue una expulsión para lo que ella creía que sería una justificación a sus pocas habilidades

en el arte de la música. Sin desearlo, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, quería participar para estar en la mira de los candidatos, era un poco desafinada, pero nada que unos doscientos años de esfuerzo no solucionaran. Además, su prometido no tenía que saber que ella era una inútil en cualquier arte asociado a la música, si una vez que estuvieran casados le pidiera tocar, lo haría sin problema, pues ya no habría forma de separarse.

Ante el pensamiento consolador de que un prometido solo se enteraría de su inoperancia una vez que cayera en la sublime trampa del matrimonio, decidió regresar al salón para hablar con Spencer y convencerlo de que intercediera por ella para conseguir al menos el último número. Estaba segura de que quedaría como la víctima y las personas se acercarían para consolarla y decirle que esperarían otro concierto.

Cuando giró sobre sus talones para regresar al salón, solo alcanzó a ver algo negro que se apoderó de su rostro. Su primera reacción había sido gritar; sin embargo, unas manos alrededor de una tela perfumada se lo impidieron.

Los elegantes caballeros estaban poniendo en marcha aquel plan que habían trazado empíricamente. Tenían todo a su favor para que las cosas salieran mal; no obstante, se animaban a tal acto.

—Se mueve demasiado —gruñó Walton con la voz más grave, intentando controlar las piernas de la joven que daban patadas como caballo salvaje.

—Solo aguanta hasta subirla al carruaje —mandó lord Bentley.

La joven escuchaba todo lo que se gestaba a su alrededor, ella debía zafarse de aquellos desconocidos. No sabía qué querían de ella. Debía escapar para hablar con Spencer.

Ella sacó fuerza de donde podía y se sacudió con violencia para escapar, pero su intento falló y golpeó su cabeza contra el duro suelo del jardín, dejándola inconsciente.

Al ver lo que había ocurrido con la joven, Walton soltó las piernas y se alejó asustado.

—Está muerta porque la soltaste, Bradley —acusó.

Lord Bentley quitó el saco de la cara de la joven y colocó un dedo cerca de la nariz.

—Qué afortunados somos...

—¿Afortunados?

—Sí, todavía respira. Hay que llevarla al carruaje, dejarla ahí y que todo sea una sorpresa.

—La sorpresa nos la llevaremos nosotros cuando Harper la saque de ahí y esto fracase.

—Solo ayúdame y deja de quejarte, todo saldrá bien...

Con esfuerzo, ambos llevaron a la joven con mucho sigilo hasta sacarla de la propiedad y encontrar el carruaje de Harper. Bradley pensaba en cómo hacer para que el duque se percatara de la presencia de la joven una vez que regresara a su residencia.

—Vamos a dejarla en el baúl —ordenó Bradley, guiando a Walton mientras estiraba el cuerpo de Rose hacia donde quería.

—¿Estás demente? ¿Un baúl?

—Sí.

Los dos la depositaron en el suelo y abrieron el baúl. Dentro solo había prendas de vestir.

—Será cómodo para ella —sentenció el conde de Bentley—. Hay que meterla antes de que venga alguien y nos descubra.

Se apresuraron a dejar a Rose en aquel lugar y cerraron el baúl para que no se escapara. Esperaban que por lo pronto no recuperara el conocimiento y que tampoco muriera asfixiada. Lo que habían hecho era demasiado arriesgado y todo se debía al estado de locura y venganza que se había apoderado del buen juicio del conde de Bentley.

—Listo. —Bradley se colocó el saco y después le tocó el hombro a su amigo—. Todo saldrá bien, no debes preocuparte. Ya quisiéramos nosotros que la mujer que nos gusta esté en nuestro baúl.

—Siento que saldrá muy mal y que, si Harper se entera, nos odiará para siempre. Sabes cómo es de pomposo y arrogante, puede hasta llegar a cerrarnos las puertas a los negocios y las oportunidades.

—No pasará nada si tú no hablas. Le estamos haciendo un favor por más que él no lo sepa. Terminará agradeciendo esta sabia decisión que hemos tomado por él. Ahora por fin podremos ir a disfrutar de la noche.

Ellos fueron hacia el interior de la casa como si nada ocurriera y se dieron cuenta de que los invitados estaban tomando un descanso cerca de la mesa del tentempié.

—¿Dónde estaban? —preguntó el duque al ver a sus amigos que no habían estado presentes en la primera parte del concierto.

—No quisimos arriesgarnos a sufrir de dolores en los oídos —comentó lord Bentley cogiendo un pequeño pedazo de queso de la mesa.

—Nadie ha sufrido aquí, aunque yo sí por no poder oír a una dama...

—¿A cuál dama?

—A una muy bella, de vestido lavanda, cabellera rubia, rostro perfecto, ojos azules... —contó—. No pudo ejecutar el pianoforte, porque al parecer tenía un problema en la mano. Quisiera encontrarla para conocerla.

—¿No crees que es muy apresurado para que quieras conocerla? —curioseó Walton para persuadirlo de que no siguiera a la joven.

—Es una buena oportunidad de conocer a alguien nuevo y no quiero desaprovecharla.

—Considero que lo mejor es que vayas a descansar a tu casa. En otra oportunidad podrás conocerla —dijo Bradley, también deseando que él cambiara de parecer porque la joven del baúl podría despertar en cualquier momento, aunque de todas formas él terminaría involucrado con ella, salvo que pudiera huir.

—Es cierto. Hay muchas veladas en la temporada. Podrás coincidir con ella pronto —apoyó

lord Walton.

—Si no converso con ella se quedará en mi mente por más tiempo y eso es una molestia si es que su voz no me gusta o su conversación es insulsa. No puedo esperar a una próxima oportunidad.

—No seas tan exigente, Harper. Hay otras damas que conocer. Las saludas y luego te vas a casa —sugirió lord Bentley.

—De aquí iré a mi propiedad. Tengo mis cosas en el carruaje...

—¿Y tu ayuda de cámara? No puedes ir sin él... —Walton estaba volviéndose loco a causa de la culpa. Lo único que quería era no salir perjudicado.

—Él vendrá en un momento, prefirió visitar a su familia y luego me esperará en el carruaje. Lo tengo todo planeado...

—Harper, eres un controlador —farfulló Bradley que no tenía idea de cómo persuadir a su amigo. Debía hacer que se retirara.

Por su cabeza se atravesaban muchas ideas y una de ellas era una muy sencilla. Alguien de mañas tan exageradas como su amigo Harper, solo podía irse de una manera.

Bradley cogió una copa y fingió que esta se le resbalaba para que todo el contenido se estrellara contra las impolutas prendas de Harper.

Tanto Harper como su otro amigo, observaban boquiabiertos la torpeza de Bradley, y más el duque, que era el perjudicado. Su ropa impecable en ese momento olía a brandi y tenía una horrenda mancha amarillenta.

—¡Oh, Harper! ¡Qué torpeza! —expresó Bradley intentando limpiar la prenda de su amigo.

—Esto parece una travesura tuya, Bradley. Si esto es por tu adorable dama, déjame decirte que no me interesa. Solo he querido jugar un poco. Con permiso...

Altivo, orgulloso y enfadado, Harper se acercó a la salida. No podía quedarse en el lugar en

esas lamentables circunstancias. Un duque sucio era algo inaceptable, no solo por etiqueta, sino también por decencia. Él tenía un claro estatus que mantener.

Tenía ganas de matar a su amigo, ya suponía que él no estaba del todo contento por haberle dicho un par de verdades y por acercarse a su queridísima lady Anabelle Winfrey.

Él siguió su camino hasta llegar al carruaje. No estaba ni su ayuda de cámara ni el cochero para recibirlo. Subió al coche y se sentó ahí a esperar a sus sirvientes. Ellos no tenían la culpa de la torpeza que había cometido Bradley por envidia, venganza o solo Dios sabía qué otros conceptos.

Estuvo aburrido y maldiciendo en los cuatro idiomas que hablaba, no podía tener tanta mala suerte gracias a un amigo celoso y resentido. No habían tratado este asunto como caballeros, practicando la diplomacia que debía primar entre ellos.

—¿Su excelencia? —indagó su sirviente al abrir la portezuela del carruaje.

—Tuve un infortunio, no hay mucho que decir sobre el asunto...

—¿Ya ha empezado con el brandi antes de emprender el camino, excelencia?

—Por supuesto que no. Bradley me ha derramado brandi o whisky por la ropa. No podía quedarme ahí y conquistar mujeres si estoy sucio como un cerdo.

—Imperdonable, excelencia. Tendremos que tirar esa camisa, menos mal que no es su favorita.

—¿Y el cochero?

—Cuando me vio, se apresuró a venir.

—Dale la orden para que partamos a mi propiedad. Me acompañarás con el brandi.

—Pero debo cuidarlo, excelencia.

—¿Qué puede pasarnos dentro del carruaje? ¿Salteadores?

—Sí, salteadores. Debo poder protegerlo de cualquier ataque que pueda sufrir...

—Solo en mis viajes puedo emborracharme un poco. Al menos toma unas copas conmigo. Traje dos por si rompía una de ellas.

—Quizá no sea un bebedor empedernido, pero sí precavido.

El ayuda de cámara del duque fue a conversar con el cochero para que pudieran partir. Al regresar, cogió las copas para servir las y le sonrió a su patrón para que él se distendiera. Era notable su enfado ante lo ocurrido, por eso averiguaría qué le molestaba.

—¿Cómo le ha ido en su corta noche? Usted es un gran entusiasta de la buena música, excelencia —alegó el sirviente para que Harper comenzara a hablar.

—Todo estaba tan bien hasta que ocurrió lo impensable. Quise buscar a una dama de mi interés; sin embargo, ella no tocó el pianoforte. Esperaba que lo hiciera para saber si tanta belleza y gracia, encajaban con su talento en el instrumento.

—¿Estaba buscando a su duquesa?

—No lo creo. Todavía no he conocido a la dama que me llevará al altar. Por ahora todas son jóvenes y bonitas, pero ninguna es tan tentadora para jurarle amor eterno o lo que sea que signifique unir la vida a una extraña.

—Debería pensar en eso. Está en la edad de casarse.

—Pero no puedo conocer gente si estoy rodeado de inoperancia, bajeza e intolerancia.

—¿Por qué creo que usted tiene algo que ver en la actitud de su amigo? Están juntos desde Eton, y lord Bentley es un caballero honorable.

—Honorable hasta que empieza a actuar como si fuera el dueño de las hembras humanas. Piensa que soy su enemigo, pero lo único que quiero es no equivocarme de mujer. Considero que el matrimonio no debería ser una cárcel y que yo no debería parecer un delincuente. Una mujer no puede dominarme, soy quien debe dominar. Escoger una esposa es una decisión con la cual

lidar por un largo trecho.

—Tal vez por eso su padre nunca quiso volver a casarse, quizá se equivocó con la duquesa, y prefirió tener amantes de turno para mantenerlas.

—No era necesario que se casara, tenía un heredero, quizá mi padre no sea el mejor ejemplo de hombre casado. Con un matrimonio tan corto, es difícil determinarlo.

—Procure no pensar en eso, su excelencia, conseguirá lo que espera en la vida. La mujer que necesita puede estar más cerca de lo que imagina.

Capítulo 5

Harper seguía conversando con Silvester durante el camino de ida a la finca del duque. Los dos rememoraban tiempos, mientras llevaban las copas de brandi a sus labios y reían.

El ayuda de cámara de Harper lo había estado engañando todo el tiempo, pues solo colocaba el cristal en sus labios para mojarlos un poco y sorber solo una miseria. Su deber era cuidar al duque de esos viajes que le gustaba hacer por la noche.

—¿Oíste algo? —interpeló Harper que había oído golpes en la parte trasera del carruaje.

—No, excelencia. Debe ser que usted ha bebido demasiado. Ya van más de siete copas.

—Y tú estás intacto porque me has estado mintiendo, solo hueles el brandi.

—Bebería más abiertamente con usted en la casa, pero estoy trabajando en su cuidado.

—Está bien. Seguiré bebiendo un poco más hasta quedarme dormido. En algún momento debe dejarme el malhumor.

Los dos guardaron silencio y en ese ínterin, escucharon unos golpes.

—Esta vez tuviste que haber oído eso, Silvester —dijo Harper.

—Debe ser alguna de las cosas dentro del baúl. Tal vez no ajusté algo.

—Debe ser eso...

Ninguno de los dos le dio mayor importancia al sonido que venía de un lugar desconocido del carruaje.

Dentro del baúl, Rose había despertado e intentaba moverse, lo que le provocaba más golpes en la cabeza por el lugar tan estrecho en el que estaba. No podía distinguir nada, solo la incomodidad e imposibilidad de mover sus extremidades.

Desconocía por completo en donde se encontraba y le daba mucho miedo saber lo que significaba lo que estaba ocurriendo: había sido secuestrada. Spencer se moriría, aunque qué podría preocuparle su hermano si ella estaba en problemas. Primero debía preocuparse por escapar y después por hacer otra cosa.

Por el movimiento que sentía y lo que olfateaba, estaba en un carruaje entre prendas olorosas. ¿Quién pudo haberla arrebatado de la velada y por qué?

Se encontraba cansada de pensar y de llorar dentro de ese lugar. Gritar era lo único que le quedaba.

El duque, que estaba dormitando, abrió los ojos al oír unos gritos.

—Eso no es normal —espetó.

—No, su excelencia —replicó Silvester que buscó el arma en su levita.

—Hay que parar el carruaje para investigar —mandó Harper.

Silvester golpeó el techo del carruaje para que se detuvieran y pudieran investigar el origen de los gritos.

Cuando se detuvieron, se percataron que los gritos eran femeninos y que venían desde el baúl que tenían en la parte trasera del coche.

—Aléjese, excelencia, yo me encargaré —dijo Silvester al ver que Harper se acercaba a la zona de peligro.

—Necesito ver qué es eso. ¿Crees que una comadreja se ha metido en mi baúl y ha hecho sus necesidades en mis prendas?

—Por cualquier imprevisto es mejor que se mantenga a una distancia prudente. Solo sostenga la lámpara, excelencia.

El cochero y el ayuda de cámara del duque se colocaron frente al objeto dudoso.

—Ábrelo —ordenó Silvester al cochero.

El otro sirviente sacó el seguro del baúl y levantó la tapa, mientras que Silvester apuntaba al sitio.

Sin ver nada, Rose se arrojó sobre el cochero, asustándolo. Ella era como un animal asustado y desorientado. Solo se le ocurrió correr ante los tres hombres que estaban acechándola, no se quedaría a averiguar lo que ocurría ni las razones por las cuales la habían secuestrado.

Harper quedó impresionado al ver a una mujer saliendo de su baúl. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo había llegado hasta ahí?

—Era una dama, excelencia, y no una comadreja. Le aseguro que encontrar un animal sería mucho mejor que una mujer. ¿Qué ha estado haciendo? —interpeló su ayuda de cámara.

—¿Qué insinúas, Silvester?

—Esa dama no pudo haberse metido al baúl.

—¿Acaso me acusas de algo? ¿Para qué necesitaría tener a alguien encerrado? Qué tontería —farfulló enfadado—. En fin, el problema se ha ido, hay que seguir por nuestro camino.

El duque procedió a subir a su carruaje y se sentó dentro.

—¿Dejará a una dama en medio del monte? —preguntó Silvester.

—Sí. No es mi problema, no la conozco. Hay que continuar.

—Excelencia, mi conciencia no me dejará tranquilo si abandono a una joven en un lugar lejano y desconocido. Tome en cuenta que el cielo se está nublando y comenzará a llover en cualquier momento.

—Entonces búscala, no es de mi incumbencia. Ni siquiera sabemos quién es y qué quiere.

—Estaba en su carruaje, excelencia, es su culpa.

—¿Mi culpa? Debería despedirte por esta impertinencia, Silvester, pero solo tú eres capaz de soportarme. ¿Qué quieres de mí?

—Que me acompañe a buscarla. No debe quedarse solo.

—Si no la encontramos nos iremos y olvidaremos lo que ha ocurrido aquí. Cómo desearía estar ebrio solo para creer que esto es producto de mi magnífica y prolífica imaginación perversa, porque raptar a una joven es algo perverso. Tal vez el cochero tenga algo que decir —acusó Harper a su empleado.

—Le juro por mi alma, excelencia, que no la había visto en la vida, pero huele muy bien —comentó el hombre.

—Eso ya no importa. Ahora debemos ir a buscar al gato montés que dejamos salir... —masculló el duque, enfadado.

La joven corría por el campo oscuro. El viento comenzaba a soplar con fuerza y Rose se sentía tiritar de frío. Por más que corriera y sudara, no lograba entrar en calor, solo tenía miedo y cansancio. Su desorientación era total. Cuando no pudo dar un paso más, cayó de rodillas y colocó las manos sobre la hierba. Respiró por unos instantes hasta que comenzó a llorar.

Por primera vez en su vida se veía lejos de su familia y más aún de la protección de su hermano. Quería que Spencer fuera a salvarla de lo que estaba ocurriendo. Deseaba que les diera una paliza a quienes la habían secuestrado.

Sus dientes castañeaban por el miedo y el frío, a su alrededor solo existía silencio y tal vez criaturas salvajes que quisieran devorarla. Ante ese pensamiento el llanto volvió a hacerse presente.

Dentro de todo, Rose todavía se creía una niña que necesitaba del afecto y de la seguridad familiar. Además, con los años, veía a todos en su casa regocijarse con el agrandamiento de la familia. Sus cuñados habían llegado a su vida para ayudar a Spencer a cuidar de ellas de alguna manera. Sabían que él vivía angustiado, pensando en todo lo que significaba casar a sus hermanas.

Todo el esfuerzo de ellos se había perdido gracias a lo que ocurría en ese momento. Había sido secuestrada y estaba perdida en medio de la oscuridad. La desolación se apoderaba de ella. El buen nombre de su familia estaría en el piso, su hermano tal vez moriría y Eugenia quizá nunca se casara. Ante todos esos pensamientos juntos, Rose se había desmoronado. No tenía salida a tal situación, lo único que podía hacer era desahogar sus penas.

Tanto Harper como sus sirvientes buscaban a la joven por la zona. Se dividieron para poder abarcar más millas y hallarla antes de que el clima adverso los atrapara en una lluvia.

Mientras el duque caminaba buscando a la enorme comadreja que salió de su carruaje, escuchó el sollozo de la mujer que estaba tirada en la hierba. Nunca había pasado por una situación similar. ¿Qué se supone que debía hacer? Por culpa de su sirviente, él debía llevarla, pero Harper sabía que, si por algún motivo una dama soltera subía a su carruaje, estaría en un aprieto del que ni siquiera su título, su dinero o su influencia podrían salvarlo.

Estuvo tentado a dejar a la joven ahí, pero el constante centelleo en el cielo, lo persuadía para que no hiciera semejante salvajada.

—Señorita o quién quiera que sea, venga conmigo. Me debe un par de explicaciones — musitó el duque para llamar la atención de la joven.

Rose saltó como un gato y apartó las lágrimas de sus ojos. Pese a que no veía nada, buscó algo en el suelo para arrojarle, cualquier piedra o insecto podría ser útil.

—¡Aléjese de mí, rufián! —escupió con la voz temblorosa.

—Me han dicho muchas cosas, pero esa palabra es demasiado dura para que lo diga una dama.

—¡Déjeme ir! Cuando encuentre a mi hermano, él acabará con usted y también todos mis cuñados.

—No tengo la intención de hacerle daño. Quiero saber qué estaba haciendo en el baúl de mi carruaje.

—Usted y algún secuaz me han metido ahí cuando fui al jardín.

—No ensuciaría mi nombre con un acto tan vil, no sea ridícula. Debió estar jugando a las escondidas con alguna amiga y no se le ocurrió otra cosa más que perjudicarme.

—¿Perjudicarlo? Pero si no lo conozco.

—Ni yo tampoco. ¿Con qué objetivo querría llevarme a una mujer?

—Lo más probable es que sea por mi dote. Es un sinvergüenza, de cualquier manera, no arruinará mi vida, yo arruinaré la suya.

—Escuche, no la puedo distinguir ni siquiera a esta distancia. Venga al carruaje, conversaremos sobre esta terrible confusión que ha causado y encontraremos una solución.

—Si en verdad quiere ayudar, busque a mi hermano, pero dudo mucho que lo haga, ya que me ha encerrado con un único objetivo que es obligarme a un matrimonio con usted.

—¡Qué locuras está diciendo! Disfruto mucho de mi soltería. Además, si una mujer llegara a atraer mi atención, jamás la metería en un baúl. Esto es ridículo y usted es una demente.

—Es un cavernario que me ha secuestrado. De aquí no me moveré hasta que venga mi hermano y usted se largue de aquí.

—Se ahogará con la lluvia. No sea tonta.

—Tonta sería si regreso con la persona que me ha apartado de mi familia con malas intenciones.

—No sé quiénes la han metido en mi baúl, pero no he sido yo. Estaba disfrutando de la buena música de la velada.

—Y yo estaba ahí, solo que no pude ejecutar el piano por... ¡Eso no es de su incumbencia! —espetó al recobrar el juicio. Se suponía que ella estaba peleando con su secuestrador.

—Soy Harper Rottenberg, duque de Alcost, ¿y usted?

—Lady Rose Fane, hermana de lord Nottingham.

Los dos se habían quedado en silencio después de decir sus nombres. De fondo, se oían los truenos que se acercaban y crispaban los nervios de Harper, que estaba en esa incómoda situación gracias a esa joven.

—Milady, venga conmigo. Le juro por mis padres que no he tenido nada que ver con su supuesto secuestro.

—¿Por más que las pruebas lo inculpen?

—Sí, soy absolutamente inocente.

—No iré con usted ni por más que lo jure por toda su familia viva, muerta o por existir.

—Comienza a exasperarme.

—Hubiera pensado dos veces antes de desear mi dinero.

—¡Por...! —Harper tuvo que detener la maldición que deseaba pronunciar.

Cuando las gotas de lluvia comenzaron a caer con violencia, Harper había abandonado la idea de ser un caballero. Dejó a un lado su lámpara y fue hacia Rose sin mediar palabra.

—¡Deténgase! —ordenó Rose que retrocedió. Al ver que él no le hacía caso, ella comenzó a huir, pero sin éxito. El duque se había arrojado sobre Rose como si fuera un gato, aprisionándola bajo su cuerpo—. ¡Quítese, incordio!

—Estoy cansado de su indecisión, irá conmigo le guste o no, piense bien o mal de mí, me da igual. No quiero mojarme y es lo único que me interesa.

—Mi hermano le quitará los ojos apenas sepa de esto —amenazó con la cara puesta contra la hierba. El hombre no tenía mucha caballerosidad corriendo por sus venas.

—Soy inocente. Ya en sus sueños desearía que alguien como yo la secuestrara. Deje la

fantasía de lado —masculló Harper levantándose para colocar a la joven en sus hombros.

—¡Esto es el colmo! ¡Cómo se atreve! —exclamó Rose al ser levantada por el hombre—. ¡Canalla!

—Sí, sí. Grite todo lo que guste, pero evitaré que enfermemos por su capricho. Por su culpa estamos metidos en esto.

—¿Mi culpa? ¡Es su culpa por no poder conquistar a una dama! Si se hubiera acercado a mí como cualquier caballero decente lo haría, tendría mi aceptación para casarnos, pero de esta manera no.

—Deje de vivir en una fantasía, ni sueñe que quiero casarme con usted.

Capítulo 6

El aristócrata trataba de mantener la calma mientras la gata o comadreja enfadada que llevaba en hombros lo golpeaba y rasguñaba, a la par que le decía cosas que ni siquiera deberían existir en el vocabulario de una dama tan fina como ella aseguraba ser.

—Menos mal que lo encuentro, excelencia. Veo que ha traído a la señorita que ha salido del baúl —comentó el ayuda de cámara que había ido a buscar al duque.

—Sí, encontré a la fiera. He tenido el disgusto de hacerlo. Te dije que la dejaras que se perdiera. Alguien que se mete a mi baúl no es mi responsabilidad —masculló.

—Usted es un secuestrador —acusó Rose.

—Es lo más suave que me ha dicho en todo el trayecto hasta aquí. Llévatela, Silvester. Estoy cansado.

El sirviente recibió a Rose en brazos y la miró.

—Disculpe, señorita. Si me permite la llevaré dentro del carruaje para que viaje junto a su excelencia.

—Prefiero ir en el baúl que viajar con ese ser vil enviado del infierno.

—Todavía la estoy oyendo. Al menos espere que me aleje para que hable mal de mí. Déjeme dudar de la educación que ha recibido si se hace llamar lady diciendo cosas poco elocuentes que no coinciden con su posición —refirió el duque.

—Y usted se hace llamar duque. Un duque no secuestra damas, al menos mi cuñado no lo hace. Cuando él sepa esto, lo pisará como una cucaracha.

—Habla demasiado y ya no quiero escucharla. Que regrese al baúl si tanto le gusta el encierro.

—Excelencia... —habló su ayuda de cámara.

—¿Y qué pretendes? ¿Qué pierda mis privilegios por una deslenguada?

—Patán... —continuó Rose.

El duque siguió caminando hasta su carruaje para subir y tomar asiento. No estaba mojado del todo, pero sí tenía atorada a esa mujer en su garganta. Ella estaba convencida de que él la había llevado hasta ahí. Quizá estuviera fingiendo para involucrarlo en un matrimonio. Le resultaba muy fácil conseguir un esposo haciéndose secuestrar. La joven debía tener secuaces.

Después de unos instantes, apareció Rose en compañía del sirviente.

—¿Qué haremos ahora, su excelencia? —preguntó Silvester.

—Dímelo tú que has sido el de la idea de buscar a la desconocida.

Harper tuvo tiempo de mirar con detenimiento a la dama y la reconoció. Era la persona a la que él había deseado conocer en la velada musical, la que había desaparecido. Pues de cierta manera había logrado su objetivo; sin embargo, no de la forma que esperaba. Ella no estaba ni cerca de ser lo que él había creído, era hermosa, sí, pero insoportable.

Los ojos azules desafiantes de Rose se fijaron en el hombre que ella juraba que la había secuestrado y era por una razón: no la había perdido de vista en esa noche. Lo peor de todo era que a ella le parecía muy atractivo. Había querido al menos recibir sus palabras de consuelo ante su supuesto fracaso en el pianoforte.

—Usted me estaba mirando en la velada, es evidente que me ha raptado por algún interés particular —insistió Rose.

El duque se sonrojó, pues de hecho sí la había estado mirando porque le había parecido hermosa, aunque no lo suficiente para perder la cabeza y raptarla.

—Está equivocada... —replicó avergonzado.

El sirviente de Harper se dio cuenta de que el duque estaba vacilando. Lo que decía la joven

tenía sentido y él ya no sabía qué creer. Tal vez el duque no era tan inocente como decía ser.

—¿Regresaremos a Londres, excelencia? —indagó el criado.

La mente de Harper comenzó a pensar en qué ocurriría si la llevaba a su casa. Lo tomarían y lo obligarían a casarse con una demente. No, no podía regresar a Londres. Debía hallar otra solución.

—No podemos regresar. Me obligarían a casarme con esta mujer —señaló a Rose.

—Soy Rose —corrigió la joven—. Le ordeno que me devuelva con mi hermano. Debe estar muy preocupado por mí.

—Ahora estoy más preocupado por mí que por cualquiera. Ni usted ni yo queremos esto, pensemos en algo para salir del aprieto.

En Londres, Spencer abrió los ojos y se dio cuenta de que no estaba en su casa. Junto a él estaba su querida Victoria, acompañándolo. También estaba un médico escuchando su corazón.

—Es bueno ver que abrió sus ojos, lord Nottingham —musitó el doctor.

—Necesito que me digan que Rose no ha desaparecido —pidió Spencer.

—Querido, no pienses en eso ahora mismo. Debes estar más fuerte... —replicó Victoria intentando que no hablaran de lo que había ocurrido.

—Lo que necesito es un descanso eterno, Victoria. ¿Cómo Rose ha podido hacerme esto? Mi hermanita, tan pequeña e indefensa... —lamentó.

—Tal vez ya esté en casa, Spencer. Por favor, trata de mantener la calma.

—Quiero ir a ver que esté ahí. Y cuando la vea, nadie impedirá que la asesine a sangre fría.

—Si esa idea te consuela, es correcta. Pediré que preparen el carruaje. ¿Está bien para subir

al coche, doctor?

—Mmm... me temo que lord Nottingham no está muy bien, pero es mejor que repose en su casa y no se altere. Su corazón no soportará otro sobresalto igual al último. Si alguien más aparece diciendo cosas, es mejor hacer una fosa.

Victoria tapó su boca con las manos a causa de la impresión. Debía prohibir las visitas en la casa. No podía dejar que las indiscreciones amenazaran la poca salud que le quedaba a Spencer. Él había caído desmayado cuando nadie encontró a su hermana después de una búsqueda exhaustiva durante el tentempié. Todos en Londres sabían que lady Rose Fane había desaparecido. Las malas lenguas no dejaban de decir que había huido con algún enamorado al que su hermano no aprobaba; no obstante, tanto Spencer como ella, se negaban a creer semejante tontería. Rose era incapaz de tal acto, lo que los llevaba a pensar que se trataba de algún caballero desesperado que esperaba casarse por esa vía con una dama de buena posición.

La familia Fane no sabía cómo salir del gran problema en el que estaban, la buena reputación se había perdido para siempre.

Al llegar a la residencia, Victoria acompañó a su esposo hasta su habitación y lo recostó en la cama.

—Victoria, he fracasado... —dijo lord Nottingham—. He perdido a Rose de una manera absurda.

—Deja de pensar en eso. No ayudas a nadie ni te ayudas, Spencer. No has fracasado como hermano, tampoco creo que Rose fuera irracional para huir. Ella debió ser llevada por alguien.

—¿Quién sería tan tonto para llevarse a una de mis hermanas?

—Tienes a tres tontos que se han casado con tus hermanas. La codicia podría ser una causa.

—Mi hermana favorita no irá mal casada, la prefiero muerta que infeliz con un sinvergüenza.

—Eso lo dices ahora. Te acostarás a dormir, mañana no hablarás con nadie e intentarás sobrevivir, querido. El médico dice...

—¡El médico puede rascarme una oreja! ¡Quiero a Rose aquí!

—¡No me grites y guarda silencio! —replicó Victoria, irritada—. Descansa, querido. Dormiré en mi habitación esta noche —dijo en un tono más calmado.

—Ven conmigo, Victoria. Si la muerte me sorprende, al menos que sea contigo a mi lado.

La condesa suspiró y asintió. Dormiría junto a su esposo. Sabía que era dramático, pero en ese instante tenía razón.

Fue a su habitación para cambiarse de ropa. Helen la esperaba, dormida en el sillón de la habitación.

—Helen —llamó Victoria a su doncella.

—Milady, han venido muy tarde —comentó Helen, somnolienta.

—Lo sé. Ha ocurrido algo terrible.

—¿Ahora nadie quiere casarse con lady Rose porque ha destrozado el pianoforte?

—No. Rose ha desaparecido y no sabemos en dónde está.

La doncella palideció y quedó en silencio.

—¿Qué será de milady? —preguntó una vez que recuperó la calma.

—No lo sé. Ahora me preocupa mi esposo. Tiene la salud muy débil, solo vive para preocuparse. No quiero que Philip quede huérfano tan pronto.

—¿Y lady Eugenia?

—No tengo idea de qué ocurrirá y no tengo cabeza para esto. Mañana pídele a un lacayo que busque a mis cuñadas y que vengan. Necesitamos hacer una reunión de familia.

—Esto es terrible, milady. Es una verdadera desgracia.

—No me digas lo que Spencer no ha dejado de repetir. Trato de mantener la calma. Espero recibir ayuda por parte de la familia. Deseo que por nada del mundo se lo digan a mi tío o morirá y si no muere, enfermará. No podré hacerme cargo de todos los que comienzan a caer a mi alrededor.

Después de que la doncella terminara de cambiar a Victoria, ella fue a darle un beso a su hijo antes de regresar junto a Spencer. Necesitaba estar fuerte para sostener a su familia.

Por la mañana siguiente las visitas no se habían hecho esperar, pues el lacayo que pidió Victoria para que fuera a buscar a sus cuñadas había salido muy temprano. Ella no había pegado los ojos en toda la noche gracias a la preocupación por ver si su esposo todavía respiraba, o si su corazón no se había detenido.

—¿Por qué todos han venido tan temprano, señorita Harting? —indagó Eugenia al ver a su institutriz recorriendo los pasillos. Cuando aquella mujer la miró, reconoció la tristeza en su rostro—. ¿Qué le pasa, señorita Harting?

La institutriz comenzó a sollozar y después negó con la cabeza, como si no quisiera contar lo que ocurría.

—Le juro que no lo he hecho con mala intención, señorita Harting. Fue solo una travesura —se disculpó la menor de las Fane.

—¿De qué habla, lady Eugenia? —inquirió la mujer que, pese a su tristeza, sentía curiosidad.

—Que la vi con el ayuda de cámara de Spencer un par de noches atrás en el jardín y arrojé una pequeña piedra para que se asustaran. ¡Lo lamento!

—Me avergüenza que espíe a la gente, milady, pero de eso hablaremos después. Ahora lo importante es su hermano y lady Rose.

—¿Qué ocurre con Spencer y con Rose? ¿Ella se casará con alguien? No puedo creer que lo consiguiera siendo un desastre con la música.

—Lady Eugenia... su hermana ha desaparecido y lord Nottingham se encuentra delicado de salud a causa de eso.

Eugenia no entendía lo que ocurría.

—¿Rose ha huido con alguien? No diga esas tonterías, señorita Harting. ¿Quién sería tan tonto para querer llevársela?

—Eso es lo de menos, milady. El futuro de las dos está destruido después de esto y lord Nottingham lo sabe. Esto no es algo parecido a lo que le ha ocurrido a lady Meredith, es muchísimo más grave.

—Pero ella no ha huido con nadie. No tenía a un caballero que le gustara.

—Lady Nottingham cree que su hermana ha sido raptada por un noble en la ruina. Eso es terrible, milady.

—Trataré de consolarme con la idea de que un esposo es un esposo, no importa lo pobre que pueda ser, aunque Rose es de gustos muy caros.

—Y usted también. Este escándalo la salpicará, milady. Solo Dios sabrá si usted logrará casarse.

—Admítalo, señorita Harting, ni usted ni yo estamos seguras de que eso ocurrirá. Nadie tiene fe en mí, quizá el gato Clauss, pero después, ni siquiera mi cuñado favorito.

—Usted tiene todo para conseguir ser una mujer casada, aunque ahora le falta la reputación familiar. Su padre debió pensar mil veces en tener tantas hijas.

—No puede quedarse, gracias a nosotras tiene trabajo, señorita Harting, y mucho.

—No me quejo. Solo lamento lo que ocurre porque ustedes representan mi vida y mi legado como institutriz.

—Vamos a oír lo que ocurrirá más adelante, señorita Harting. La solución está en la planta

baja.

La joven y la institutriz fueron a la planta baja, donde Victoria, que tenía las ojeras tan grandes como la de un mapache, recibía a la familia en ausencia de la cabeza de los Fane.

—Esta vez puedes participar, esto te afecta a ti más que a cualquier otro —alegó Victoria, invitando a la menor de sus cuñadas para que escuchara todo lo que debía decir. Contaría hecho por hecho, y las consecuencias nefastas que dejaría el asunto en la familia, además de la terrible hipótesis de un probable secuestro.

Capítulo 7

Después de que Victoria terminara de contar lo que había ocurrido, esperó que los demás hablaran para encontrar alguna solución.

—Puedes contar conmigo, Victoria. Como varón más antiguo en esta casa, tomaré la responsabilidad de encontrar una salida —dijo Albert, duque de Salisbury—. Kitty y las demás damas te harán compañía ahora. Es el momento en que los caballeros debemos deliberar.

—¿Eso significa que si Spencer muere tú te encargarás de mí? —preguntó Eugenia.

—Nuestro hermano no se morirá, Eugenia —corrigió Meredith, enfadada.

—Por si acaso, insisto, ¿cuál de mis cuñados me llevará a su casa? Tendrá la sencilla labor de cuidar de mí. ¿Será mi reciente cuñado, lord Misterio?

—Eres bienvenida a nuestra casa siempre que gustes. Para nosotros será un...

—No —replicó Fanny que interrumpió a su esposo que era demasiado bueno para pertenecer a esa familia—. Tienes a un cuñado facineroso, puedes decirle que te lleve con él.

—Ajá. ¿Foster? —curioseó la más pequeña de la familia.

—Tal vez te vendería a la cuarta semana —respondió Foster, sonriente.

—Sabes que irás conmigo, Eugenia. No hace falta que te humillen con negativas para saberlo —la reprendió el duque.

—Lo sabía. Eres el único que me aprecia, el resto me ve como un estorbo.

—Kitty, váyanse. Hablaré con Foster y Clifford para solucionar el asunto.

—Sí, querido. Nosotras también haremos nuestra parte. Visitaremos a nuestro hermano sin mencionarle nada del asunto que lo tiene mal.

Las damas se retiraron y fueron hacia la planta alta de la residencia para que los caballeros decidieran lo que ocurriría.

—El asunto es grave. Es probable que un sinvergüenza quiera casarse con Rose —comentó Albert—. Se unirá a nosotros alguien que no concuerda con los ideales familiares.

—¿Spencer no tiene enemigos? Tal vez alguien que quiera cobrar alguna deuda —opinó Clifford.

—No, Spencer está limpio. No tiene enemigos, tampoco personas que lo odien. Es muy respetado en los círculos sociales —siguió Foster.

—Necesitamos opciones de quiénes pudieron habérsela llevado. Foster, necesito a todas las personas endeudadas y solteras de Londres.

—Eso es sencillo —replicó lord Earl, ese era su negocio.

—Clifford y yo hablaremos con las personas que estuvieron en la velada. Alguien debió haber visto algo, alguna pista que nos ayude a dar con el paradero de Rose. Cuanto más tiempo pase, mayor es el peligro de que Eugenia se quede en mi casa —comentó el duque.

—Victoria sabrá los nombres de esas personas. Nosotros haremos esas diligencias. Podríamos dividirnos, Fanny y yo, por un lado, y Kitty y tú, por el otro —propuso lord Montgomery.

—Lo haremos, pero antes debemos tomar acciones para resguardar la reputación de la familia de nuestras esposas. Eso no solo afecta a las solteras de la casa, también a nuestras hijas —alegó el duque—. Ninguna de mis hijas se quedará sin una buena oportunidad a causa de la tontería de otra persona. Perseguiremos al desgraciado hasta que pague todos sus pecados y hasta los venideros.

Ellos siguieron conversando, mientras que en la habitación de lord Nottingham escuchaban las lamentaciones de Spencer por haber perdido a Rose.

—No es tu culpa, Spencer. Debe ser culpa de la misma Rose. Todas sabemos que no

debemos alejarnos de nuestro hermano o cosas malas podrían ocurrirnos. El jardín es un lugar terrible para cualquier dama, y ella debió tomar el camino equivocado —habló Kitty para consolarlo.

—No disminuye mis culpas, Kitty. Debí estar atento a lo que hacía. Ahora he perdido a mi Rose.

—Que no se noten tus preferencias, Spencer. Si yo desaparecía, estarías agradecido, pero como ha sido tu favorita... —masculló Eugenia, molesta.

—Eugenia, por favor, no es momento de reproches. Spencer necesita que no le demos más problemas —razonó Meredith.

—Habla la que cayó de un balcón por tomar más vino del necesario —farfulló la menor.

—Eugenia, tienes razón en dos cosas. Ensañarte conmigo está bien, pero que te hubieran raptado a ti en lugar de Rose hubiera sido mejor —profirió Spencer.

—¡Lo sabía! Pero sabes una cosa, ahora solo te quedo yo.

—Pues te diré otra, ¡no sobreviviré! Esto ha acabado conmigo. Al menos he cumplido con tres hermanas bien casadas. Tú no me das esperanza de que te cases.

—¿Acaso Rose sí te las da ahora? —increpó molesta.

—¡Suficiente, Eugenia! Sal de la habitación de tu hermano ahora mismo. Es mi esposo y lo cuidaré de quien sea. Si debo echarle de esta casa lo haré —advirtió Victoria, que pocas veces hacía gala de su carácter, pues como buena esposa, siempre debía buscar conciliar las cosas.

—Iré a por el gato Clauss. Siempre es bueno tener un gato para los casos de decepción —farfulló antes de salir de la habitación con la nariz alzada y con aires de impertinencia.

—Solo quiere ser agradable, Spencer. No desea que pienses en nada que te perturbe. No te preocupes, Albert lo solucionará todo en compañía de Foster y de Clifford. Confía en tu familia —declaró Kitty que se sentó junto a su hermano.

—También quiero ser agradable con Eugenia para que no sepa que no dejo de pensar en su futuro y que esto que ha ocurrido con Rose está acabando conmigo. Lo único que necesito es un descanso, un digno descanso de la mano de la muerte...

—Nunca he oído tantas tonterías juntas, Spencer. Piensa en una cosa: mientras más desees la paz y la muerte, la vida te castigará dándote salud para soportar. Debemos intentar que esto no nos consuma —dijo Fanny que también se sentó junto a su hermano que yacía en la cama.

Las hermanas Fane intentaban que la tristeza y la culpa no consumieran a la cabeza de la familia. Una hermana desaparecida era el mayor castigo que alguien podría recibir en la vida y eso todos lo sabían. El futuro sería incierto si Rose llegara a aparecer. Las teorías sobre la desaparición podrían ser varias, aunque todos se negaban a creer que ella había desaparecido por voluntad propia. La idea que más ganaba fuerza era la de la mente enferma de algún hombre ahogado por las deudas que decidió cazar a la persona que lo libraría de la muerte en una velada musical.

Rose había guardado silencio durante todo el camino hasta que llegaron a la residencia del duque en una propiedad que ella desconocía. En el horizonte la luz del sol estaba cerca de sorprenderlos.

Pese a que Rose moría de sueño, no se había dejado seducir por el cansancio, el traqueteo del carruaje ni las gotas de lluvia que golpeaban el techo del mismo, invitándola a dormir.

El sirviente del duque, con amabilidad, le había acondicionado una hermosa habitación y también le entregó un camisón para que ella pudiera diligenciarse sola. Al poco tiempo que el hombre se fue, Rose se recostó en la mullida cama y por fin pudo rendirse para descansar.

El duque tampoco cerró un ojo. Su cabeza estaba embarullada por no saber qué hacer con la joven. Con ella no había llegado a ningún acuerdo sobre lo que había pasado, cada uno tenía su versión de la verdad única e indiscutible.

—Milady se ha dormido, su excelencia —comunicó Silvester.

—Quisiera que esto fuera una pesadilla. Todavía no puedo explicar cómo es que salió de mi

carruaje como un animal salvaje. Silvester, una mujer aquí es sinónimo de problemas.

—Usted insistió en traerla y no devolverla.

—Imagina que vaya a su casa, golpee la puerta y, de la nada, diga: «Buenas noches, milord, he aquí su hermana perdida». Eso sería como dispararme en el pie, me casarían con ella de inmediato.

—No le veo ningún problema a que lo casen con una joven que le gusta, excelencia.

—Debo corregirte: me gustaba antes de haberla conocido. Solo el desconocimiento es capaz de poner en un altar a alguien con quien no hemos conversado. Ahora que tengo el conocimiento, las maravillas que pude haber pensado de ella se desvanecieron.

—No sé qué solución distinta al matrimonio puede encontrar. En un par de horas sus amigos estarán en camino y usted tiene a una dama, mientras más testigos tenga menos podrá salir del embrollo.

—Envía a un lacayo para decirles que la invitación ha sido revocada por motivos particulares y que pronto retomaremos el asunto.

—Por supuesto, excelencia.

Silvester ayudó al duque a cambiarse de ropa y después se retiró para cumplir la orden que este le había dado.

Antes de poder descansar, Harper pensaba en la joven que estaba en su casa. No tenía idea de qué hacer con ella ni de cómo solucionar el problema. Esperaba que al despertar todo se tratara de una pesadilla y que ella no estuviera ahí.

Horas después él despertó y se levantó de la cama. Se acercó hasta la ventana y corrió la cortina. El día estaba nublado y poco apetecible para cualquier actividad fuera de las cuatro paredes. Después cogió la campanilla y la agitó para que su ayuda de cámara se presentara, mientras lo esperaba, se limpió el rostro con el agua de la jofaina. Quería iniciar su jornada de la manera más normal posible. Al escuchar que la puerta se abrió, supo que su sirviente se había presentado.

—Buen día, excelencia —saludó Silvester.

—Buen día, aunque por lo que noto serían buenas tardes.

—Ha dormido todo el día al igual que milady...

El duque suspiró como si estuviera cansado.

—Pensé que ella solo era producto del brandi que bebí anoche... —comentó desanimado.

—Pues el producto de su brandi no tiene ni una sola prenda. Si no tiene una solución a corto plazo para ella, es mejor que le compre ropa. Puedo ir al pueblo más cercano a buscar algo para que ella pueda vestirse. No puede estar en camisón por la casa, es algo indecente y muy tentador para un hombre soltero.

—Ten por seguro que lo último que tocaré en esta vida será a esa dama tan poco educada. Esta diablura de querer cazar a un duque, le saldrá mal. Debí gustarle demasiado en la velada musical. También debió averiguar que soy un soltero codiciado y algo escurridizo, un seductor de damiselas. Puedo jurar que ella quiso probar suerte pensando que sería tan sinvergüenza para caer fácilmente; sin embargo, no contó con mi astucia de descubrir sus malvados planes.

—En un primer momento he desconfiado de usted, excelencia. Creí que en verdad la había raptado. Es una joven demasiado bella para dejarla pasar, consideré que la tentación lo había vencido.

—Todavía no he conocido a la mujer que me tienta. Cualquiera me anima, pero no todas son capaces de poseerme, soy un poco selectivo.

—Lo sé, milord. ¿Le compro los vestidos a la joven o prefiere buscar una solución con ella?

—Su solución es que nos casemos. No pienso acceder a algo semejante, mejor consigue ropa para ella.

—Por el momento le he prestado una camisa y un pantalón que le pertenecen a usted.

—Qué atrevimiento, Silvester. Debe quedarle horrible.

—Una de las doncellas le ayudaría a ajustarlo, mientras que sus prendas son lavadas.

—Entonces por el momento todo está solucionado.

—Sí. ¿Bajará para el almuerzo?

—Sí. ¿Y ella lo hará?

—No ha dicho nada de eso, pero le avisaré que usted estará.

—Está bien. Es mejor que conversemos en la mesa sobre lo que haremos. Todavía no tengo claro qué acciones tomar y, pese a que sé sus sugerencias, la escucharé de todas formas, puede que termine divirtiéndome un rato.

El duque se vistió con sus prendas elegantes. No porque tenía una visita indeseada daría una mala imagen. Durante el día se verían mejor que por la noche con un par de lámparas alrededor. Conocería de manera definitiva a lady Rose Fane, la desatinada criatura que jugó a ser duquesa y que solo Dios sabrá cómo acabará.

Al salir de su habitación fue hacia el comedor y no encontró a la joven, por lo que concluyó que quizá ella no almorzaría a su lado. Él cogió la campanilla y la agitó para que alguien le sirviera la comida, luego tomó asiento en la cabecera de la larga y elegante mesa que él precedía. Tanta opulencia para él solo, y no tenía inconveniente con eso, era feliz siendo soltero, rico y codiciado.

Al escuchar unos pasos se fijó que alguien se había acercado al comedor. Era su visitante que lo estaba observando, vestida como si fuera un caballero.

Capítulo 8

Harper no pudo dejar de mirar a su huésped indeseada. Con esa ropa se veía extraña y para su sorpresa, muy atractiva. Por un momento olvidó que no soportaba a la joven, abandonó su asiento y separó una silla junto a la de él para que se sentara e hizo una inclinación de cabeza como saludo.

Rose se sentía incómoda por la atención que le prestaban los ojos de su secuestrador. Era probable que se burlara de ella; pero como buena Fane, llevaría puesto cualquier trapo con orgullo.

Respondió a la venia que realizó el duque con una reverencia. Se sentía extraña sin su falda.

—Buen día —saludó la joven.

—¿Cómo ha dormido? —preguntó Harper sin sacarle los ojos de encima. Él sentía que tenía el brillo de la picardía en ellos, percibía en sí mismo ese aire de cacería, como si estuviera en una conquista.

—Supongo que igual que usted. Lamento tener que usar sus prendas, es que cuando me secuestró no previó que necesitaría algo que ponerme.

—Mis prendas le sientan a la perfección. Solo que está equivocada en algo: yo no la secuestré. Usted se metió a mi baúl con la clara intención de ser descubierta en Londres y conseguir un esposo rico, atractivo y con un buen título.

—¿Sigue bebiendo a estas horas? Lo que ocurre es que usted es un duque sin fortuna que necesitaba de mi dote y de la influencia de mi familia. Ya hemos pasado por varios intentos de caballeros con esas intenciones.

—No me haga reír, milady. Su hermano necesita de mí, no yo de él. Todo está bien con mis finanzas, no tengo necesidad de secuestrar a nadie, y menos a una mujer.

—Usted sabe que soy un excelente partido y por eso lo hizo, no quiere admitirlo por orgullo

o soberbia —manifestó Rose, confiada.

Harper rio por lo bajo ante la locura de Rose que comenzaba a divertirlo.

Después de unos instantes, se presentaron los sirvientes para servir el almuerzo. Los dos aristócratas se miraban con diferentes expresiones de acusación en el rostro, apreciándose cada uno a su forma.

La joven no podía lamentar tener a alguien como el duque frente a ella. Él se sentía seguro de sí mismo cuando hablaba y cuando se movía. Podría estar mintiendo, pero era casi imperceptible por la seguridad con la que se dirigía a ella e incluso se daba el gusto de seguirle las discusiones absurdas. Ella suponía que él era muy juguetón, algo así como Foster, su cuñado o quizá, pronto le mostrara que el sarcasmo también suponía una herramienta que él pudiera usar contra ella, como el caso de Albert.

Ella sabía que los duques tenían mucha fama de arrogancia y lo había comprobado con su cuñado, tal vez este hombre pronto le enseñara de lo que era capaz siendo un duque.

—Gracias —dijo la joven después de que Silvester le sirviera el almuerzo.

—Gracias, Silvester. Retírate, milady y yo conversaremos un poco sobre asuntos de nuestra incumbencia.

—Sí, excelencia. Buen provecho.

El sirviente se retiró y cerró las puertas de comunicación con el comedor. Rose y Harper habían quedado solos y encerrados.

Ambos comían en silencio, aunque se miraban cada rato como si desconfiaran el uno del otro.

—Supongo que ahora que ha comido puede comenzar a contarme cómo es que ha llegado hasta mi carruaje, y no solo eso, sino también quién la ayudó a meterse en mi baúl —habló Harper que se llevó una copa de vino a los labios para escuchar la respuesta que ella le daría.

—Pensé que usted me contaría esa historia, puesto que me secuestró. Me arrebató de la

seguridad de una velada.

—Segura hubiera estado si hubiese permanecido en el salón.

—¿Lo ve? Entonces usted sabía que no estaba en el salón.

—Es evidente que no estaba en el salón. Nadie raptaría a una dama estando en un lugar lleno de gente. Por eso, es que mi teoría de que usted quiso conseguir un esposo con facilidad cada vez gana más peso. ¿Quién ha sido su cómplice? ¿Su hermano, su cuñada, alguna amiga o un lacayo? Prometo no enfadarme demasiado si confiesa su fechoría.

—¿Enfadarse? Aquí quien debería estar enfadada soy yo porque soy la más perjudicada por sus pensamientos inquietos.

—¿Pensamientos inquietos?

—Mi institutriz dice que los caballeros tienen pensamientos inquietos hacia una dama que los atrae mucho y por eso tienden a hacer cosas para llamar la atención. Le digo que no hacía falta secuestrarme para tener mi atención. Me hubiera tropezado con usted para conversar de algo si hiciera falta inventar una excusa, o si tanto le agradaba, pudo acercarse a mí, le aseguro que no lo rechazaría.

—Cuánta educación, milady, pero no estoy tan desesperado por atención. Es muy bonita, pero no tanto para secuestrarla. Puedo decir que le he gustado tanto, que busqué mi carruaje para irse conmigo. Pensó que iría a mi residencia; sin embargo, este viaje lo tenía planeado antes de siquiera saber de su existencia. No sabía que alguien como usted se enamoraría tan rápido de mí.

—¿Enamorarme de usted? No me queda claro quién de nosotros debería dejar la fantasía, porque habla de una palabra muy fuerte y que supongo que no conoce. El enamoramiento es algo distinto a solo mirar.

—¿Usted se enamora con frecuencia?

—No. Yo tengo una regla para enamorarme.

—Ajá. Me interesa esto. Quiero escucharla. —El duque se acomodó en la silla y le prestó

toda su atención. Le estaba resultando divertida la conversación.

—Debe ser un caballero rico, con un buen título, agradable, atento, inteligente y con gran apertura mental para integrar una familia grande. Tengo cuatro hermanas, un hermano, una cuñada y tres cuñados, a eso debe sumarle mis sobrinos. Todos mis parientes tienen una excelente posición económica y yo no puedo ser la excepción. Me gusta la buena vida, las joyas, los caballos y todo lo que me puedan dar. Estoy acostumbrada a lo mejor de lo mejor y no exagero.

—Qué casualidad que yo cumpla todos sus requerimientos, requerimientos que nunca he oído de su boca porque no la conocía, por esa razón no pude haberla raptado.

—Puedo suponer que usted ha pensado algo como lo que he dicho yo.

—No he pensado en nadie. De hecho, no he considerado la idea de tener una esposa.

A Rose comenzaba a preocuparle que el duque fuera tan reacio y, además, que no quisiera asumir sus actos.

—Escuche, excelencia. Necesito una solución para este problema. Mi hermano debe estar muy preocupado por mí, quizá pensando lo peor. Tengo a mi última hermana que está a dos años de debutar, no puedo terminar desaparecida y soltera.

—¿Y cómo quiere que solucione este problema? —inquirió con humor.

—Es lo que quiero que me diga. Porque yo solo tengo una solución: que mi hermano lo obligue a responder por esto. Sin embargo, me temo que usted no tenga la solvencia suficiente para mis exquisiteces.

—Usted amaneció de broma, ¿no es así? Tengo tanta solvencia que podría estar con cincuenta jóvenes exquisitas sin despeinarme.

—¿Hace gala de ser un libertino o un derrochador?

—De las dos cosas, milady. Volviendo al asunto de nuestra situación, le confieso que me siento muy cómodo siendo soltero y, también quiero aclararle que nadie me obligará a un

matrimonio con una desconocida.

—Tampoco me apetece casarme con usted, pero haría el sacrificio por una oportunidad para que Eugenia pueda casarse.

—¡Ja! ¡Sacrificio! Nunca me habían humillado tanto en un instante. Nadie me ha llamado «sacrificio» en mis veintisiete años de vida, ni siquiera mi preceptor.

—Y a mí nadie me ha despreciado tanto, ni mis cuñados y tampoco mi hermano. Estoy acostumbrada a ser amada, atendida y consentida.

—Dirá caprichosa. La han educado mal.

—No. Me han educado para alcanzar lo que deseo, pero alguien tan petulante como usted es incapaz de entenderlo.

—Milady, solo me insulta y no da una solución.

—Si no tiene nada que decir, lléveme a Londres, arrójeme a los buitres y haga que caigan sobre mí todas las desgracias que puedan acontecerle a una dama soltera. —Rose se levantó de la silla para abandonar la mesa.

—Iré a acusarme con su hermano y hablará de mí en Londres, tanto que no podré regresar ni siquiera a mi casa.

—¿A quién más he de acusar?

—Échese la culpa, porque si está aquí, involucrándome en un asunto en el cual no tengo nada que ver y soy inocente...

—¡No es inocente porque salí de su baúl! Usted me raptó, me metió ahí y ahora se desentiende.

—Me desentiendo porque no he sido yo. ¿No admitirá su fechoría?

—No admitiré algo que no he hecho. Quiero que me proporcione un caballo. Me iré —

espetó ofendida.

—No puedo dejar que se vaya, puesto que me vincularán con usted.

—No hay una solución que nos componga. Me voy...

Rose caminó hasta la puerta, la abrió, miró a Harper y alzó el mentón con orgullo. De ninguna manera él la humillaría con su rechazo. No le importaba el lugar recóndito en el que se encontraba. Ella debía llegar hasta su hermano. Fue hacia la siguiente abertura de la casa y se dispuso a salir.

Harper se quedó en el comedor, impresionado por haber visto la figura de la joven al irse. Nunca había apreciado algo similar. Su cuerpo se marcaba a la perfección y él había quedado como un loco después de semejante vista. Se decidió a abandonar la silla y seguir a Rose.

Al salir afuera, Harper observó que la joven se perdía hacia el horizonte. Al parecer ella no le temía a nada, ni siquiera a lo desconocido y por esa razón emprendía un trayecto que no conocía. Caminó a largas zancadas hasta alcanzarla.

—¿A dónde cree que va? —cuestionó Harper.

—A mi casa, ¿no lo ve? Si usted no es capaz de darme un caballo, yo tengo dos piernas para caminar. En algún momento de la vida llegaré a un camino o a alguna propiedad. Alguien sentirá compasión por mí y me dará un corcel para presentarme ante mi hermano.

—Todo lo que ve a su alrededor me pertenece.

—¿Quiere que tenga miedo? No lo logrará —advirtió Rose, decidida. A ese hombre no podía darle una sola muestra de debilidad o se burlaría de ella. Además, no tenía tiempo que perder, mientras más lejos estaba, sus posibilidades de solucionar el problema que tenía eran mayores. Era un hecho que su situación era insalvable, era muy parecida a la de Melissa y Foster; sin embargo, en su caso nadie sabía quién pudo habérsela llevado. Solo al aparecer los demás sabrían que había sido el duque de Alcost, porque sin dudas cantarían como un pajarito.

De cierta manera no sabía qué hacer, su futuro estaba destruido y ella solo quería regresar a su casa. Su hermano era capaz de hallar algo que le permitiera continuar con su vida. Rose

deseaba casarse con un buen hombre, aunque el destino, de manera fortuita, decidió que no tendría lo que esperaba, pero ella no se resignaba, como buena Fane que era.

—No digo eso para intimidarla, sino para que usted comprenda que, a varias millas de distancia, no encontrará nada más que extensiones de mis posesiones.

—¿Los caminos son suyos?

—Sí, también.

—No me importa. Regresaré junto a mi familia y lo acusaré.

—He intentado explicarle que no tengo nada que ver en su secuestro. Estuve durante toda la velada esperando a que las damas ejecutaran el pianoforte. La vi a usted ahí, pero no tocó una sola pieza. No obstante, mi curiosidad no es tan mala consejera para aconsejarme que la secuestrara, ya que era más sencillo conversar para saciar mi curiosidad. Asuma que esto le salió mal. Prefirió hacerle mal a su familia con tal de conseguir un esposo conveniente.

—¡No puedo creer que lo siga negando! ¡Todo lo inculpa! Usted prefiere pensar que yo le he pedido o he pagado para que taparan mi cara hasta casi asfixiarme, me tomaran entre dos, que fueran torpes, me soltaran y golpearan mi cabeza dejándome inconsciente y que después me dejaran en un baúl. ¿No le parece un poco incongruente que me hiciera tanto daño por un esposo conveniente?

—Si ninguno de los dos es culpable, asumamos que somos inocentes.

—Usted no entendió que esto no es una cuestión de inocencia. Es el futuro de dos mujeres y la reputación de una familia. Sea como sea, yo lo acusaré.

Capítulo 9

Rose siguió caminando y él también lo hizo detrás de ella.

—No puedo permitirlo y le he dicho la razón —replicó apresurando el paso.

—A usted no le importan mis problemas y a mí tampoco los suyos. Le daré la misma empatía que recibo. Mi hermano sabrá qué hacer, es un hombre sabio.

—Lamento que mi conveniencia sea más importante que la suya. La insto a regresar y conversar sobre el asunto.

—No quiero conversar con alguien a quien no le interesa el bienestar de una dama. Lo animo a dejar de seguirme para que pueda continuar con mi camino.

—La única forma en la que saldrá de aquí, será muerta...

Al escuchar eso, Rose palideció y no dudó un segundo para echarse a correr.

Ante la tontería que había dicho Harper, pronunció una maldición antes de seguir a la joven por segunda vez. En esa ocasión, sí la había asustado.

—¡Milady! —la llamó para que se detuviera, pero sus piernas parecían tener más fuerza que nunca, por lo que utilizó todo su esfuerzo para alcanzarla, arrojarla sobre ella y detenerla.

Ella solo sintió que había caído sobre la hierba y que tenía un cuerpo sobre el suyo.

—¡Quítese! —exclamó ella para librarse de él. No quería morir de una manera tan absurda. Lo empujó, pero el duque la volvió a coger y esta vez quedó sobre ella, muy cerca de su rostro.

—Era un chasco, milady. Es evidente que no la mataría. ¿Cómo puede pensar eso de mí? —curioseó mirándola hacia sus preciosos ojos azules que se notaban asustados.

Rose también fijó su mirada en los ojos del duque. Era igual de atractivo después de

agitarse tanto por la carrera.

—No me parece gracioso. Usted no sabe cómo tratar a una dama —acusó.

—Mi negocio son las damas, ellas me adoran.

—Sáqueme de su lista, rufián. No tiene vergüenza de tratarme de esa manera tan poco caballerosa...

—Es muy necia, ¿se lo han dicho? —indagó Harper, tentado a besar a la joven.

—Sí, pero todas esas personas que me critican me aman.

—Los dos tenemos un problema con el ego, milady, y eso es muy atractivo...

Sin mediar más palabras, Harper añadió un problema más a los que ya tenía: pegó sus labios a los de Rose. Definitivamente, podía culparse de acrecentar la fricción entre ellos dos, pero ya tendría tiempo de arrepentirse, ese era el momento de disfrutar de lo que hacía.

Esta era la primera vez en la que alguien la besaba. Rose siempre tuvo una idea de lo que era un beso; sin embargo, desconocía cómo se sentía ser besada. Pese a que el duque le parecía alguien de poca seriedad, no podía quejarse de ese acercamiento. Ella no sabía si deseaba algo semejante, mas le gustaban las sensaciones que se disparaban dentro de ella. Cuando él la incitó a abrir la boca, sintió que la lengua del caballero recorría su cavidad, buscando enredarse con su lengua, que era torpe y lenta en comparación a la de él que derrochaba experiencia. Su cuerpo estaba conociendo cosas extrañas sensaciones y sus pensamientos viajaban más allá de las nubes, imaginando que llegaba a tocar el cielo.

Le encantaba lo que ocurría, pero Rose entendía que había un inconveniente con ese beso y era que el duque no quería responder por ella. La estaba utilizando de una manera absurda y ella, tonta e ilusionada por un beso, se hundía aún más en el hoyo de la desolación. Secuestrada y besada era lo peor que le podría pasar a alguien. Sabía que debía regresar junto a su hermano, por más que ese hombre aprovechado se lo impidiera. Ella también se perdía en lo incierto de su futuro. ¿Qué ocurriría al regresar a Londres? ¿Cómo podrían salvarla sus parientes de algo que era casi imposible pasar por alto? Si ellos se enteraban de que el caballero la había besado en su cautiverio, las cosas empeorarían.

Por conciencia, ella decidió alejar a Harper y se levantó con prontitud para acariciarse los labios con los cuales el duque estaba engolosinado hasta dejarla feliz y magullada.

Él miró a Rose, a la que no quiso soltar por nada. Se sentía como una sanguijuela que quería más de ella.

—¿Por qué me ha besado? ¿No ve que es insensato e incongruente?

—La atracción entre un hombre y una mujer es algo natural.

—No es natural besar a una dama a la que le niega la oportunidad de recuperar su buen nombre.

—Soy un sinvergüenza, ¿qué esperaba?

La indignación recorrió el cuerpo de Rose hasta llegar a su mano para propinarle un bofetón al duque.

—Y yo no soy cualquier mujer, ¿qué esperaba? —respondió regresando a la casa del hombre. Aprovecharía algún descuido para tomar un caballo apenas tuviera la oportunidad.

Harper se quedó parado en el medio del campo nublado, intentando colocar la quijada en su lugar. Se acarició la mejilla maltratada y sin querer sonrió. Ella era puro fuego. Llevaba fuerza y entereza en las venas. Más que engañarlo, comenzaba a maravillarlo, pues no había conocido a nadie con tanta soltura y confianza que no estuviera interesada en conquistarlo, y si ella lo estaba, fingía muy bien que no lo deseaba.

Debía admitir que era un descarado y sinvergüenza para haberle hecho caso a sus deseos antes que a lo correcto, aunque lo correcto hubiera sido dejarla en donde la encontró o al menos en donde ella decidió salir del baúl.

Cuando miró hacia donde la mujer se perdía, siguió apreciando el contoneo de cadera, mientras se retiraba bastante enfadada y tal vez ofendida. Solo le quedaba regresar tras ella y pensar en cómo salir del aprieto. ¿Qué opciones tenía? Casarse no era algo que le agradara, tampoco le desagradaba, pero las cosas no eran como había imaginado, tampoco podía ir a

Londres y colocar a la joven en la puerta de su casa y luego correr como un cobarde. Huir a tiempo jamás podría ser considerado cobardía. También tenía una opción más: fingir que la había secuestrado, pedir una recompensa y luego devolverla. Esa era la mejor forma de salvarse de un matrimonio indeseado.

Llegó a la casa convertida en la furia con piernas. Estaba indignada por la actitud del duque. Podía besarla, pero no responsabilizarse por ella, ni llevarla ante su familia. Si bien Rose no estaría disconforme con un hombre como él por ser lo que había esperado desde que formó una imagen en la mente de lo que ella deseaba para el futuro que debía ser, un hombre guapo, rico e interesante. Cumplía con dos de los requisitos para ser su esposo, salvo que él carecía de ánimos para casarse.

El beso había sido maravilloso y no lamentaba esa situación, más bien el resto de las situaciones que los rodeaban. Necesitaba volver a su realidad, lo que estaba viviendo era algo excepcional. Nunca imaginó estar en la casa de un caballero sin haberse casado. Si esto lo sabían sus familiares, estarían muertos. Spencer no lo soportaría y la señorita Harting se moriría de decepción.

Rose comprendía todos los pensamientos ajenos. Como había pensado con anterioridad, su caso era parecido al de Meredith y a ella la obligaron a contraer matrimonio con un desconocido, pero con el tiempo se aceptaron y se amaron; sin embargo, el duque no estaba dispuesto a sacrificarse por su nombre ni por ella y era hasta comprensible. Lo que siempre tenía en cuenta era que no importaba la inocencia, lo único importante era limpiar la mancha en el buen nombre de la familia. Rose ignoraba lo que ocurriría con ella ante las reiteradas negativas del aristócrata, con el que desafortunadamente coincidió en la vida.

—¿Todo está bien, milady? —preguntó el ayuda de cámara del duque.

—No —respondió de inmediato.

—¿Algo no resulta ser de su agrado?

—El dueño de esta casa no puede ser del agrado de nadie.

—Su excelencia es un caballero interesante, milady. Si me permite, le sugiero que lo escuche cada vez que pueda.

—Le daré la misma importancia que él me da: ninguna.

—Lamento las circunstancias que está pasando, milady. ¿La puedo reconfortar de alguna manera?

—Sí, podría darme un caballo o prestarme el carruaje para ir junto a mi hermano. Cada hora que paso lejos de él, empeora mi triste y tenebroso futuro, y todo gracias al duque y a sus gustos que se convierten en disgustos.

—No puedo proporcionarle tales cosas sin que su excelencia lo apruebe.

—Él no lo aprobará.

—¿Alguna otra cosa en la que pueda ayudarla?

—Un libro, al menos eso.

—Un libro con una taza de té y un par de galletas. Me encargaré de que lo tenga todo lo más pronto posible, milady.

El sirviente que la había interrumpido en su caminata se retiró, y ella no sabía en qué lugar de la casa se ubicaría. Al final decidió ir a la habitación que le habían designado.

Harper regresó a su casa y buscó a la joven a su alrededor para comentarle que ya tenía una solución al problema.

—¿A dónde vas con eso, Silvester? —cuestionó el duque al verlo con una bandeja con té, galletas y un libro.

—Le llevaré esto a milady.

—¿Qué se ha creído? Primero me da un bofetón y después comienza a mandar en mi casa.

—Ella solo ha pedido un libro. Las galletas y el té se lo he ofrecido.

—Milady no es tu patrona ni lo será. No te acostumbres a su efímera presencia.

—Por supuesto, su excelencia. Tengo curiosidad, ¿por qué lo han golpeado?

—Un momento de debilidad. Ella es atractiva e inconsciente sobre su belleza y las formas de su cuerpo. Esas prendas que llevaba casi me enloquecen. Lo mejor es que no la vea con frecuencia o puedo tener malos hábitos.

—¿Qué malos hábitos serían esos?

—Sentirme tentado a besarla y complicar mi situación con esa mujer. Sería como darle la razón de que fui yo quien la raptó.

—Yo sigo pensando que ha sido usted en un momento de debilidad.

—He dicho que no. No puede ser que hasta mi sirviente que me conoce de toda la vida dude de mi palabra. Me he devaluado demasiado.

—Usted es un libertino, excelencia. A veces los libertinos pierden la cabeza y terminan encontrando un matrimonio inesperado.

—Eso no me ha pasado. Por supuesto que vi a esta joven, pero no por eso debería ser culpable. Ella no admite lo que ha hecho y yo no cargaré con culpas ajenas.

—Lo único que sabemos es que, mientras más tiempo pase milady a solas con usted, mayor es el riesgo de que la sociedad comience a hilar entre las personas que faltan en Londres y que estuvieron en el mismo lugar.

—Me pones en un aprieto con este comentario, Silvester, pero ya he pensado en una solución para ella y para mí, sin que salgamos perjudicados, es decir, casados.

—Entonces debería calmar a milady que está preocupada y mortificada por la situación. Usted es un caballero, excelencia, la tranquilidad de la dama debería formar parte de sus prioridades. Con permiso, no quiero que se enfríe el té de la dama.

Harper vio partir a su sirviente, mientras él se quedaba aún más preocupado que antes.

Todavía no había pasado un día, pero ¿cuánto tiempo podrían tardar los demás asistentes en saber que ambos podrían estar relacionados de alguna manera? Con la idea de asumir un falso secuestro con fines económicos por parte de desconocidos, sería suficiente para despistar a todos. Solo debía ordenar sus ideas y convencer a lady Rose que ambos saldrían limpios de la situación.

Mientras él seguía pensando en la forma más rápida y correcta de salvarse, no se permitía por nada del mundo considerar la idea de fallar en su plan. Era la salida que esperaban y Harper debía convencer a la joven para que aceptara eso y olvidara cualquier otra idea. Debía hacerla sentir segura de que nadie la juzgaría y que no la rechazarían, pues quedaría como una víctima de alguien que estaba necesitado de dinero. Muchas personas sabían que la falta de dinero en Londres era una situación delicada, y más para mantener las apariencias de unas finanzas excelentes.

Capítulo 10

Cuando el sirviente del duque entró a la habitación, ella se encontraba acostada en la cama, mirando hacia un punto fijo, llorando en silencio.

Rose pensaba en su familia, más en Spencer que en la propia Eugenia. Él estaría tan decepcionado de ella que quizá hasta muriera. Con el pasar de los años y con cada hermana que se casaba, lo notaba más cansado. No lo culpaba, con hermanas tan intensas que no lo dejaban vivir su vida, todo resultaba más complicado. Su hermano había depositado su confianza en ella y en ese momento y sin querer, la estaba defraudando. La retenían en contra de su voluntad, la trataban de demente y para colmo de males, la besaban. El trato que recibía era terrible para la posición social que ella ostentaba.

—Tome, milady. —Silvester le mostró un pañuelo para que limpiara sus lágrimas.

—Gracias —logró articular la joven.

—Le he traído su pedido y algo más para agasajarla. No se sienta mal, todo se solucionará. De hecho, su excelencia me ha dicho que ya ha pensado la forma en que los dos salgan beneficiados.

—Yo no creo en el duque. Solo dice patrañas para librarse de mí. Debí gustarle mucho anoche, pero cuando me conoció reconsideró su idea, y no lo culpo, soy una Fane. Solo hombres de valor son capaces de arriesgar su vida al lado de una dama de mi familia.

—Créame, milady, que yo considero que usted es la esposa ideal para el duque, pues de cierta manera lo ha cautivado.

—¿Usted cree eso? —curioseó a la vez que se limpiaba las lágrimas, dejando ver algunos vestigios de credulidad e inocencia.

—Sí, él nunca había compartido tanto tiempo con una mujer, y tampoco se ha preocupado por alguien más que sí mismo.

—¿Por qué será que no le creo? —preguntó Rose, sarcástica—. Lo que más se nota en él es su falta de empatía. Ni siquiera puedo decir que es un duque.

—Si lo desea, podemos ir a recorrer la galería después de que se canse de la lectura. Le mostraré el linaje familiar del duque.

—También en mi casa hay una amplia galería. Es grato ver los retratos en lugar de imaginarnos a las personas.

—Sí, milady. Disfrutará de un buen paseo por ese lugar. Ahora me retiro para que pueda disfrutar de su libro.

—Se lo agradezco.

—Puede llamarme Silvester, milady. Estoy para servirle.

Ella le sonrió al amable y agradable sirviente para despedirlo. Después se levantó y fue a un sillón que estaba junto a la ventana. Silvester había dejado la bandeja con las cosas en ese lugar.

Cogió el libro con el ánimo de leer; sin embargo, le echó un vistazo rápido. No le apetecía nada. Se sentía extraña, con palpitaciones y agitada. Detrás de todos esos síntomas estaban las preocupaciones, por eso se había desarmado antes de que llegara el sirviente. La falta de certeza a su alrededor le desesperaba, pues durante su vida se había movido en un ambiente seguro y protegido. La única vez que se sintió desorientada fue con la muerte de su padre. Tenía siete años cuando ocurrió, pero Spencer había llenado ese espacio vacío que le había dejado su amado progenitor. Ella buscaba ese mismo afecto y él se lo había dado. La relación que construyó con él, ninguna de sus hermanas lo había logrado.

Para tratar de calmarse, corrió la cortina de la ventana y prefirió mirar el paisaje, a la vez que llevaba la taza de té a sus labios. En el horizonte solo veía dos cosas: mucho verde y nubes grises.

Las nubes no le parecían un buen presagio de nada. Ella debía encontrar la forma de regresar a su casa y que su hermano le creyera cuando le contara lo ocurrido, aunque eso no le importaría, tanto él como sus cuñados recorrerán la tierra y el mar para hallar al duque. En su pecho, tenía el presentimiento de que había encontrado a su esposo. Por un lado, podía

considerarse afortunada y por el otro, infortunada, pues él no pensaba en ella de la manera correcta, por más que Rose tuviera la razón sobre el asunto del secuestro. ¿Qué otra teoría podría existir?

Cuando oscureció y una doncella fue a comunicarle que la cena se serviría pronto, supo que el duque estaría junto a ella en la mesa. Sería un encuentro incómodo después de haberlo golpeado, mas no se arrepentía de tal acto.

Se arregló un poco para salir. Su camisa se había manchado cuando ese rufián se arrojó sobre ella para alcanzarla, pero era lo de menos, lo importante era hacerse respetar. Era una dama y nadie la humillaría.

Alzó la nariz practicando su pose cuando viera al duque.

Harper esperaba a la joven en el salón. Al verla bajar las escaleras se puso de pie para saludarla, aunque ella respondió y luego lo miró con ojos altivos y despectivos.

—¿Cómo está? —indagó al verla.

—¿Cómo cree que estoy si fui secuestrada por un rufián y libertino?

—Seré rufián y libertino, pero no un captor. Pasemos al comedor para conversar un poco.

—Usted es un charlatán. Ni siquiera en la feria de los gitanos son tan charlatanes.

—Durante toda la tarde estuve pensando en nuestra conveniencia, milady. Usted y yo solo podemos salir beneficiados de esta idea que se apoderó de mi mente.

—Déjeme decirle que son malas ideas. Es engreído, arrogante y petulante, un individuo no solo irreverente, sino también irresponsable e infantil.

—Válgame el infierno con todas sus palabras. Si debo creer en lo que dice, merezco arder en las llamas del averno. Casi me convence de que soy todo eso, pero después me comparo con usted y llego a la conclusión de que al menos no miento ni soy caprichoso e inmaduro.

—¿Qué insinúa?

—No estoy insinuando nada, lo estoy afirmando.

—Truhan —espetó y fue caminando sola hacia el comedor.

De nuevo, Harper se sentía afortunado al ser partícipe de la caminata de la dama. Adoraba ver ese cuerpo tan proporcionado y su rostro enfadado. Extrañaría mucho observarla cuando usara sus vestidos.

Ella llegó a la mesa y esperó de pie junto a la silla. Harper pasó de largo y corrió el asiento que él tomaría.

—Aparte de rufián, carece de la educación más básica. ¿En dónde lo instruyeron? ¿En una caballeriza? —expresó Rose, enfadada.

—Me ha tratado de tantas cosas que no siento la necesidad de ser caballeroso, pero como fui educado por los mejores preceptores y después en Eton... —Él movió la silla para que Rose se sentara.

Ella aceptó la cortesía y tomó asiento. Todavía tenía la petulancia vibrando en sus ojos azules.

Él tocó la campanilla para que sirvieran la cena. Una vez que los sirvientes dejaron listos los platillos, se retiraron dejándolos solos.

El silencio solo se rompía gracias al sonido del tintineo de los cubiertos. Harper miraba a Rose con interés, mientras que ella lo ignoraba deliberadamente.

—¿Puedo contarle en qué consiste mi plan, milady? —inquirió el caballero.

—Sí. Me divierte escuchar su charlatanería —replicó.

—No me ofenderé por llamarme charlatán. Lo medité muchas veces antes de comunicar esto. La única manera de salvarnos es decir que usted ha sido secuestrada y pedir dinero a cambio.

Rose comenzó a reír de manera casi histérica. Estaban en el mismo punto de inicio.

—¿Ese no era su objetivo en un principio?

—Sigue en lo mismo. Por supuesto que no. Mis finanzas son óptimas.

—Eso no me consta.

—Antes de volver a pelear mejor, escúcheme. Lo que quiero decirle es que enviaremos una carta a su hermano, con su puño y letra, para decir que usted fue secuestrada por unas personas que desean una cantidad de guineas y que una vez que se pague el rescate, usted será liberada. Con eso, tanto usted como yo saldríamos bien. El dinero lo dejaré en la puerta de su casa una vez que esté con su familia. No pienso quedarme con un solo chelín que no me pertenezca.

—Siempre se ha tratado del dinero. Solo que ahora que me conoce ha considerado la idea de no contraer matrimonio. Sus pensamientos sobre mí se han desvanecido.

—Solo le han servido una copa de vino y usted habla como si hubiera tomado todo un viñedo. Nunca pretendí convertirla en mi esposa, de hecho, a nadie. No es para ofenderla, solo quiero que aclaremos las cosas de una vez. Usted jura no haberse metido en mi baúl y yo juro no haberla metido. Lo único que nos une es una coincidencia desafortunada.

Ella estaba muy decepcionada de lo que le había tocado en la vida. El duque en verdad quería deshacerse de su presencia, no le importaba nada más que su soltería. Pese a que eso lastimaba el ánimo de Rose, no podía hacer más. Obligar al hombre sería algo imposible, si la dichosa idea que él tenía salía bien, ella podría continuar su búsqueda de un esposo, aunque lamentaría que un duque no fuera su esposo, a lo mejor, si tenía suerte, sería condesa como dos de sus hermanas.

—Si esto nos beneficiará, pues hay que hacerlo. ¿Ya me podrá enviar a casa de mi hermano?

—Mmm... —sopesó pensativo—. Tal vez tardemos más. Recuerde que hay que enviar la carta y aguardar una respuesta.

—¿Cuánto tiempo?

—No puedo precisarlo. Quizá cinco días.

—Bien... Cinco días en los que continuaremos viéndonos la cara. ¿Prefiere que me quede encerrada en la habitación? No quisiera molestar con mi presencia.

—Que no se note que está resentida conmigo porque no voy a casarme con usted. Yo preferiría hacer alguna actividad en su compañía. No puede pasar todos los días encerrada en una habitación.

—Se nota que nunca lo han castigado. Mis hermanas y yo vivimos al menos la mitad de nuestras vidas castigadas en la habitación por ser cotillas y no respetar la privacidad ajena.

—Pero aquí no hace falta que se condene al ostracismo. Tratemos de ser amables, después de que termine este tiempo juntos ya no volveremos a vernos.

—Me parece lo mejor. Entonces mañana puede prestarme un caballo para salir a montar.

—Solo si promete no salir de mi propiedad, mejor yo la acompañaré para cuidarla de usted misma.

—Cuando quiero hacer una tontería, no hay alma que pueda impedirlo.

—Correré el riesgo. ¿Para qué tener bellos paisajes si los desperdiciamos en el encierro? Le aseguro que nunca más tendrá tanta libertad como ahora. Una vez que se case tendrá que hacer todo lo que dice su esposo. Aproveche su buena suerte.

—Habla como si su plan llegara a resultar. Ni siquiera hemos escrito la carta.

—No me permito pensar en un fracaso, porque sería catastrófico.

—Lo que diga, su excelencia.

De nuevo el silencio se apoderó de la cena. Harper pensaba en cómo hacer para que ella se quedara junto a él. Obviamente, no era una persona solitaria; sin embargo, Rose no lo soportaba por lo que ocurría, ya que no terminarían casados. ¿Qué podría hacer para tener su atención?

—¿Le gustan los instrumentos? —curioseó para comenzar una conversación con ella.

Rose lo observó y se sonrojó. No tenía nada que perder si confesaba y tampoco si mentía.

—La verdad es que no soy tan diestra que digamos. Mis dedos son torpes —confesó.

—Pero si usted iba a tocar la noche anterior...

—Fue un fiasco. Quise justificar mi pésima forma de tocar con un falso corte en la mano, pero la anfitriona decidió que mejor no tocara nada, entonces me retiré tras el escenario. Después de eso me fui al jardín a llorar y... aquí me tiene...

Harper comenzó a carcajearse de la joven. A ella no le causaba gracia su burla, pero no podía evitarlo.

—Otra fuerte razón para no casarnos. No puedo estar con una mujer que no sabe ejecutar el piano. Lo único que una dama puede hacer para divertir a un caballero es tocar buena música. Si es incapaz de hacerlo, no encontrará un esposo.

—¿Piensa que no lo sé? —increpó, llevándose la copa de vino a la boca para beberla de un solo trago. Después se sirvió un poco más, puesto que los sirvientes lo habían dejado ahí—. Tal vez exista un caballero que me quiera al menos por mi dinero.

Capítulo 11

Ella estaba muy ofendida por las palabras del duque. Él era un completo insensible, por lo que ella siguió bebiendo más vino, al igual que continuó con la conversación que tenían. Aquel le hablaba sobre su buena vida, sus amistades, sus noches en las que se creía un completo seductor de damas. Lo único que él podía seducir en esas condiciones era a una mujer sorda. Era tan egocéntrico que seguir la conversación podría darle náuseas.

—¿Qué tal si me muestra sus habilidades en el pianoforte? —preguntó Harper.

—¿Para que siga burlándose de mí? No, muchas gracias. Prefiero retirarme a dormir.

—Usted es mi invitada y yo no tengo sueño. Soy superior dentro de la aristocracia, lo que significa que debe quedarse a mi lado hasta que me aburra, es más, soy su anfitrión.

—¿Quién le ha enseñado a invitar e interactuar con las damas? Puedo jurar que su preceptor no ha sido.

—Quiero escucharla, ¿hay algo de malo en eso?

—Sí, le he dicho que soy la peor intérprete del mundo.

—Dudo que sea la peor. Está exagerando, ¿y sabe por qué lo digo? Nadie se arriesgaría a tirar sus oportunidades por un precipicio para tocar en una noche si no estuviera confiada en sus habilidades. Se acobardó.

—Tal vez me acobardé. Había tantos caballeros que no quería desperdiciar la oportunidad de que alguien se fijara en mí. La idea era que me preguntaran qué había ocurrido y yo respondiera: tuve un accidente en el jardín.

—Es con exactitud lo que yo le hubiera preguntado, milady.

Harper no quería confesar que él estuvo esperando el momento ideal para abordarla y que ella no hubiera aparecido, ese sería su secreto por siempre.

—Entonces no estaba lejos de caer en mis garras. Ahora que ya sabe mis verdades se me ha escapado. Admito que siempre he deseado cazar a un duque, pero de buena manera, que me conociera, que compartiera momentos con mi familia para conocerlos mejor, que quisiera ganarse a Eugenia con un obsequio extravagante. Tenía una vida hecha sobre mis anhelos.

—Todavía hay muchos duques.

—La mayoría rondan la edad de lord Sharp. Quizá mi hermana, Kitty, fue la última en casarse con un duque relativamente joven.

—Vayamos al salón a continuar la conversación. Yo beberé brandi.

—Continuaré con su vino...

Los dos emprendieron camino hacia el salón principal. En un rincón estaba el pianoforte y Harper lo miró sugerente para que la joven entendiera lo que deseaba.

Silvester los esperaba en el salón. Él sabía que el duque acostumbraba a beber brandi después de la cena y jugar a las cartas o el ajedrez. Por lo general, siempre le servía como contrario.

—Sírveme brandi, Silvester —pidió Harper.

—Sí, excelencia. ¿Qué le sirvo a la dama?

—Un poco de vino —respondió antes de que lo hiciera el duque.

—Lo que ha dicho la dama, Silvester —refirió Harper.

El hombre del servicio sirvió una copa para cada uno y después observó que el duque le hacía un gesto para que se retirara y ellos quedaran solos.

—Entonces, ¿va a consentirme ejecutando el pianoforte?

—No tengo nada que perder. Así que, tápese los oídos o disfrutaré torturándolo.

La joven volvió a beber el vino con rapidez y después fue hacia el pianoforte con determinación, dándole al duque; sin querer, lo que él deseaba: verla.

El duque negó con la cabeza al apreciar su caminata. Su impulso le decía que corriera a morderle algo del cuerpo, pero se volvería más loco y sus intentos por solucionar la situación de los dos se complicaría. Debía controlarse y no dejar salir a su libertino interior. Ella se colocó sobre el banco que estaba frente al pianoforte y giró la cabeza para mirarlo. Él saltó de su asiento al escuchar que la joven masacraba al instrumento sin piedad. Se había pegado un susto de muerte.

Al escuchar la carcajada musical de Rose, él también comenzó a reír.

—Nunca me he divertido tanto en la vida. A mi familia ya no le sorprende ese truco —dijo ella entre risas.

—Es usted una criatura endemoniada. La malicia se encuentra en sus venas.

—Es solo diversión. No puede considerarme maliciosa por eso.

—Sí, lo entiendo, pero se juzga su intención.

—Solo probaba si estaba atento.

Aunque seguía riéndose, ella sabía que debía tocar, al menos hacer un esfuerzo para que las cosas salieran bien.

Cuando Harper escuchó los primeros acordes, supo que ella no mentía al decir que le costaba tocar el pianoforte. Su ejecución era pesada y no suave. Sus dedos debían acariciar las teclas y no destrozarlas. El tono lo llevaba bien, el problema era la forma. Él era un buen oyente, por lo que encontrar el problema no había sido difícil.

Mientras ella tocaba como sabía, escuchó los pasos del duque, entonces dejó de tocar.

—Siga, milady, lo hace bien.

—No es cierto y lo sabe, aunque tiene más tacto y compasión que mi familia.

—Le mostraré cómo hacerlo... —Él se sentó junto a ella y colocó sus dedos en las teclas.

Los ojos de Rose se abrieron con gran sorpresa. No podía creer que un caballero ejecutara el pianoforte con tanta gracia.

—Lo que noté es que usted tortura al instrumento, mientras que lo que debería hacer es acariciarlo con delicadeza. No crea que sé todo. Tuve una corta instrucción, pero muy válida. No apriete las teclas como si fueran frutas, considere que es una tela fina que no quiere estropear. Así será más cuidadosa y más precisa. Sus dedos son pesados y golpea al pianoforte sin consideración. El de su casa ya debe necesitar un mantenimiento.

—Siempre hay alguien que lo hace. Somos cinco, el desgaste del instrumento es evidente.

—Acompáñeme en estos acordes —pidió para que ella siguiera sus pasos—. Hágalo con suavidad. Mis oídos sirven para medir la fuerza con la que salen las notas.

Rose lo hizo y, de manera increíble, pudo oírse de una forma distinta. Sonrió al darse cuenta de que la señorita Harting siempre tenía razón. Debía hacerlo suave, pero ella nunca prestó atención al concepto de suavidad de su institutriz, pero sí al duque.

Cuando creyó conveniente, él dejó que ella acabara la pieza. La notaba sonriente y confiada.

Al acabar, Rose lo miró y le sonrió. Ella era hermosa y talentosa al final de cuentas. Verla en ese estado, lo impulsaba a cometer una tontería: volver a besarla.

Estaban tan cerca el uno del otro, que de nuevo sus miradas se conectaron. Entre ellos comenzaba a formarse una fuerte atracción tanto física como emocional que ninguno de los dos querían admitir.

Rose comenzaba a sentir lo mismo que esa tarde cuando ambos se habían besado. La anticipación por lo que podría ocurrir era demasiado para soportar. Debía mantener distancia de ese caballero que no deseaba nada con ella. No podía vivir pegando sus labios por deporte y menos con extraños. Ella debía cuidar su reputación, si todo el tiempo dejaba que él hiciera lo que quería, las cosas serían difíciles.

Harper pensó que la tenía en sus manos, seducida con una mirada. Quería aprovecharse de la situación y volver a apoderarse de sus labios. Cuando él acercó su rostro para besarla, ella se movió un poco y el duque terminó por besarle la mejilla.

—No crea que me besará, excelencia. Mis labios quedarán reservados para mi esposo. Usted no quiere serlo, entonces no tiene derecho a besarme —alegó Rose.

—Sé que desea que la bese. Soy un caballero irresistible. Si no quiere que la bese, es usted quien se pierde de mi gracia —replicó Harper, que con reflexiones absurdas intentaba persuadirla.

—No pierdo nada. Ya sé cómo besa. No quiera tirar la piedra y esconder la mano. Usted ha hecho un pacto conmigo, uno en el que me rechaza abiertamente.

—Escuche, milady. Podríamos conversar sobre un trato ventajoso.

—Le encanta hacer tratos, excelencia.

—No me juzgue tan rápido. —Harper le mostró una de sus sonrisas más seductoras. Rose quería escapar y él no deseaba eso—. Nadie tiene que saber que nosotros nos besamos, ¿entiende?

—Lo que usted no entiende es que soy cotilla. Si me vuelve a besar, se lo contaré a mi hermano y ahí terminarán sus planes. Tendrá toda una vida para cansarse de mis besos.

—Nunca pensé que una dama fuera tan sincera y despiadada como usted. Para ser tan joven, está muy capacitada para agredir a los demás.

—Una cosa es que acepte solucionar lo que nos incumbe a su manera y otra es dejarme besar por alguien que me desprecia. —Ella le dio la espalda al duque. Los dos seguían sentados en el banco.

Harper alzó la ceja y quiso mascullar una maldición. Ella no podía escapar de él. Entonces, pensó en algo con prontitud. Colocó su mano en el antebrazo de la joven y comenzó a acariciarlo de manera sugerente.

Al percibir contacto, Rose sintió que la recorría un escalofrío. Era tan extraña la sensación que le llenaba el cuerpo cuando el duque la tocaba.

—¿Me despreciará sabiendo que nos besamos? Milady, nadie tiene que saber que usted y yo nos entendemos. Este puede ser nuestro pequeño secreto.

Esas palabras llegaron a los oídos de Rose como susurros que la conmovían. Él respiraba en su oído, tan cerca de su nuca que la incitaba a abrir los labios, por lo que le hacía sentir con cada acercamiento. Cerró sus ojos para seguir oyendo lo que él tenía que decir. Estaba embobada y lánguida ante el acercamiento. Después, al no oír nada más, solo fue capaz de reaccionar a los besos en su cuello con un respingo y dándole todo el acceso que el duque necesitaba para enloquecerla.

Esta vez era evidente que Harper tenía en sus garras a Rose. Ella estaba encantada, disfrutando de las distintas sensaciones que su cuerpo le hacía conocer. Al estar cerca de él, Rose comenzaba a entender lo que ocurría entre una dama y un caballero. A eso se debía la insistencia de la señorita Harting para no estar a solas con ningún sinvergüenza que tuviera pantalones, porque siempre decía que ellos tenían muchas artimañas para engatusar, y que nunca cayera en los influjos de alguien que le hablara bonito, pero que no obrara de la misma manera. Sin embargo, ella estaba en la cuerda floja, cayendo en los brazos de un seductor.

Cuando él sintió que la tenía donde quería, siguió besándola en el cuello. Con eso la desarmaría hasta dejarla mansa como una oveja. Una vez que ella cedió, dio un medio giro a la cabeza de la joven y se apoderó de sus labios por segunda vez en el día. Volvió a dejarse llevar por lo incorrecto. Ella tenía razón al colocar un muro entre ellos, pero Harper no lo soportaba. Él era un conquistador y Rose una bella dama soltera, aunque debía admitir que era intocable por lo que había decidido hacer. Podía aprovechar y tener una esposa con facilidad, mas eso no estaba en sus planes, quizá el matrimonio lo asustara o cómo se dieron las cosas. Sabía que el matrimonio era algo inevitable, de lo que no podría huir por mucho tiempo, solo lo retrasaba hasta cuando él se sintiera listo.

Lo que le llamaba la atención era que pocas veces se había sentido tan atraído por alguien y más a una dama que apareció en su vida de una manera tan extraña y con la cual no pensaba permanecer más que esos días en que su plan se llevaba a cabo.

Ella respondía como sabía ante sus besos. No esperaba que devorara su boca, era una joven en su primera temporada. No la creía llena de experiencia, con suerte jugaba a encontrar un esposo de la forma incorrecta. Cuando movía sus labios con la timidez de una debutante, se volvía más loco. La inocencia era el recurso más atractivo en una mujer, al igual que la sensualidad. De Rose le atraían esas dos cosas, había encontrado eso en una sola persona, ya que, por lo general, se acostumbraba a mujeres más experimentadas con otro tipo de conversación y con una madurez mayor que una niña de la edad de Rose. Las jovencitas debutantes no eran lo suyo en términos de besos y otras cosas, ellas representaban frescura e inocencia, y todo eso lo encontraba en la hermana de un conde al que le escribirían para decirle que su hermana estaba secuestrada y que entregara el dinero para recuperarla sana y salva.

Capítulo 12

De nuevo, Rose se había arrojado al abismo de la estupidez. No podía creer que su voluntad valiera lo mismo que un suspiro en la nuca. El duque la convenció con algo por lo que ella no pensaba que alguien pudiera venderse. Era una desvergonzada que no podía mantener su postura. Eso no se lo había enseñado la señorita Harting, era probable que viniera en su sangre. Por más que se detestaba por caer en los brazos de ese hombre, disfrutaba de ese acercamiento como pocas cosas en la vida, quizá fuera comparable a recibir un presente espectacular en su cumpleaños. Se perdía en la satisfacción que le generaba el contacto por más inapropiado que fuera. Ciertamente, el duque tenía razón y no debía decir nada. Nadie tenía razones para saber qué hacía en sus ratos de secuestrada. No podían sospechar que lo estaba pasando de maravilla.

Cuando los labios de ellos se separaron, Rose no sabía qué hacer, se sentía incómoda ante la mirada de ese sinvergüenza, ¿qué podía decir?

El silencio incómodo se convertía en parte de la vida de ellos dos cuando compartían el tiempo.

—¿No dijo que no me dejaría besarla? —cuestionó el hombre.

—No volverá a hacerlo. Le pido que mantenga distancia o que sujete sus demonios si no quiere tener problemas conmigo.

—¿Más problemas de los que ya me ha dado? Dudo que alguien pueda ser tan problemática como usted.

—No diga eso, no sabe de lo que habla —alegó con sarcasmo. Después, Rose abandonó el banco del piano y quiso emprender su camino a la habitación.

—¿Se va y no me dirá buenas noches?

—Qué tenga buena noche. No soy su niñera para cantarle.

La joven se retiró con presteza, mientras que Harper festejaba haber aprovechado la

debilidad de Rose. Él también dejó el pianoforte y fue a servirse más brandi. Se sentía satisfecho por haber conseguido algo más. Su tiempo debía aprovecharlo de alguna manera y la mejor forma era hacerlo con la dama que tenía en su casa y que estaría por poco tiempo, solo sería un juego corto y no se volverían a ver. Quizá pronto supiera que estaba destinada a casarse con algún buen partido.

—¿Milady se fue a dormir? —preguntó Silvester que fue para indagar por si algo se le ofrecía a los dos.

—Sé que sabes que ella se ha ido.

—Entonces le diré a la doncella que la prepare para dormir. ¿Le ha dicho lo que tiene pensado hacer?

—Sí, y lo ha aceptado de buen grado. Es colaborativa.

—Debería portarse bien, excelencia. No querrá arrepentirse de dejar ir a una buena candidata a esposa.

—¿Piensas que alguien que no sabe ejecutar el pianoforte puede ser una buena esposa para cualquiera? Ella solo podría ser un juego.

Rose, que había regresado a buscar una copa más de vino, había oído lo que el duque y su sirviente conversaban. Hizo un ruido fuerte con su zapato para que supieran que los había escuchado.

—Lo sé, excelencia, no hace falta que se lo cuente a todo el mundo. Mañana temprano quiero concluir este asunto —espetó con excesiva seriedad.

—Milady... —Harper quiso hablar, pero mejor guardó silencio.

—Silvester, ¿me llevaría una copa de vino a la habitación? Se lo agradecería.

—Por supuesto, milady.

Ella volvió a retirarse y Harper maldijo por lo bajo. Por un desafortunado comentario, había

perdido cualquier avance con ella.

—Con permiso, excelencia. Le llevaré a milady su copa de vino.

—Todo esto es por tu culpa, Silvester —acusó el duque.

—Usted responde con cosas machistas. Eso no es culpa de su sirviente, excelencia.

—Tienes razón, pero qué mujer más metiche y ebria —farfulló, molesto consigo mismo. Por el momento estaba más abajo que nunca, aunque lo bueno del fondo era que solo podía ir hacia arriba.

Silvester sirvió la copa y fue caminando por el pasillo en el que se encontraba la habitación que le habían designado a Rose.

Al entrar, la encontró de pie junto a la ventana.

—Aquí le traigo su copa, milady —comunicó el sirviente que se acercó a ella para entregársela.

—Puede retirarse, Silvester —murmuró al coger la copa.

—Disculpe a su excelencia, milady. Todavía le gusta presumir algunas cosas.

—¿Cree que es correcto presumir la ignorancia ajena? Si antes estaba decepcionada con él, ahora estoy peor y no sé qué viene después de una decepción.

—Trate de sobrellevar la situación con amabilidad, milady. Todo saldrá bien. ¿Le apetece alguna actividad mañana? ¿En qué se destaca?

—En montar y la arquería.

—Qué coincidencia, tenemos cosas para arquería en esta propiedad. Mañana le prepararé un escenario en el lugar en el que solía practicar el padre del duque.

—Le agradezco su buena predisposición para hacerme sentir mejor y para defender al

duque. Es muy fiel a él.

—Estoy para servirle cuando lo necesite. No dude en pedirme algo. Le enviaré una doncella para que la ayude a colocarse el camisón.

—Gracias, Silvester.

Él le hizo una reverencia y luego se retiró.

A Rose se le habían pasado las ganas de beber un poco de vino, se sentía incómoda después de saber lo que el duque en realidad pensaba. Había maquillado la situación anterior para quitar una ventaja y lograr un acercamiento que claramente le favorecía solo a él, pues ante sus ojos ella era igual de inútil que cuando estaba en su casa. Se sentía frustrada por todo. Otra vez la tristeza y la desesperación se hicieron presentes en ella. Quería regresar a la tranquilidad de su hogar y poder olvidar este episodio de su vida en el que estaba alejada de su familia. El duque no era digno de ser recordado, ni siquiera de estar en su vida, por más que le pareciera atractivo, lo físico era algo muy distinto a lo intelectual y mucho más al corazón de una persona. Él no servía para ella, no eran el uno para el otro y le había quedado claro. Quizá el destino los había cruzado; sin embargo, eso no significaba que estarían juntos.

A la mañana siguiente, el duque se encontraba en el comedor para desayunar. Todavía esperaba a lo que él denominaba su invitada obligada. Esperaba que no estuviera tan molesta como la noche anterior. Su relación había dado un duro revés por algo absurdo, que debía admitir que fue inapropiado.

Después de unos minutos, ella se presentó con otras de las prendas del duque.

—Su sirviente me dio estas prendas. Mi vestido no se ha secado —justificó apenas él la vio. Sabía que estaba compartiendo prendas masculinas.

—Buen día, milady. ¿Cómo amaneció? —preguntó levantándose para mostrar su caballerosidad.

—Con mucho ánimo de irme...

—Milady, disculpe por mi expresión desafortunada.

—No hay nada que disculpar. Es lo que piensa, pero por hábitos sociales se pide callar la realidad de los pensamientos. Además, no ha dicho nada que otras personas no me dijeran. Mis pocas habilidades son de conocimiento nacional.

—Está exagerando, milady. Lamento mis palabras. Espero que me perdone.

—Tal vez no quiera perdonarlo, pero como perdono a mis familiares podría hacerlo con usted, solo que no será sin una contraprestación.

—Supongo que no pedirá nada excepcional para otorgar su perdón...

—No.

—La escucho...

—Quiero que se mantenga lejos de mí lo que quede de mi triste estancia aquí.

—Es demasiado rencorosa.

—Y usted un canalla, patán y sinvergüenza. Valga decir que es inescrupuloso, nefasto y poco educado.

Harper alzó las manos en señal de rendición. Por supuesto que no le ganaría a una mujer ofendida. Sería un tonto si creyera que saldría bien librado de algo semejante.

—No quiero discutir. Por haber dicho algo imperdonable, no le devolveré los insultos. Soy un duque, me debo a los buenos modales.

—¿Ayer no era el duque? Disculpe que lo confundí con un tabernero —masculló.

—Milady, ya le he pedido perdón, si no quiere perdonarme, lo acepto, pero está siendo cruel.

—¿Cruel? Le falta conocerme más.

—Buen día, milady. Tengo listo lo que me pidió ayer —dijo Silvester que comenzó a servirles a ambos en compañía de otra criada.

El duque tenía las orejas bien paradas como liebre en la pradera. ¿Qué le había pedido esa mujer a su ayuda de cámara? ¿Y por qué él la consentía tanto?

—Muchas gracias, Silvester —musitó Rose.

—¿Se puede saber qué tienes preparado para milady y que yo ignoro? —curioseó Harper.

—Milady quiere practicar arquería, excelencia. He llevado lo necesario al lugar en el que su padre acostumbraba a hacerlo.

—¡Ja! Ahora resulta que a lord Nottingham le devolveré la hermana con alguna flecha en el pie. Se lo prohíbo, milady. Usted no puede hacer actividades peligrosas siendo yo el responsable de su supervivencia —habló Harper con premura—. El piano es un hábito inofensivo, pero el arco y la flecha no lo son.

—En la arquería me destaco. Lo practico cuando voy a las propiedades rurales de mis hermanas. Mi cuñado, el duque de Salisbury, nos ha ayudado con esas clases. Además del esgrima y tiro con arma de fuego, algunas disciplinas no son femeninas, pero él ha considerado que, como damas indefensas, deberíamos poder defendernos en una situación poco favorecedora.

—Su cuñado ha alentado la locura y el peligro. ¿Qué clase de demente permite que una mujer use un arma?

—Los dementes que me consienten y a los que no quiero defraudar por nada del mundo. Merezco un poco de paz entre tanta incertidumbre y lo único que espero es que usted no aparezca por donde estaré porque resultará más peligroso para usted de lo que podría resultar para mí.

—Cuánta impertinencia. La han criado de una manera absurda y prepotente —manifestó el duque, ofendido, por las palabras de la joven.

—No soy menos educada de lo que puede ser usted.

Esta vez Rose había logrado poner al duque con los nervios de punta. Ella no estaba dispuesta a dejarse pisotear, no después de que anoche, no solo la humilló, primeramente, la sedujo con palabrería y extrañas sensaciones que le producían sus artimañas.

Él se quedó en silencio después de que le sirvieran el desayuno, al igual que Rose. Cuando los criados se retiraron, Harper ni siquiera amagó un acercamiento. Esa joven podía matarlo de un disgusto. No importaba lo hermosa que pudiera ser, había llegado la hora de deshacerse de ella.

Cuando él acabó su desayuno, se levantó del asiento y miró a la joven.

—La esperaré en mi despacho, hay que escribir una carta. Si quiere irse de aquí es mejor que lo haga rápido.

—Lamento no tomar la delantera, pero desconozco la ubicación de su despacho o yo sería la primera en estar con tal de librarme de usted.

Harper maldijo en voz baja y se retiró. Esa mujer sabía cómo hacer enfadar a cualquier persona que no contara con una paciencia excepcional. Una vez más se convencía de que la mejor decisión era deshacerse de ella. Casarse no era una opción, al menos no con una tirana.

Ella lo siguió al poco tiempo. Lo estaba descalabrando con pequeñas cosas. Si a su hermano y a sus cuñados podía sacarles canas, ¿qué no podría hacer con alguien que la despreciaba? Le robaría hasta el aliento por la desesperación que le provocaría su presencia si él no la respetaba como debería. La idea de lanzarle una flecha al corazón se hacía cada vez más atractiva en caso de que el tiempo que pasarían juntos fuera mayor.

En su camino vio una puerta abierta. En el lugar había un escritorio sobrio, sin muchas cosas encima. Lo que al entrar resaltaba era que el duque estaba ahí, de pie, mirándola, a la vez que acomodaba la pluma y el tintero para que pusieran en marcha el plan.

—Pase y siéntese aquí —pidió para que empezaran de una vez.

La joven entró al recinto y se sentó en donde él le indicaba.

—¿Qué quiere que ponga en la carta, excelencia?

—Puede escribirle como guste a su hermano. Lo más resaltante que debe decir es que está muy asustada y que piden una cierta cantidad de dinero.

—Puedo decirle que mi captor está muy asustado por tenerme aquí, no le sorprendería, pero haré lo que dice por el bien de ambos.

Capítulo 13

Harper y ella conversaron referente a lo que debía decir la carta, después él solo observaba y escuchaba cuando Rose leía los párrafos que escribía para cerciorarse de que no dijera que el secuestrador tenía título y nombre, sería bochornoso.

Cuando el escrito se secara, verían a un lacayo que lo llevaría a Londres y de ahí buscarían a un desconocido para que hiciera la entrega de la misiva. Todo estaba fríamente calculado en la mente de Harper.

—Terminé. Léalo usted mismo por si tiene dudas de que pudiera colocar algo indebido que lo señalara como el perpetrador.

—En su mente soy el perpetrador, pero la realidad es que soy inocente y usted lo sabe, solo que quiere pasar por esta incómoda situación. Al menos se da cuenta de que no pudo obtener ventajas de mí. No soy fácil de cazar, soy superior en todo, hasta en inteligencia.

—Por supuesto. No lo he dudado ni un minuto, excelencia, si me disculpa, iré a practicar arquería...

Rose se salió de la habitación y fue hacia la recepción de la casa, en donde encontró al sirviente llevando algunas sábanas a la planta superior de la casa.

—Silvester... —lo llamó.

—Dígame, milady —replicó el sirviente que dejó lo que estaba haciendo para colocarse a su servicio.

—¿Podría indicarme cómo llegar hasta donde está el arco?

—Por supuesto, milady. Puede seguirme, no iremos lejos de la casa.

Ella fue junto a Silvester, mientras mantenían una conversación cordial y amigable. Él le enseñó el sitio para que ella se sintiera cómoda y tranquila. Nadie la molestaría ahí.

Lo que ambos ignoraban era que Harper había cambiado de ubicación en la casa. Estaba mirando a la joven desde la biblioteca. Él creía que su sirviente comenzaba a serle infiel con la joven, pero eso lo borró de su mente en un instante. Silvester solo cumplía con sus funciones de una manera impecable, por eso trabajaba para él, lo consideraba lo mejor de la servidumbre.

Al ver que Silvester dejaba a la joven en el lugar, él comenzó a pensar que ella no podría dar en el blanco. Suponía que Rose agrandaba sus habilidades después de lo que había dicho la noche anterior. Era evidente que su formación musical era lo que se podría decir paupérrima y no dudaba que también otras dotes relacionadas con lo manual tampoco fueran hechas para ella. Se quedaría ahí a ver lo que hacía.

Un momento después, la puerta de la biblioteca se abrió y ahí estaba su sirviente.

—Creí verlo de reojo en la ventana espiando a milady —dijo Silvester.

—¿Para qué querría espiarla? ¡Bah! No me hagas reír, Silvester. ¿Desde cuándo eres tan íntimo con una visita?

—Que yo recuerde, ella no es una visita. Además, si las cosas salen mal, se convertirá en la duquesa de Alcost. ¿No cree que es bueno que cuide mi puesto?

—Una mujer que es incapaz de tocar el pianoforte no puede ser duquesa, ni aquí, ni en Francia. Esa deslenguada ni siquiera puede pertenecer a la aristocracia. No tiene un solo talento que indique que sea sobresaliente en algo.

—Es lo que usted supone, excelencia. Debería observarla para cerciorarse. Oh, ahora mismo está fijando su blanco.

—¿No hay ningún sirviente recorriendo la propiedad? No quiero que salga herido. Si tenemos suerte puede cazar algún faisán.

—Usted observe y juzgue después...

Los dos hombres se quedaron mirando con fijeza hacia donde se encontraba Rose. La mujer se puso en posición de disparar la flecha y, ¡dio en el punto exacto!

Harper había quedado de piedra al notar su habilidad. Con otra fecha, volvió a lanzarla junto a la otra.

—Si yo fuera usted, excelencia, no iría hacia esa parte de la propiedad —recomendó Silvester al distinguir que el duque tenía la quijada en el piso, tal vez estuviera sorprendido con la destreza de la joven, y más al darse cuenta de que era un poco peligrosa, alguien que era de armas tomar. Quizá no fuera la más hábil con el entorno musical, pero en otras cosas debía admitir que se destacaba.

—No te diré que tenías razón, primero muerto antes que admitirlo —refunfuñó Harper.

—Como usted diga, excelencia. Ahora me retiro para continuar con mis labores. Estaré atento a cualquier disposición suya para salir al pueblo y comprar prendas para milady.

—Es cierto, necesita prendas o me dejará desnudo muy pronto. En el primer cajón de mi escritorio hay una bolsa de dinero, lleva la mitad y compra lo que creas necesario para su supervivencia por al menos tres o cuatro días más. Hoy debo enviar a un criado para que lleve la carta a Londres.

—Esperemos que todo salga como usted lo espera, excelencia. Me retiro.

El fiel sirviente salió de la biblioteca para cumplir con la orden de su patrón.

El duque se quedó mirando por la ventana cómo Rose lo hacía parecer un tonto con la arquería. Él no era tan talentoso en eso y no se debía con exactitud a una falta de capacidad, más bien era un problema ocular, de acuerdo a la distancia él podía leer o no.

Prefería quedarse a mirarla desde donde se encontraba, con lo ofendida que estaba, era probable que le diera un flechazo. En ese caso su sirviente tenía mucha razón.

La estuvo observando hasta que ella se cansó y tomó un descanso. Entonces, él aprovechó ese momento para llamar a un sirviente para que este llevara la carta a su próximo destino. Lo había indicado todo con cada detalle, no existía lugar para los errores.

Una vez que vio partir al criado, él salió de la casa y fue junto a Rose. No entendía por qué

lo hacía, sentía la necesidad de molestarla o estar cerca para observarla. Eso no ayudaba a la idea de poner distancia entre ambos.

—¿Cómo le va con la arquería? —curioseó fingiendo que no la había visto.

—Puedo partir una libélula a la mitad. ¿Cómo cree que me va? —cuestionó la joven con suficiencia.

—Tal vez sean palabrerías para sentirse importante.

—Solo mire las flechas. Si tiene dudas podríamos colocarle una fruta en la cabeza para que la despejemos, ¿se anima?

—Prefiero ir a montar, ¿eso no le parece mejor? Le enseñaré mi propiedad, hasta podríamos jugar una carrera...

Rose se sentía tentada a aceptar una carrera, por supuesto que sí. Confiaba en sus habilidades y no le tenía miedo a nada.

—Estoy de acuerdo con la carrera —manifestó.

—Entonces hay que ir a las caballerizas, milady. Sígame, tengo novedades para usted.

Ella accedió y caminó junto a él con rumbo a donde se encontraban los caballos.

—¿Qué novedades pueden ser esas?

—Un lacayo ha partido a Londres con la carta que usted escribió.

—Eso significa que muy pronto estaré en casa de mi familia. Es un alivio —pronunció como si en realidad no sintiera alivio, felicidad o tristeza, todo le daba igual.

—Un alivio para los dos, cada uno continuará de largo, será como si nunca nos hubiéramos encontrado.

—Espero que tengamos el resultado esperado, excelencia, de no ser así, cabalgaremos

juntos por demasiados años, más de los necesarios.

—No sea pesimista, le aseguro que no dejaremos ni una pista de lo ocurrido. Confíe en que soy inteligente.

—Oh, por supuesto, claro que confío en su inteligencia, aquella que hizo que usted me dijera su nombre sin pedírselo. Debió dejarme en medio del monte, todo sería más sencillo si lo hubiera hecho.

—Se está engañando. La oscuridad es peligrosa para cualquier dama, al parecer no aprendió nada de su secuestro.

—Por supuesto que sí. Aprendí que no debo estar sola en un jardín, porque mi vida se complicaría demasiado.

—Y la vida de otros inocentes también.

—Si usted todavía cree que es inocente, no soy nadie para pedirle que baje de su nube.

—No he conocido a una mujer tan casquivana y rencorosa como usted. En verdad me sorprende, milady.

—No diré lo que merece porque sería muy repetitiva con mis calificativos hacia usted.

Para Harper, esa joven era dura de roer. Cuando algo se le metía en la cabeza, nadie podía quitárselo. Su empecinamiento era tiránico, pero él no se quedaba atrás con ese mismo defecto. Estaban cabeza a cabeza, luchando por el primer lugar.

Los sirvientes colocaron dos caballos a disposición de Harper y Rose; sin embargo, ella prefirió dar la vuelta sobre sus talones al notar que estaría en clara desventaja contra el caballero.

—Oiga, ¿a dónde va? Acabamos de llegar. —Harper la detuvo, asombrado por lo que ella hacía.

—Me voy de aquí. Su idea de una carrera es un fiasco. ¿Por qué mi caballo tiene una silla de amazona?

—Porque es inapropiado que monte como un caballero.

—Cuando habla de esa forma siento que mi institutriz está aquí, dándome lecciones. Sé montar en una silla normal. Nunca me ha importado la opinión de nadie cuando se trata de una carrera.

—Por su seguridad...

—No hable de mi seguridad cuando le importa su comodidad. No hace falta dar más excusas. Usted es el duque de las excusas.

—Qué alguien cambie la silla para la dama —ordenó con firmeza. Su relación con Rose cada vez se deterioraba más, por eso debía ser cuidadoso. Si quería divertirse con ella por unos días, era importante cuidar algunos detalles.

Harper no entendía la razón por la cual él quería llevarse bien con Rose, siendo que era su primer detractor. Tal vez su grosería lo impulsaba a parecer más amable de lo que era. Definitivamente, tenía que ser por lo que había dicho la noche anterior con poco tacto.

Al ver que los sirvientes cambiaban la silla, Rose alzó el mentón con orgullo, demostrándole a Harper que ella siempre conseguía lo que deseaba de cualquier manera.

Cuando el caballo para ella tenía la silla de montar, Harper le ofreció ayudarla a subir con un gesto de cabeza y luego estiró su mano para que se apoyara en ella.

A Rose no le costó aceptar la cortesía, pero lo hacía con el firme ánimo de demostrarle con suficiencia que pese a todo lo que ocurría, ella estaba entera y que sin importar la ofensa que le hizo, seguiría con su forma de pensar y actuar.

Los ojos de Harper recorrieron la estilizada figura de Rose al subir sobre el caballo. En verdad ella le resultaba demasiado bella. Su belleza era superior a su mal genio, de eso estaba seguro. Le encantaba verla con otras prendas distintas a las de una dama, aunque un vestido le dejaba ver más escote. Todo le resultaba interesante, tanto marcar la figura, como el generoso busto.

—Primero me mostrará parte de la propiedad, supongo, y luego fijamos los límites para la carrera, ¿no es así? —indagó Rose, mientras iban en marcha.

—Usted ya casi es dueña de mi casa. Tiene más poder sobre mis sirvientes que yo mismo, y no está de más decir que escogerá mi itinerario.

—Puedo hacerlo si lo veo indeciso. Tengo una pregunta que comienza a dar vueltas en mi cabeza, excelencia.

—Haga la pregunta, no ocupa lugar responder sus dudas.

—¿Para qué vino hasta aquí? ¿Por qué tenía su baúl con prendas en su carruaje? —preguntó Rose. En verdad, esas preguntas habían surgido en su mente, como una manera de tratar de expresar de forma coherente lo que acontecía en su vida, pues nada tenía sentido.

—Vine a conversar con mi administrador, pero como usted está aquí, no he podido citarlo. No quiero que la vea y comience a murmurar. Ya sabe que el cotilleo es como una chispa, si ve pólvora comienza a correr. Es mejor que no estemos relacionados.

—Entonces vaya usted a verlo para resolver sus asuntos si son urgentes.

—No son tan urgentes. Ahora mismo lo que tengo en mente es devolverla sana y salva, tenga cuidado al hacer una carrera conmigo, porque si muere, no le enviaré el cadáver a su hermano, la enterraré por estos lugares.

—No sea miedoso, no me pasará nada —alegó Rose entre risas.

—Debería prometerlo o mejor jurarlo —bromeó el duque.

—Lléveme a ver sus tierras de una vez. Me encantan las carreras, competir es algo que da vida, excelencia, no perdamos más tiempo.

El duque le enseñó la propiedad por una hora. En ese ínterin conversaron con tranquilidad de algunas intimidades que habían dejado salir en un momento quizá de buena conexión. Entre ellos existía una tensión tanto explicable como inexplicable, en el que debían luchar contra sus caprichos.

Capítulo 14

En Londres...

El ayuda de cámara de lord Nottingham abrió la puerta al escuchar el sonido de unos tímidos golpes. En un primer momento no vio a nadie; no obstante, al bajar la cabeza, vio a un niño y le resultaba muy extraño que un pequeño estuviera en las calles por la noche.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó el sirviente al niño.

Aquel no respondió de inmediato. Entregó una carta y después miró a su alrededor.

—Necesito llevar una respuesta. Esperaré aquí...

El criado cerró la puerta y fue junto a Victoria que se encontraba junto a la familia. Todos estaban reunidos en la casa. Spencer reposaba la mayor parte del tiempo por recomendación médica y, además, por la confianza que tenía en los miembros de su familia.

—Milady, un niño ha traído una carta. —Él le enseñó el papel para entregarlo.

Victoria miró al duque de Salisbury y le pidió con un gesto de los ojos que abriera la carta para su esposo.

Albert asintió, y pensó que podría ser algo que tuviera que ver con la desaparición de Rose. Cuando desplegó la hoja, un mechón de cabello rubio cayó del interior.

Los demás quedaron atónitos al comenzar a hilar lo que significaba una carta y cabello con ella. Meredith levantó lo que había caído y lo acarició. Estaba segura de que era de Rose.

—No te haría daño leer esa carta ya, Albert —pidió Eugenia.

—Lo leeré primero con los ojos y después en voz alta. No quiero matar a nadie si son malas noticias.

—La única persona que morirá será Spencer —masculló Eugenia.

—Eugenia, no digas eso de nuestro hermano —la reprendió Kitty que estaba sentada junto a Victoria, sosteniendo su mano para consolarla.

Eugenia se sentó, enfurruñada, en su asiento y cruzó los brazos.

Los ojos de Albert recorrieron las letras de la carta, la hizo a un lado y después volvió a fijar su mirada en ella.

Sus gestos ponían en vilo al resto de las personas que lo acompañaban en el lugar.

—Querido, ¿ya puedes decir algo? —curioseó Kitty, ansiosa.

—Estoy indignado... —habló Albert.

—¿Qué dice la carta? —interrogó Victoria, que estaba a punto de desmayarse.

—Dice que Rose fue secuestrada. Piden una cantidad ridícula, absurda e irrisoria por devolverla. ¿Qué clase de delincuente pediría tan poco dinero por una mujer de la valía de Rose? Es mejor que Spencer no sepa el monto o lo enterraremos mañana —contó Albert.

—¿Y qué significa eso de estar secuestrada? ¿Qué más dice la carta? —indagó Meredith.

—Dice que está asustada y no conoce a nadie. ¿Alguien podría reconocer su letra para saber si no es un timo?

—Yo puedo hacerlo, excelencia —alegó la señorita Harting—, permítame... —La institutriz observó las letras y frases con detenimiento para asegurarse de no cometer algún error—. Es su letra, excelencia. Lady Rose ha sido obligada a escribir esta carta.

—Entonces el cabello es una prueba de que la tienen en cautiverio —concluyó Foster.

—Sí, sí. Todos tienen razón, pero lo importante es saber cuál es la diferencia entre huir y ser raptada. ¿En qué me afectaría eso? ¿Hay posibilidades de que me case en Inglaterra o debo buscar un francés? —inquirió Eugenia.

—No tengo idea de cómo esto puede afectar a la familia. Podría ser una mentira, como podría ser cierto —aseguró Albert.

—Lo cierto aquí es que no casaremos a Rose con nadie, no sabemos quién es el responsable de su secuestro, tendremos que confiar en que las cosas mejorarán una vez que paguemos por el rescate —musitó Kitty.

—Yo creo que solo una persona puede ayudarnos en esta ocasión para saber cómo obrar. Pese a nuestros roces con esta dama, considero que puede ser de gran ayuda... —pronunció Foster para buscar una solución o al menos un consejo.

—¿No estarás hablando de esa mujer que...? —farfulló su esposa.

—Sí, lady Kirby. La persona que se encargó de unirnos en matrimonio para siempre —afirmó—. Sé que tal vez sea odiosa, egoísta y mal intencionada, pero es la única que conoce cómo se mueve la sociedad. Nos dirá qué hacer con Eugenia.

—Yo tengo un plan alternativo por si las cosas salen mal. Me quedaré en la casa de mis hermanas por temporadas, para eso tengo varias... —declaró la menor haciendo un gesto con los hombros.

—Hay que invitar a lady Kirby para que nos oriente en lo que ocurrirá —dijo Fanny, apresurada. Amaba a su hermana, pero exponer la integridad de su esposo era demasiado, aquel se preocuparía de sobremanera y estaría incómodo en su propio hogar.

—Está bien, pero lo primero es aceptar lo que piden y aguardar, aunque todavía me indigna esa cifra tan absurda —masculló el duque, ofendido. A él le parecía que su cuñada valía mucho más.

—¿Y qué le diremos a Spencer? Él necesita saber algo —habló Victoria, preocupada.

—No le podemos decir nada distinto a que está secuestrada. Es la única verdad que existe, tal vez eso lo tranquilice —opinó Clifford.

—Antes de hablar con él deberíamos buscar a lady Kirby, si es conveniente le diremos que

está secuestrada, y si no, fingimos demencia y sostendremos que no sabemos nada. Qué alguien busque a esa mujer —ordenó Albert—. Yo contestaré la carta.

Las personas de la casa se pusieron manos a la obra para buscar a la matrona de Londres. Confiaban en que el secuestro a cambio de dinero podría significar que una vez que recuperaran a Rose, ella pudiera casarse al igual que Eugenia. Eso aliviaría a Spencer y las cosas volverían a la normalidad en la casa y todo quedaría como una anécdota familiar. Esa era la esperanza. Además, informando a la matrona, esta podría interceder por Rose, ya que siempre hablaba muy bien de ella y podría hacer que el incidente se minimizase de una manera en la que quedaran satisfechos y sin daños a la imagen ni al apellido.

Escoger las palabras para responder a las cortas líneas de Rose era una tarea difícil, pues debía hacer notar la cooperación para recuperar con bien a la joven.

Al cabo de un par de horas, lady Kirby había acudido al llamado del duque de Salisbury. También este había dado una respuesta al mensajero y le había pedido a alguien de la casa que lo siguiera; sin embargo, el niño fue más ágil e inteligente que un lacayo y terminó perdiendo de vista al crío.

—Es una lástima por lo que está atravesando la familia. Lord Nottingham es una víctima de la vida. Pobrecito, está pálido, demacrado por tanta responsabilidad. Las niñas no son algo fácil... —comentó la mujer que desconocía la razón por la que le pidieron que fuera a esa residencia—. Y más cuando una de ellas sale descarriada.

—Lamento decirle que Rose no es ninguna descarriada —alegó el duque para defender a la joven. Su hermano no podía hacerlo, pero él tomaba el papel de protector muy en serio—. Le pedimos que venga, porque hemos recibido una carta.

—¿Le han dicho que está camino a Gretna Green o...?

—No. Rose ha sido raptada y están pidiendo dinero para dejarla libre.

Lady Kirby dio una carcajada musical, muy acorde a la posición que ocupaba.

—Excelencia, ya sabe cómo son los jóvenes hoy en día. Debe ser un juego. Por mi parte he averiguado que cierto caballero no se encuentra en Londres, al igual que lady Rose. Además, ese

hombre se había interesado en ella la noche de la desaparición. Si me pregunta, considero que ha huido con él.

—¡Eso es absurdo! —masculló Meredith, demasiado ofendida por la afirmación de la aristócrata.

—¿Quién sería esa persona, lady Kirby? —indagó el duque.

—El duque de Alcost. Estaba casi en la primera fila, observando a las damas. Lady Rose quería impresionarlo, hasta que ocurrió lo impensable, tenía la mano cortada.

Los demás se miraron entre ellos y fruncieron el entrecejo. Al parecer la dama manejaba otra versión de lo ocurrido.

—No creo que un duque pida esta miseria de dinero. Si era inteligente, pediría un matrimonio —comentó Albert, entregándole la carta a la mujer—. Recibimos esto con una prueba que consta de un mechón de cabello de mi cuñada.

La aristócrata leía las líneas con premura.

—No puede ser posible. ¿Entonces es una coincidencia que ambos desaparecieran al mismo tiempo? Sigo un tanto incrédula al respecto.

—Lady Kirby, lo que deseamos saber es cómo afecta un secuestro a una dama. ¿Qué ocurrirá cuando paguemos la suma que requieren? ¿Qué le espera a su reputación? No es lo mismo una huida que un arrebato.

—Su virtud puede estar comprometida. Si lo estuviera perdería todas sus oportunidades. En cambio, si regresa intacta, considero que no ocurrirá mucho más que bastante cotilleo alrededor. Las posibilidades de un matrimonio para ella podrían ser pocas, pero mayor a ninguna.

—No nos meteremos en la entropía de mi cuñada. Nos quedará confiar en su palabra cuando regrese —opinó el duque.

—Ciertamente. No podemos obligar a nadie a contraer matrimonio y más si en esta carta dice desconocer a su captor y que está muy asustada. Esto es terrible. ¿Lo sabe lord Nottingham?

—No queremos matarlo, lady Kirby. Queríamos una luz de esperanza con su conocimiento acerca de la sociedad. Si hay algo bueno, queremos decírselo, pero si no, preferimos esperar —interino Kitty.

—Lady Rose es tan bonita y agradable que contaré lo que ocurre en mi columna de cotilleo del periódico. Lograré formar una opinión en los demás y eso será bueno para cuando ella regrese.

—Lo hubiera hecho por mí también, lady Kirby —acusó Meredith.

—¡Oh, lady Earl! Gracias a eso está feliz y con una preciosa familia. Les hice un favor a ambos. ¿Se arrepienten acaso?

—No, pero fue incómodo en su momento —respondió Foster.

—Pueden estar seguros de que puedo hacer un buen trabajo, pero espero un pago de este favor.

—Lo que usted pida le será otorgado, lady Kirby. Si puede solucionar la situación de Rose, no tengo problemas en responder a sus pedidos —correspondió el duque.

—Ahora resulta que todos aman a Rose. Espero que nunca regrese —masculló Eugenia, molesta. Ya le parecía suficiente que fuera la favorita de su hermano, también quería serlo de su cuñado favorito.

—No hay lugar para egoísmos, Eugenia. Nuestra hermana está en manos de un desconocido que la atemoriza —reprendió Fanny.

—Descúbranlo y que se case con ella. Es una niña mimada y problemática. Se lo dije a Spencer, le advertí que Rose lo empujaría a su tumba —gruñó la menor de las Fane.

—No estamos hablando de algo tan absurdo como tus celos, Eugenia. Nuestra hermana no ha huido por amor o atracción con alguien, es mucho peor. Nos preocupa su seguridad y a ti solo te interesa que te quieran —reprochó Meredith.

—¿Y qué más me puede interesar? Ella no. Solo estoy aquí porque me dejan y soy cotilla.

La familia podía respirar con la noticia que les había dado lady Kirby. Albert podría entrar y darle la noticia a Spencer sin matarlo.

Después de que la dama se retirara, el duque fue junto a su cuñado. Aquel estaba sentado junto a la ventana, envuelto en una bata y bebiendo un té.

—Me alegra verte levantado. Es una buena señal —murmuró Albert para llamar la atención de Spencer.

—Estoy mejorando, solo tuve una crisis existencial. ¿Qué traes en la mano? ¿Hay noticias de Rose?

—Hay noticias. —Albert se sentó en la otra silla que estaba junto a la de Spencer.

—Dime que se casará y que solo fue a Gretna Green... la perdonaré de cualquier manera...

—Tengo otra clase de noticia, es bueno en cierto punto, solo espero que no te alteres.

—Mientras me dices que no me altere, hay cinco lacayos cavando mi tumba en el jardín. Habla...

—Rose está secuestrada. Hemos recibido una carta que escribió ella misma, en donde dice cuánto dinero quiere su captor.

Spencer cubrió su rostro con una mano y negó con la cabeza.

—¿En qué momento esto se convierte en una buena noticia? Cuando ya esté bajo tierra, ¿no es así? —Lord Nottingham le arrebató la carta a su cuñado para poder leerla.

—Lo bueno es que pagaremos para recuperarla y que su reputación no estará tan manchada. Lady Kirby intercederá por ella. Tenemos la esperanza de que todo saldrá bien.

—Lo único que quiero es que regrese, no me importa cómo, me responsabilizaré por ella y más ahora que no sabemos en qué condiciones regresará.

Capítulo 15

Después de que cabalgaran y terminaran enfadados de nuevo, Harper y Rose tomaron caminos separados hasta llegar a la hora de la cena.

Como siempre, Harper fue el primero en presentarse al comedor. Estaba pensando en la cabalgata que había tenido junto a Rose, todavía recordaba su rostro cuando la hizo morder el polvo de la derrota.

—Buenas noches —gruñó Rose al entrar al comedor.

—Milady... —musitó al ser tomado desprevenido. Sus recursos lo habían llevado a divertirse por un segundo. Se levantó del asiento para ofrecerle su cortesía. Ella se sentó y no dirigió sus ojos a él.

—¿Todavía seguirá sin hablarme?

—Ha sido un completo desconsiderado, pero no puedo esperar nada de usted —acusó sin mirarlo. Como toda dama Fane, ella no lo miraría.

—¿Me llama desconsiderado por no dejarla ganar?

—¿Cree que es porque me ha ganado? No soy una malcriada.

—¿No? No me consta que esto que dice sea cierto. Si no es por eso, ¿por qué fue?

—Porque se ha aprovechado para manosearme al bajar del caballo después de humillarme con su victoria.

—Solo la ayudé a bajar del caballo. No puede ser tan estricta.

—Se aprovecha porque mi hermano no puede verlo. Además, ayudarme a bajar del caballo sería prestarme su mano, pero usted me bajó de la cintura, me colocó contra su cuerpo y rozó todo su ser con el mío.

El duque metió un dedo entre su pañuelo lazado, pues parecía que este le apretaba mucho a causa de lo que decía la joven. Él no admitiría que deseó aprovecharse de Rose. Buscaba un acercamiento sin descanso, pese a que ella intentaba alejarlo con su rebeldía y resentimiento.

—Solo quería abrirla —argumentó.

—¿Abrigarme? Si no sentía frío.

—Me refiero a cobijarla. Noto que es muy apegada a su hermano y quizá, este tiempo lejos de él, le esté haciendo daño.

—La única persona que me hace daño es usted que se aprovecha de la situación de desventaja de una dama.

—¿No le atraigo ni un poco? Me considero muy guapo para que me rechace.

—¿Qué clase de incauta piensa que soy para responder eso y agrandar su ego? Conmigo no cuente.

—¡Ja! Usted tampoco es tan bella para atraerme con locura.

—Soy consciente de ello.

El sirviente del duque se acercó a colocar la cena sobre la gran mesa. A él comenzaba a divertirse cómo los dos críos inmaduros jugaban a quien era mejor que el otro. Sin embargo, Silvester presentía que algo saldría mal en el plan de Harper para deshacerse de la dama, y no se refería a un fallo en el pensamiento, sino más bien algo que no había previsto: la convivencia que los hacía conocerse. Él nunca había visto a su patrón tan interesado en una mujer, por lo que no descartaba que era probable que le estuviera sirviendo la cena a la próxima duquesa.

El capricho de Rose por no hablar con Harper era muy grande, pues ella desconfiaba de que él quisiera engatusarla sin un compromiso aparente, ya que el matrimonio no era lo suyo y negaba haberla raptado. No quería nada con ella, pero había querido besarla y también la manoseó. No comprendía lo que pasaba por la mente de él, aunque tampoco entendía lo que ocurría con la suya, porque no podía ocultar que desde que lo había visto, sintió una atracción

inmediata y un interés genuino por conquistarlo, además, era un duque. Cumplía con todo lo que ella requería para casarse y ser feliz. No obstante, el futuro era incierto. Si no resultaba la devolución, tenía dos opciones: ser solterona o acusarlo de mantenerla cautiva en una propiedad.

—He terminado, me retiro —avisó Rose levantándose de su asiento.

—No irá a ninguna parte, milady. Yo no he terminado y por eso sabe que no puede irse —dijo el duque para detenerla.

Ella se sentó, enfurruñada.

—Hablemos de algo. Puede desahogar sus frustraciones y su odio hacia mí, pero acompañeme.

—Está bien. Estuve pensando en usted... —confesó Rose.

—Eso me interesa. Espero que pensara en mí de buena manera.

—Mejor tengo que decir que pensé en usted para mi beneficio.

—Oh, me interesa mucho más lo que tenga que decir.

—Pensaba en que no pienso quedarme soltera. Si las cosas salen mal, lo acusaré y lo perseguiré por todas partes. Tendrá pocas opciones para librarse. O tengo un esposo bueno o usted deberá sacrificarse.

—¡Lo sabía! Se muere por tenerme como esposo. ¿En verdad se enfada porque le doy atención?

—Atención que nadie le ha pedido. Soy una dama que no debe recibir atenciones de un caballero que no es su prometido, si quiere llenarme con su presencia, le sugiero que me proponga matrimonio.

—Tal vez si en cinco años no se casa...

—Debo casarme en esta temporada. No tendré una segunda y es todo. Me caso por mi

cuenta, me consigue un esposo o usted se casa conmigo.

—Mi querida dama, no se preocupe tanto por el futuro. Es mejor vivir el presente. ¿Tomará vino en el salón? ¿Qué le parece si lee algo para mí? Tiene una voz hermosa.

La joven agachó la mirada, avergonzada al escuchar el halago del hombre. No sabía qué decir. Una parte de ella quería mandarlo al demonio, pero la otra estaba al borde de arrojarse al abismo por ir a su lado a leerle un libro. Pensaba en que debía ser consecuente, mas era muy difícil porque tenía sentimientos encontrados por el caballero en cuestión.

—Pediré vino en el salón. —Harper sabía que el que calla otorga. Ella había quedado en silencio absoluto después de lo que él había dicho, entonces debía aprovechar eso para que estuvieran a solas en un lugar más cómodo.

Él dejó su silla y extendió la mano para que pudieran partir juntos hacia el salón.

Al ver la mano de Harper, ella la cogió y se aventuró junto a él hacia donde la llevaba.

El criado que siempre estaba atento comenzó a seguirlos para tomar la orden del duque.

—Silvester, trae vino y mi libro favorito. Milady y yo disfrutaremos de una buena lectura.

El sirviente fue a cumplir la orden, mientras los dejaba solos.

—¿Y cómo se llama el libro? —preguntó Rose.

—No lo recuerdo, solo sé que es mi favorito. Tengo uno en cada propiedad por si se me antoja leer.

—¿No es mejor llevar un solo libro?

—Si tengo dinero para qué molestarme en mover uno y luego enfadarme por haberlo olvidado.

—Es un niño caprichoso. Es más sencillo que adiestre a su cerebro. Al final no es más que un adulto malcriado.

—Y usted una niña malcriada, pero divertida de vez en cuando. ¿Acaso no tiene mañas? Yo noto muchas.

—No tengo mañas, lo que tengo es temperamento. Casi todos somos iguales en la familia, aunque no nos llevamos tan bien, al menos mi hermana menor y yo.

—Debe ser bueno tener hermanos. Yo he estado solo toda mi vida.

—No se pierde nada. Lo que daría por ser hija única y no sentir responsabilidades como las de ahora.

—No crea que es bueno estar solo. Me hubiera gustado tener a alguien con quien pelear todos los días.

—Le cedo a mi familia, cada día es una batalla campal. Los años han cambiado a todos, tres de mis hermanas están casadas y también mi hermano, soy la cuarta hermana y Eugenia la quinta. A veces entiendo cómo se sentían ellas al pensar en que una mala decisión podría perjudicar a su siguiente hermana. Yo no solo perjudiqué a Eugenia, también a mí.

Harper distinguió la mirada de culpabilidad en los ojos de la joven. Se sentía mal y culpable por lo que acontecía.

—No se preocupe que todo volverá a la normalidad, al menos una relativa. Quizá muchos se acerquen para saber si le gustó estar secuestrada.

—Esto ya no tiene nombre, pero espero que pronto pueda regresar a casa y dejar de lado la incertidumbre. Un escenario fatalista no sale de mi cabeza y en ese caso sabe que lo hundiré conmigo. Por la eternidad me culparán si mi última hermana no se casa. Una soltera en la casa es una vergüenza, de dos ni hablemos, pero está sobre aviso.

—Comprendo las peripecias de una dama; sin embargo, la insto a no pensar en las cosas malas. Es mejor que piense en lo bueno.

—No he visto lo bueno.

—Lo verá en poco tiempo.

Las copas de vino comenzaron a correr entre ellos. Rose hacía cortas pausas en la lectura para dar un trago largo a la bebida, mientras que Harper se encargaba de llenar la copa cada vez que se vaciaba. Él esperaba que ella se distendiera por completo y lo dejara acercarse. Todavía no se rendía. Ridículamente, trataba de conseguir su aprobación. ¿Desde cuándo estaba preocupado por algo semejante? Culpaba a su excelente educación y tal vez a un poco de empatía, algo que no solía presentarse en él. Su soberbia no lo dejaba ser empático todos los días. Rose tenía algo especial y no solo se refería a su cuna noble, sino a que se sentía diferente al estar cerca de ella. No la soportaba, aunque a la vez la miraba distinto, le atraía como mujer por más que no quería admitirlo. Estaba al borde de humillarse con tal de tener sus atenciones. Sabía que no era digno de un duque emborrachar a una dama con intenciones macabras como las suyas. Deseaba que fuera una joven dócil y que se dejara llevar por lo que sentía. Estaba seguro de que ella se encontraba deseosa por corresponder a lo que tenía para entregarle, mas después de cierto dicho suyo, todo se arruinó y este corto episodio de convivencia podría terminar con ambos en pésimas relaciones.

—Recuerdo una vez en la que tenía alrededor de nueve años y subí a un árbol, pero terminé colgada del pie, de cabeza y siendo picoteada por dos aves. Es que había visto un nido y quería curiosear... —contó Rose, a quien la bebida le comenzaba a causar estragos en su dicción.

—¿Y quién la cuidaba? Imagino cómo se habrán burlado. —Harper reía con cada historia que Rose le contaba. Sentía curiosidad por conocer a la familia que ella tenía.

—¿Cree que una sola institutriz es suficiente para cinco niñas? La señorita Harting es una mártir. Todavía no comprendo cómo aún sigue con nosotros... Miento, lo entiendo. Mi hermano le paga mucho...

—Pero le queda poco tiempo y según contó su hermano, no tiene hijas... El niño necesitará un preceptor.

Ante el descubrimiento que había hecho el duque, Rose comenzó a sentirse triste y no solo era por lo de la señorita Harting, sino también mucho se debía al vino. Comenzó a sollozar por la pena de pensar que no volvería a saber de su institutriz una vez que culminara su largo ciclo.

—¡No, no llore! —expresó el duque que se acercó para calmarla. No sabía qué hacer. Él no

contaba con que el alcohol era de doble filo, podría otorgar tanta felicidad como una gran tristeza.

—La señorita Harting nos dejará y yo no creo poder soportarlo. ¿Qué haré sin sus buenos consejos que he ignorado toda mi infancia?

—Puede vivir de recuerdos, dicen que recordar es volver a vivir. No llore, ¿y si mejor hablamos de cosas felices?

Ella sorbió su nariz y se limpió las lágrimas con las mangas.

—¿Qué pueden ser cosas felices? —preguntó Rose, buscando calmarse.

—Nosotros, por ejemplo. Le he contado mucho de mí y también me ha contado de usted. ¿Todavía piensa que no le gusto?

—Prefiero morir mil veces antes que admitir que es atractivo, dejó de serlo cuando me ofendió.

Harper acercó su cuerpo al de ella, se colocó muy cerca de su rostro.

—¿Y qué quiere para excusar mi error? ¿No le basta con una sincera disculpa?

De nuevo el duque se aprovechaba de su posición de caballero poderoso para pasarse por las orejas las normas de convivencia.

Se había acercado tanto que lo tenía pegado a su cuello, recorriendo el lugar con la punta de la nariz, como si la olfateara. El aire caliente que salía de sus fosas nasales la estremecía. ¿Qué tenía pensado hacer el duque?

Capítulo 16

La pregunta era básica y absurda, pues ella suponía que él deseaba encandilarla con su coqueteo. Ya desde que estaba ahí con él suponía que la vida no sería fácil, pues pese al rechazo que demostraba hacia un compromiso obligado, se mantenía cerca de ella de cualquier manera, por más que lo insultara o denigrara. Era un sinvergüenza de alcurnia y no podría cambiar eso, de cierta forma también a ella le gustaba que él fuera impertinente, eso le recordaba a su familia. El duque no se daba cuenta de que encajaría a la perfección con los Fane, estaba hecho para ocupar un asiento en la larga mesa de Spencer, solo que no le apetecía.

Ella estaba dispuesta a un matrimonio con él, porque lo creía con lo necesario para que se enamorara, pero la realidad era que el caballero no estaba interesado en que ocurriera eso. Hacía lo posible para no casarse, incluso había montado un plan para no responder ante sus actos. ¿Cómo podía siquiera pensar en casarse con alguien así?

Mientras que ella se debatía entre la razón y la atracción, Harper no perdía el tiempo para sentir más cerca a Rose. La percibía rendida ante sus atenciones. Era lo que esperaba un seductor como él, que la dama terminara cediendo ante ese algo que los juntaba.

Cuando Harper consideró que su nariz no le daba suficiente pasión, pasó a recorrer la piel de Rose con sus labios. Notó que ella dio un respingo y un gemido que terminó convirtiéndolo en una mecha encendida. Era lo único que necesitaba para perder la cordura. Se colocó sobre ella y comenzó a devorarla sin detenerse, porque la joven tampoco se negaba a que continuara por el camino de la seducción.

Se perdía en el deseo de estar pegado a una dama. Admitía que había extraviado su buen juicio desde que ella apareció en su vida. ¿Cómo una mujer podía ser tan encantadoramente caprichosa? No debía hacer esto que llevaba a cabo, no era lo correcto, pero su instinto lo llevaba a cometer cualquier acto que se relacionara a estar cerca de ella. No importaba que pronto terminaran separados, no volverían a encontrarse. Era el trato al que habían llegado.

—Milady, usted es tan seductora, tan bella y graciosa... —recitó cerca del oído izquierdo de la joven—. Ninguna dama me ha tenido tan entretenido ni me ha divertido tanto como estar en su presencia. La vida nos impulsa a estar separados en el futuro, pero estos gratos momentos de

acercamiento quedarán en el tiempo, como un secreto que sabremos los dos. Oh, milady, desearía pedirle permiso para ir más allá, tal vez hacia unas caricias intrépidas y algo atrevidas. Prometo hacerlas con respeto y responsabilidad. Mi deber es mantenerla intacta.

A la vez que profesaba esas palabras, su miembro más se endurecía y lo torturaba, ya que sabía que no podía hacer nada con una joven pura y virginal.

Harper notó que su acompañante no respondía a nada de lo que él decía, por lo que levantó un poco la cabeza de la piel de ella y la observó: lady Rose Fane se había quedado dormida. Estaba indignado y tieso. ¿Cómo una mujer podía quedarse dormida en medio de un acercamiento como ese? Después miró la botella de vino que estaba vacía y llegó a la conclusión de que esa era la razón.

Se alejó de la joven y la observó dormida en una posición poco ortodoxa en la que él la había dejado.

—Silvester —llamó a su sirviente que siempre estaba cerca.

El hombre se presentó al cabo de unos segundos.

—¿En qué puedo ayudarlo, excelencia? —preguntó. Miró hacia el sillón y ahí estaba la joven, dormida, con las piernas abiertas y el cuello doblado hacia el espaldero del asiento.

—Mírala. Es una falta de respeto que se quedara dormida mientras yo estaba conquistándola.

—No sé qué esperaba, excelencia. La botella de vino ha hecho su efecto en ella. Además, usted no debería estar intentando aprovecharse de la dama, recuerde que la entregará.

—Lo sé. ¿Aún no ha regresado el lacayo que enviamos a Londres?

—No, pero supongo que estará aquí por la mañana para darle una respuesta a lo que han enviado. ¿Quiere que suba a milady a su habitación?

—No, yo lo haré. Llévame una copa de brandi a la habitación, seguiré mi noche solo.

El duque de nuevo tenía a la joven en sus brazos, aunque esta vez la llevaba a su habitación. De cierta manera era mejor que estuviera dormida, pues él había comenzado a hablar más de lo que debería. Había cruzado el umbral de lo correcto y se había trasladado a lo incorrecto. Si estaba consciente, quizá ella lo hubiera golpeado y humillado, aunque era lo que merecía por aprovecharse de una dama. Estaba en su naturaleza ser un sinvergüenza.

Una vez que llegó a la habitación, la colocó sobre la cama y después la acomodó. Una doncella se encargaría de moverla mejor. La observó por unos minutos y luego se retiró a sus aposentos.

¿Extrañaría la presencia de una dama en su residencia? No sería de cualquiera, sería de ella. No, no podía pensar de esa manera. Debía reprimir esos pensamientos o no sería bueno para su supervivencia en el futuro.

Él siguió despierto por unas horas más hasta que le hizo compañía a Rose en el mundo de los sueños.

Por la mañana, Rose despertó y se dio cuenta de que estaba en la habitación que le asignaron en la casa del duque. Eso la alertó, pues no sabía cómo había llegado hasta ahí.

Sobre un biombo, vio un vestido sencillo que no le pertenecía, aunque suponía que se lo habían comprado para su estancia. Ella trataba de recordar sobre la noche anterior. A su mente regresaban las imágenes de Harper besándola en el cuello, en aquel momento Rose recordó que estaba muy relajada y que por eso debió quedarse dormida. Le preocupaba que aquel sinvergüenza se hubiera aprovechado de ella al estar dormida. Lo creía capaz de cualquier cosa.

Un momento después de levantarse, una doncella entró para ayudarla a cambiarse.

—Buen día, milady. El duque está en el comedor, ¿lo alcanzará para el desayuno o prefiere que lo sirvan aquí? —pronunció la doncella.

—Buen día. Iré a desayunar en su compañía... Disculpe, anoche...

—Anoche la cambié de ropa y le coloqué el camisón, milady. Su excelencia la subió hasta aquí.

—Correcto. Muchas gracias.

—La ayudo a cambiarse...

Rose dejó que la mujer del servicio la vistiera. Ya ni vergüenza debía tener, pues ella le había visto todo para poder ponerle el camisón.

Al terminar de vestirse se dirigió a la planta baja y fue caminando sin apuro hacia el comedor. Ahí estaba el duque con lo que sería una carta en su mano derecha, en donde ella se sentaba para desayunar desde que se encontraba en esa propiedad.

—Buen día, excelencia... —saludó Rose—. Le agradezco que me llevara a mi habitación anoche.

—Buen día será para usted. ¿Cómo se puede ser tan irreverente para dejar en pleno fuego a un caballero? Y no hablamos de cualquiera, soy un duque o quiere que se lo dibuje —masculló él todavía un poco ofendido por haber sido abandonado por su compañera—. Debió resultarle aburrido estar en mi compañía y recibir mis atenciones.

El rostro de Rose se tiñó del conocido rojo vergüenza. ¿Estaba enloqueciendo o el duque le reclamaba algo como si tuviera derecho?

—Sé que es un duque, su título es impresionante. Seguido a esto, me sentí relajada y eso fue todo. Fue a causa del alcohol. Yo bebo solo dos copas y usted me dio más de las necesarias.

—Ha sido una situación humillante. Usted no sabe quién soy —reprochó.

—Un duque, lo ha dicho tiempo atrás. Damos vueltas en un círculo infinito de repeticiones, excelencia.

—No me refiero a eso. Usted no entiende que tengo una reputación de seductor. Creí que la estaba seduciendo, pero Morfeo se adelantó.

—Tal vez ha perdido su dote de seductor y le ha llegado la hora de casarse y ser un buen esposo, aunque tampoco tiene el talento para estar casado.

—¿Por qué no tengo talento para estar casado? —increpó escandalizado.

—Sí, pero no discutiremos eso porque es evidente. Ni siquiera me ha ofrecido asiento. ¿Puedo sentarme?

Él había olvidado su buena educación. Se levantó de su silla para ayudarla a sentarse.

—¿Ve por qué no discuto? Tengo la razón. Le queda alta la vara para ser esposo. ¿Qué es este papel?

—Después de insultarme pretende que le responda y sea agradable con usted, pero seré educado. Estoy capacitado para ser esposo en cualquier momento, pero no de cualquier mujer, solo de la indicada —agregó malicioso.

La joven hizo un gesto de rechazo con sus labios y prefirió esperar que al duque se le terminaran los berrinches para que pudiera decirle de qué se trataba la carta.

—Esto es la respuesta a nuestra carta. En efecto, tenemos el sello lacrado del conde. Ahora debemos ver si asume que le falta una hermana...

—Es un grosero. Por supuesto que Spencer no me negará, soy su hermana favorita —masculló ofendida.

—Lo veremos al abrir el sobre y leerlo.

—¿Y a qué esperamos? No perdamos tiempo para que me devuelva. Mientras más tiempo pasemos juntos, lo más probable es que terminemos arrancándonos los ojos.

—Espero el desayuno. Prefiero comer tranquilo.

—Lo hará sabiendo si su plan ha resultado.

—No, lo he decidido, será después del desayuno.

Los sirvientes colocaron sobre la mesa todo lo que habían preparado para el desayuno y comenzaron a servir a los comensales.

Los ojos de Rose no dejaban de mirar la carta que tenía el sello de su casa. Quería saber qué pensaba Spencer y cómo encaraba la situación de su desaparición.

Al acabar el desayuno, Harper cogió la carta y rompió el sello. Había esperado ese momento por un par de horas. Quería ser transparente con lo que ocurriría con Rose.

—Lo leeré.

Estimada Rose.

En estas primeras líneas aprovecho para informarte e informar a tus captores que yo, el duque de Salisbury, encabezaré las negociaciones para tu liberación. Estamos dispuestos a pagar esa suma sin perjuicio alguno. Lo importante es recuperar a un miembro de nuestra familia.

Aguardamos fecha y hora para el encuentro e intercambio. Rogamos que sea a la brevedad debido a la delicada salud de lord Nottingham. Desea ver a su queridísima hermana en estos momentos en que no encuentra consuelo para su ausencia.

En espera de un retorno.

Atentamente.

El duque de Salisbury.

Cuando el duque dobló la carta, Rose se puso de pie con violencia. Cogió lo que encontraba a su paso para arrojárselo a Harper.

—¡Está demente! ¿Qué hace? —increpó Harper colocando ambas manos como escudo.

Ella no le dio ninguna explicación, alzó su falda y comenzó a correr ante la atónita mirada de Harper.

Mientras salía de la casa, su mirada se llenaba de lágrimas al saber que su hermano había enfermado por su culpa. Ya sabía que él se preocupaba demasiado, aunque nunca creyó que su salud decaería tanto. Se había dormido en los laureles en compañía del duque, a la par que

Spencer luchaba por su supervivencia. No podía continuar ahí viviendo de un sueño, disfrutando del juego de amor y odio con alguien que claramente no quería ni siquiera tenerla de vecina, salvo para que él se viera favorecido en algún aspecto.

Lamentaba lo que ocurría y se culpaba por no haber sido más cuidadosa con su propia seguridad. La señorita Harting siempre había sido escueta al momento de hablar de los peligros del jardín y de las pasiones de los hombres por los lugares solitarios o poco concurridos para realizar sus fechorías, sin duda no se había equivocado.

Caminaba con prisa y sin rumbo, solo sabía lo que deseaba que era regresar a su casa junto a su familia. Lo único que esperaba era encontrar el camino y no volver al duque. Si ella estaba en esa situación era por su culpa, por no desear hacer las cosas como se debían. Era probable que terminara sin hermano y sin esposo.

Capítulo 17

Silvester fue al comedor al escuchar que varios objetos de vidrio se rompían. Al llegar al sitio, encontró al duque mirando hacia la salida del comedor.

—¿Todo bien, excelencia?

—¿Crees que todo está bien? Una tromba furiosa se apoderó de la joven de vestido marfil. ¿Qué clase de demonio tendrá dentro?

—¿Qué le ha dicho? Oh, la fina copa que era de su abuela —lamentó el criado.

—Solo ha sido la carta de uno de sus cuñados, informando que lord Nottingham está enfermo.

—¿Qué pena por milady. ¿Cómo solucionará este problema?

—No tengo idea, ella se ha ido después de arrojarme lo que ha encontrado como si yo fuera el culpable de las enfermedades de todos.

—Debe querer regresar a su casa. Eso complicaría las cosas para usted. Sabe que de aquí es muy probable que incluso llegue a pie en unos días a Londres. Ahí lo acusará y tendrá que casarse con ella.

—Es un demonio. Nadie se casará con ella ni si es la última mujer de Inglaterra. Si en algún momento de debilidad, nublado por su belleza, consideré casarme, en este instante eso se ha desvanecido.

—No importa si se casará o no con ella. Ha empeñado su palabra para devolverla a su casa. Si por algún accidente milady se pierde en su travesía, usted es el culpable. Un caballero siempre es culpable de las desgracias que le acontecen a una dama.

—Silvester, pareces mi maldita conciencia. Iré a por ella. Espero que no fuera tan lejos, camina muy rápido.

Harper salió de la residencia y miró a su alrededor. Ella no estaba por ningún lugar y eso significaba que iba con prisa y furiosa. La furia hacía que cualquiera caminara más de lo que podía.

Entonces, al no verla, fue a las caballerizas.

—¿Alguien vio a milady? —interpeló a sus mozos de cuadra.

—Yo, excelencia. Ella ha partido en aquella dirección. —El sirviente señaló hacia la dirección contraria a donde ellos se encontraban.

—Ensíllenme un caballo —ordenó.

Debía detener a Rose no solo porque pudiera perjudicarlo, sino también perjudicarse. Existían alimañas entre la maleza de campo. Ella iba con un sencillo vestido que no sería capaz de protegerla de nada.

Una vez que subió al lomo de su caballo, partió sin dilación en dirección a donde le había dicho el mozo. Cabalgaba con premura buscando de lado a lado hasta que de lejos la vio caminando con un poco menos de ímpetu que cuando salió de la casa. Debía ser a causa del cansancio que la cogió de paso.

Al llegar cerca de la joven, ella hizo como si Harper no estuviera ahí.

—¿Qué se supone que está haciendo, milady? —interpeló Harper.

—Voy a ver a mi hermano. Me importan poco sus planes por salir impoluto de este asunto en el que me ha metido.

—No, mi querida lady, usted me ha metido en esto y se queda para terminar la negociación.

—¿Y cómo hará que me quede? Oblígueme si puede hacerlo. Le aseguro que le será más fácil cazar una liebre con los dientes que tratar de convencer a una Fane de algo que no le parece racional. Mi hermano está enfermo, quizá moribundo por mi culpa...

—Eso lo hubiera pensado antes de creerse una cazadora experimentada. Debió escoger mejor entre sus opciones, tal vez mi amigo, lord Walton o lord Bentley. Ellos hubieran sido más adecuados para usted. Son simples, cortos de palabras y deseosos por casarse.

—Me hubiera encantado conocerlos, pero ni siquiera sabía quién era usted. Maldigo la hora en que se cruzó en mi camino.

—Lo mismo digo. ¿Quién quiere a una joven tan casquivana y caprichosa?

—Le diré algo. Mi hermano me adora, mi familia me quiere, y usted me necesita para que nadie sepa de sus maldades.

—No quiero que diga mentiras que me involucren. No la necesito, usted es quien necesita un esposo con desesperación.

—Lo que necesito con desesperación es regresar a mi casa...

Rose se detuvo por el cansancio en las piernas, después comenzó a llorar. No podía soportar la idea de saber que Spencer podría morir a causa de un disgusto producido por ella. Ni la propia Rose ni su familia podrían perdonarla alguna vez. No quería dejar huérfano a su sobrino y viuda a Victoria. No sabía qué hacer, estaba perdida y desorientada.

El duque detuvo a su caballo y descendió para acompañar a la joven. No era alguien que acostumbraba a consolar a nadie, pero con Rose algo pasaba. Estar con ella significaba pelear, estar en su compañía no era sinónimo de soledad. Amaba la soledad, pero algo raro ocurrió cuando ella entró a su vida de manera abrupta. Colocó su mano en el hombro de la dama y se puso a su misma altura.

—No se morirá. No decaiga en este momento, estamos cerca de que todo salga bien. Piense en que estamos negociando. Solo nos queda poner el día...

—Quiero que sea hoy...

—Será mañana. Hoy enviaremos la respuesta. Necesito que la escriba para darle marcha a lo acordado. Mientras más rápido lo hagamos, cumpliremos con nuestro cometido. Usted estará con su hermano y yo me libraré de una responsabilidad que no me corresponde.

De nuevo, Rose se había dado cuenta de que dependía del duque para salir de ahí, que a pie no llegaría a ningún lugar. No le quedaba de otra más que regresar con él.

—No lo soporto, pero quiero irme a mi casa —confesó.

—Lo sé, lo noté anoche que me dejó abandonado.

Ella dejó de lado sus lágrimas para mirar con reproche al duque. Sin embargo, sus miradas se cruzaban y cuando ese instante llegaba, los reclamos terminaban olvidándose. Los ojos grises de Harper eran capaces de manipularla.

Lo mismo ocurría con Harper. Las impertinencias y las groserías quedaban de lado al observarse mutuamente. Sus ojos hablaban más de lo que sus labios podían decir, además de confesar cosas que no saldrían de sus boca, como era la terrible verdad que callaban: la atracción que los envolvía y amenazaba cada vez que se veían.

Sin darse cuenta, los dos acercaron sus labios para unirse. Se despreciaban de lengua para afuera, mas cuando se juntaban para reconocer ese «algo» que los dominaba, que los obligaba a doblegarse para alcanzar cierto grado de felicidad.

Pese a que había llorado, Rose había cedido ante la silenciosa invitación de Harper para besarse. Si se quedaba más tiempo en esa propiedad y al lado de ese hombre terminaría arruinada para siempre en todos los aspectos, y el más importante era que quizá no encontrara un esposo por desear a un sinvergüenza como él.

En lugar de consolarla con palabras, Harper se sentía perdido en el afán de sentirla o al menos creer que la consolaba de otra forma menos habitual. Constantemente buscaba un acercamiento con ella sin importar lo que ocurriera. La incitaba a abrir su boca para recibirlo y que pudieran disfrutar juntos del baile de lenguas, ese divertido juego de rechazo entre amantes silenciosos. Ninguno de los dos daba rienda suelta a la locura total, solo que Harper perdía esa batalla a medida que Rose permanecía más tiempo en su casa.

Lo mejor era que se separaran, y eso era algo que terminaría ocurriendo muy pronto, pero no por eso podía desperdiciar el tiempo con ella. Se abalanzó sobre Rose para besarla con más soltura hasta recostarla en la hierba. Ahí no dudó en acariciar su cintura y pegarla un más a su

cuerpo. Ella solo cedía a su acercamiento sin decir nada, era como si de manera implícita lo aprobara.

Cuando ambos recuperaron el aliento, Harper se recostó junto a Rose. Los dos miraban al cielo echados en la hierba.

—Son sus últimos momentos a mi lado, no le cuesta ser amable, milady —dijo el duque.

—Lo único que quiere es aprovecharse de mí y de mi debilidad para sacar ventaja, pero lo ha conseguido.

—Estas horas son las últimas en las que podremos vernos. Mañana todo será distinto. ¿Por qué no jugar un poco?

—¿Y todavía lo pregunta?

—Su hermano no morirá, le pongo la firma donde guste. Lo único que quiere el duque de Salisbury es infundir temor en nosotros para que nos apresuremos...

—Sé que Albert no diría algo que no fuera cierto. Él es muy directo, por eso confío en su palabra. Regresemos a su casa para responder esa carta.

Él accedió al pedido de la joven y la ayudó a incorporarse del suelo para luego darle una mano para que subiera al lomo del caballo. Luego subió tras ella y la cogió de la cintura para asegurarse de que no caería y también para aprovecharse de Rose un rato más. Cualquier momento era válido para sacar partido.

—¿No quiere dar una vuelta por la propiedad? —indagó el duque cerca del oído de Rose.

A ella se le erizaron los vellos del cuerpo al sentir el contacto de los labios de él junto a su oreja izquierda. Su cuerpo se revolucionaba con cada contacto del indeseable duque de Alcost.

—No, pero me apetece que usted azuce al caballo para llegar más rápido.

—Sus deseos son órdenes, milady.

El joven duque hizo lo que ella le había solicitado. Los dos rompían el viento con una apresurada y divertida cabalgata en la que ambos se despeinaban y reían ante el fulgor de alegría que irradiaban.

Ese era uno de los instantes en las que todas las diferencias desaparecían y solo quedaban unos jóvenes que deseaban divertirse.

Al llegar a la residencia, las risas habían cambiado por expresiones más cautelosas. Cada uno de ellos recordó que la felicidad que vivían era algo tan efímero que no podía durar más que unos minutos.

—Acompáñeme al despacho, ahí pensaremos en la respuesta —pidió Harper, señalándole el camino para dejar pasar primero a Rose.

Caminaron por el pasillo hasta llegar a la puerta en dónde él la abrió para que pasar, también le indicó a ella con un gesto de la mano para que tomara asiento, mientras Harper se dirigía a coger una hoja de papel y el tintero para acercarlos a la joven.

—¿No le he dicho que le queda bien el vestido? Aunque no más que los pantalones —comentó el duque para conversar con ella a la vez que dejaba todo a su disposición.

—No me lo ha dicho. Prefirió reclamar que lo ignoré cuando en realidad el tiro le salió por la culata con el vino.

—Solo quería que fuera amable conmigo. Es la única mujer que me rechaza.

—Y usted también me rechaza, tengo derecho a devolver la cortesía, puesto que no obtendré ningún beneficio.

—Mi querida lady, tiene las atenciones de un duque, ¿eso no es una retribución suficiente?

—Prefiero un esposo... ¿Qué desea que escriba?

—Mmm... —rumió pensativo. Debía colocar una ubicación conocida en la que dejaría a lady Rose y retiraría la migaja de dinero que habían pedido. Quería que pensarán que era un captor de poca monta, aunque muy astuto. Si pedía demasiado, sospecharían que quizá fuera un

noble, y eso podía apuntarle en algún momento, aunque quizá ya estuviera salpicado por su ausencia en coincidencia con su desaparición. Las cartas y el dinero eran para despistar a todos —. Comience saludando a sus parientes, no olvide parecer asustada.

—Lo sé...

—Pondrá que haremos el intercambio mañana por la noche a las afueras de Londres. Yo la dejaré antes y la observaré de lejos para que no esté sola o le ocurra algo. El dinero deben dejarlo primero y luego usted saldrá de la oscuridad, correrá hacia ellos y fin de esta corta pesadilla. Uno de mis criados lo recogerá y será todo.

—¿Qué hará después de que me vaya?

—Volver a mi vida. Hablaré con mi administrador e invitaré a mis amigos otra vez. Por razones obvias les envié una nota para que no vinieran. Ellos debían estar aquí en estos momentos haciéndome compañía. ¿Usted qué hará?

—Esperar que mi hermano no se muera y que todavía alguien quiera casarse conmigo. Tal vez no pueda hacerlo en Inglaterra y tenga que migrar a otras tierras para eso, quizá con algún francés, alemán o español. Eso lo sabré cuando tenga una lectura precisa de la sociedad, aunque es probable que por vergüenza misma yo prefiera desaparecer para olvidar todo.

Capítulo 18

En Londres...

Todos esperaban una respuesta a lo que había enviado el duque. Spencer había decidido abandonar su alcoba que parecía absorber sus pocas energías y prefirió acompañar a su familia en la interminable espera y compartir la angustia que impedía sosegar sus corazones.

Lord Nottingham precedía la mesa sin su habitual sonrisa, buen humor y arbitraje ante el alboroto de su gran familia que incluía también a sus cuñados y sobrinos. La algarabía se había esfumado a causa de la desgracia que acaeció sobre ellos.

Después de la cena, pasaron al salón para sentarse y beber un poco de alcohol.

—Todavía debemos esperar, Spencer, ve a descansar —pidió Albert a su cuñado.

—No, me quedaré, me siento mejor aquí.

—Preocupas a tu esposa y pones en riesgo tu vida al preocuparte demasiado —mencionó Clifford.

—¿Piensan que no me preocupo de la misma manera en la cama? La diferencia es que con uno me preocupo acostado y con el otro sentado —replicó el conde de Nottingham.

—Lo decimos porque quizá la noche sea larga. Podríamos despertarte... —pronunció Foster.

—No. He decidido quedarme aquí. Que pase lo que tenga que pasar.

—Un digno Fane —resopló el duque—. ¿Lo ves, Kitty? Te dije que no hay forma de convencerlo. Morirá en su puesto de combate.

—Es porque Rose es su favorita. Si me hubieran secuestrado, él buscaría a los captores, pero para entregarles más dinero para que me sacaran de Inglaterra y, además, terminarían haciéndose amigos —masculló Eugenia.

—No digas tonterías, Eugenia. Spencer puede tener muchos defectos, pero uno de ellos no es abandonar a sus hermanas a su suerte. Puede ser cruel, despiadado, injusto, cascarrabias y castigador, mas jamás nos dejaría a nuestra suerte —alegó Kitty.

—Gracias por esa defensa tan férrea y convincente, Kitty —dijo Spencer con sarcasmo.

De repente, alguien golpeó la puerta y todos se miraron entre ellos. Esas debían ser noticias de Rose.

Dejaron que el ayuda de cámara del conde atendiera a quien había ido a la residencia. Esperaron con lo poco que les quedaba de paciencia. Vieron al sirviente que se acercaba con una carta. Sin dudarlo ni un minuto, Spencer se acercó a cogerla; sin embargo, Victoria se la arrebató.

—La leeré yo primero —avisó la condesa.

Aquel desacato a su autoridad podría colocar de mal humor a cualquier otro caballero, menos a Spencer, pues él entendía que Victoria estaba muy preocupada por su salud. Era una buena esposa.

Los demás la vieron comenzar a leer en silencio, después de un momento, le entregó la carta a Spencer para que la leyera. Ella se había asegurado de que esas líneas no tuvieran algo que pudiera ser mortal para su esposo.

Spencer miró a los demás miembros de la familia antes de empezar la lectura en voz alta.

Estimado Albert.

Han fijado como punto de encuentro las afueras de Londres por el oeste, a las diez de la noche del 29 de abril.

Ansío poder ver a mi amado hermano lo más pronto posible. Te pido que cumplas a cabalidad con el pedido de la persona que me mantiene aquí.

Rose.

—Es evidente que ha sido obligada a escribir estas líneas. Conozco cuando ella desea hablar. Sus cartas duran lo mismo que un día con gran uso de papelería. Oh, Dios, Rose debe estar aterrada, en un lugar oscuro, conviviendo con ratas en un húmedo sitio alejada de la tibia chimenea... —habló Spencer que imaginaba el peor escenario para una dama.

—Lo importante es que la entrega será mañana. Ya tengo el dinero, no nos queda más que esperar —comentó el duque.

—Quiero que ella esté aquí. Solo necesito saber que no le han tocado ni uno de sus cabellos rubios. Su futuro me preocupará después que me pase el susto. A Eugenia le pondré lacayos armados...

—No necesito eso. Sé defenderme a la perfección. No soy una tierna e indefensa cría —replicó la menor.

—Aquí se cumplirán mis órdenes. Mi última hermana no será víctima de codiciosos e inescrupulosos delincuentes de poca monta.

—Si la secuestraba el duque que dijo lady Kirby, pensarías distinto. No es lo mismo un duque que un secuestrador de poca monta. El delito es el mismo, el criminal no. Los privilegios hacen que cualquier crimen pase de ser horrible a romántico —agregó Eugenia, que prefirió retirarse, ya que no estaba feliz al saber que su hermano moría de preocupación por Rose. Ella juraba que su propia hermana se había secuestrado para ser más importante, aunque también admitía los celos que sentía por la exagerada atención hacia Rose.

—Si yo fuera ustedes, pensaría que Eugenia ha fraguado todo esto del rapto —dijo Fanny, pensativa—. Todo tiene sentido. Nunca ha tolerado a Rose por ser la preferida, pero hay que admitir que es de mal gusto tener una hermana favorita y que las otras deban conformarse con poco. Yo hubiera mandado secuestrar a Rose por envidia.

—Fanny, la envidia no es motivo suficiente para que alguien hiciera tanto daño de esta manera. Lo mejor es deshacerse de la favorita con un matrimonio. Considero que era la mejor manera de perpetrar este crimen —aseguró Clifford.

—Eugenia no es capaz de ser tan malvada con Rose. Ellas son hermanas de sangre en su

totalidad. Rose me ha necesitado más que todas ustedes. Siempre fueron más fuertes; sin embargo, ella me buscaba para recibir el afecto que le faltaba. ¿Por qué habría celos si yo podía darle a todas lo mismo? La diferencia es la vulnerabilidad que Rose demostraba con su silencio, servilismo y obediencia. En nuestra hermana hay un gran vacío que ni una buena educación ni cosas materiales podrían cubrir. Quiere atención y afecto, es todo. Cada una actúa de manera distinta. Eugenia es más independiente y no me deja ver si es o no indefensa. Cuando deseas quererla, te aleja con alguna manipulación o con frivolidad. No es una simple paloma que sufre, es más grande que eso. Ve como debilidad ser vulnerable y amada. ¿Qué caballero podría casarse con Eugenia?

—Solo un demente y arriesgado caballero —respaldó el duque.

Lo que importaba en realidad era que Rose estaba cerca de regresar. Las ideas conspiradoras le causaban gracia a Spencer, por más que no lo demostraba por el mero pudor de que la situación no ameritaba la burla.

Agradecía la presencia de su familia que habían dejado a sus hijos en sus casas para acompañarlo en sus horas más oscuras. Al menos todo estaba cerca de solucionarse.

Durante la mañana y la tarde del día siguiente, todos los hombres de la familia habían estado inmersos en los preparativos para la entrega del dinero y la recuperación de Rose. Una vez que acordaron los pasos a seguir, subieron al carruaje para partir y esperar a que Rose apareciera sana y salva.

Ese día, Harper había amanecido sin tanto ánimo, sabía que era el último desayuno con Rose. Después de ese día no volverían a verse, al menos no de la misma manera, tampoco conversarían y mucho menos se besarían. Ese pensamiento lo había perturbado durante todo el día hasta el tiempo en que debían subir al coche para partir al punto de encuentro.

El silencio era un factor común entre ellos. Un día antes de escribir la carta, Harper había logrado que la joven tomara el té con él y volvieran a interactuar sin insultarse. Quien más buscaba el contacto era el mismo duque, ella parecía resguardarse de él, pero como siempre la acechaba, era una tarea casi imposible. En ese instante solo se miraban sin decir nada. Sabían que se acercaba el final. El traqueteo del carruaje les hacía avizorar aquello.

Por la mente de Rose pasaban muchas cosas, entre ellas felices y tristes. Estaba feliz porque regresaría con sus seres queridos, pero la tristeza se apoderaba de ella al darse cuenta de que el caballero con el que se encontraba ahí saldría de su vida.

Esos días que estuvo aislada en la casa del duque, aprendió a tratarlo. Si bien es cierto que peleaban a diestra y siniestra, se divertía a su lado. Él era especial sin importar lo petulante que pudiera llegar a ser, en eso se parecían mucho. Ella no estaba acostumbrada a que las cosas no salieran como esperaba. Spencer se encargaba de hacerla crecer entre algodones y que nada le ocurriera, o al menos que pudiera controlar todo lo que podía dañarla. Ni su hermano ni la misma Rose habían previsto una situación tan descabellada.

—Me he divertido este tiempo que duró, milady —pronunció Harper cuando el carruaje que los llevaba se detuvo a una distancia prudente para que ambos caminaran hasta donde él dejaría a Rose.

—Ha sido terrible, pero coincido en algunos puntos. He conocido a alguien más caprichoso que yo. Mi familia lo consideraría un problema... pero nunca sabrán de su existencia.

—Como debe ser...

La portezuela se abrió y frente a ella se encontraba Silvester, esperando a que ambos bajaran para acompañarlos. El ayuda de cámara del duque estaba preparado para protegerlo en caso de que lo necesitara.

Ambos descendieron del carruaje y comenzaron a caminar. Rose llevaba puesto el mismo vestido con el que había desaparecido, aunque limpio.

El ayuda los seguía varios pasos por detrás para darle privacidad a los dos y que tuvieran una despedida digna.

Para Harper era difícil escoger una distancia prudente para dejarla. Solo tomó valor y se detuvo.

—Hasta aquí hemos llegado, milady. Le deseo el mayor de los éxitos en su vida. Le pediría que se acuerde de mí, pero la idea es hacer como si estos días nunca hubieran existido —declaró

el duque.

Para la fortuna de Rose, Harper no podía notar que sus labios temblaban por la despedida. Se sentía acongojada y triste, por lo que extendió su mano en señal de despedida e hizo una reverencia.

—Adiós, excelencia. Sea feliz.

—Siga derecho, milady. Ahí está el punto de encuentro. —Harper también inclinó su cabeza para despedirla y apretó su mano con un suave apretón.

Cuando se soltaron, ella le dio la espalda e iba a comenzar su camino cuando Harper la cogió de la muñeca y la acercó a su cuerpo para después sentir los labios de él pegados a los de ella. Sin darse cuenta, Rose se aferró a su pecho y lo besó como si la vida se le fuera en ello.

El criado solo podía desviar su mirada. Él era el único que opinaba que esa separación era absurda. El duque había encontrado a la mujer de su vida, pero no se daba cuenta. Estaba cegado por la forma en que se habían conocido y no alcanzaba a notar su impulso por estar cerca de la joven, que plenamente le correspondía en atenciones. No importaba cómo ocurrieron las cosas, el sentimiento era algo que tal vez los perseguiría para siempre y era muy probable que terminaran con amargura por haberse soltado en ese día.

Al cortar el beso, Rose miró por última vez al duque y siguió su camino, convertida en un mar de lágrimas. ¿Para qué la había besado otra vez? Quizá para torturarla o lastimarla. Era incomprensible su crueldad, pues ya lo poco que podía existir entre ellos se había desvanecido. Ella era una tonta al sentirse vacía y triste por la despedida y al saberse lastimada por el último beso. Se odiaría toda la vida si estaba enamorada de alguien que la rechazó después de haberla secuestrado, o tal vez solo quiso jugar con ella. Jamás sabría la verdad, lo único que entendía era que le llevaría meses digerir lo que había pasado en su vida. En su mente recordaría que un duque fue el primer caballero que la besó sin compromiso alguno. Escoger a un esposo era probable que le resultara extenuante y también que las comparaciones llovieran en ese ínterin.

Harper la vio irse y después caminó hacia otro lugar para observar escondido entre la maleza.

—¿Está seguro de que esto es lo que quiere, excelencia? —preguntó su sirviente al notarlo

silencioso.

—Por supuesto. Lady Rose Fane debe regresar con su familia y hacer su vida y sobre todo, aprender que no todos sus caprichos se cumplirán. Creyó que me pescaría, pero no contaba con mi astucia.

Capítulo 19

Las duras palabras que Harper había pronunciado solo eran para evitar que en él se notara la poca felicidad al ver que Rose se iba. Era evidente que jamás admitiría que no estaba conforme con la despedida, seguía sosteniendo que era lo correcto.

—Esperaremos aquí. Hay buena luna para distinguir su figura. Debemos apagar la lámpara y esperar a que aparezca su familia.

—Sí, excelencia.

Silvester extinguió la llama de la lámpara y se quedó junto a su patrón para observar con detenimiento lo que ocurría.

A lo lejos se oían los aullidos de los coyotes en el monte, mientras que Rose aguardaba a su cuñado a una distancia prudente. Debía verlo dejar el dinero para poder ir hacia ellos.

Las lágrimas se le habían secado debido a que estaba más asustada que triste. A su mente acudían imágenes espectrales de los cuentos de terror que inventaron ella y sus hermanas desde muy pequeñas. En verdad sentía que en aquella oscuridad había algo que se abalanzaría sobre ella.

Después de esperar media hora, notó que, en medio de aquella inmensa noche, dos faroles parecían acercarse, además, oía el sonido de unos caballos acercándose. Cuando vio que un carruaje se detuvo, y de él bajaba la figura que era de su cuñado, pues lo reconocería en cualquier lugar, distinguió que dejaba una pequeña bolsa que debía ser el dinero y luego había quedado ahí de pie, como si la esperara.

Ese era el momento de regresar hacia los suyos. El duque de Alcost formaba parte de una fractura temporal en su vida. Sus prioridades volverían a ser las mismas, con la diferencia de que cuidaría más de sus actos y también a su querido hermano. Salió de su escondite y fue corriendo hacia su cuñado.

—¡Albert! —llamó al duque.

Cuando el duque de Salisbury se percató de la presencia de Rose, ella ya lo estaba abrazando.

—¡Rose! —expresó aliviado. También le correspondió el abrazo. Ella necesitaba saber que no estaba sola.

—¿Cómo está Spencer?! ¿Dónde está? —preguntó con emoción y premura.

A Albert no le había dado tiempo de responder, pues lord Nottingham bajó del carruaje contra todo pronóstico para asegurarse de que ella estaba bien.

Al ver a su hermano, ella no pudo contener el sollozo y el llanto. Él estaba vivo. Soltó a Albert y se abrazó con mucha fuerza a Spencer, como si no lo hubiera visto nunca.

—No llores, Rose. Las cosas volverán a ser como antes. Estarás segura de nuevo —pronunció para tranquilizarla. Por dentro, Spencer se desbordaba de emoción, pero intentaba no desarmarse. Abrazarla y llenarla de besos en la cabeza era lo único que podía hacer.

Desde la distancia, Harper observaba que recibían a Rose con gran emoción. Después de unos minutos, los vieron subir al carruaje y partieron. En ese momento, Silvester encendió otra vez la lámpara con una lata de yesca para acercarse al lugar del cual habían partido los parientes de la joven.

Los dos caminaron con cuidado entre la maleza. El ayuda de cámara cogió la bolsa de dinero y se la enseñó al duque.

—¿Qué hará con esto, excelencia?

—Nada. No es dinero que necesite. Tal vez se lo enviemos en secreto a milady en algún momento. No seré más rico o más pobre con eso.

—Se arrepentirá de dejar ir a milady, excelencia. Hacían una hermosa pareja. Ella sería una excelente duquesa.

—No es la forma de conseguir las cosas, Silvester. Ella quiso forzar un matrimonio

conmigo. Juro por mi padre que la hubiera tenido en cuenta en un salón. ¿Qué es eso de saltar de un baúl como un saltamontes? Definitivamente, no es la manera de conquistar a un duque.

—Lo que evidencia es que unas personas la metieron ahí sin su consentimiento. ¿No ha pensado que tiene enemigos, excelencia?

—¿Ella o yo?

—Usted. Tal vez quisieron hacerle daño al colocarle una dama. Creyeron que no podría hacer otra cosa más que casarse. Puede tratarse de un caballero celoso de su éxito con las damas.

—¿Y milady no puede tener gente que la envidia y quisiera perjudicarla?

—¿Casándola con un duque? Eso no es perjudicar, piénselo.

—Tienes razón, tu mente es más ágil que la mía para las conspiraciones. Mi enemigo secreto quedará muy decepcionado al darse cuenta de que sigo soltero y con muchos ánimos con continuar seduciendo damas. Vámonos, Silvester, hay que prepararnos para recibir a mis amigos y a mi administrador. No olvides repartir el dinero para que nadie hable de milady, no queremos que su reputación termine perdida. Todavía no hay que cantar victoria. Juró acusarme si no conseguía un esposo.

Ellos retornaron al carruaje y regresaron a la residencia.

El duque tenía los ojos perdidos en la oscuridad de la noche. Ya no existían motivos para desvelarse, ni razones para seducir a nadie. La necesidad de emborrachar a una dama para hacerla dulce como los terrones de azúcar, se había terminado. Fueron solo unos pocos días extenuantes entre encuentros y desencuentros y, además, un matrimonio que a fin de cuentas ninguno deseaba. Ella lo olvidaría y él también. De esos días con el tiempo tal vez ni quedaran los recuerdos.

Cuando llegaron a la casa, los ojos del duque se dirigieron al pianoforte y recordó que había ayudado a Rose a entender lo que hacía mal. Por un segundo maldijo su casa, pues comenzaba a pensar en que cada rincón de la misma gritaría por la presencia de la dama.

Incluso al ir a su habitación representaba un desafío por esa noche, ya que miraba por el

pasillo hacia la alcoba que le había provisto a la joven. No quería caer en la tentación de ver algo ahí. En los días que ella estuvo, no entró a ese lugar y en ese momento no debía hacerlo. Se percibía patético extrañando la presencia de una desconocida.

—Esto es solo por un momento, Harper. Mañana todo será diferente —se dijo para impulsarse a entrar en su habitación para descansar. Era tarde y su hazaña requería de un buen descanso.

En el carruaje en el que iba Rose en compañía de sus cuñados estaba por llegar a su destino. Habían sido respetuosos con el hecho de no preguntar sobre lo que había ocurrido. Ya habría tiempo para responder a todo lo que ellos deseaban.

—Me he preocupado mucho por ti, Spencer —confesó Rose aún con lágrimas en los ojos cuando llegaron a la casa.

Los cuñados de ellos se retiraron a las habitaciones en las que se quedan a dormir, al día siguiente todos podrían regresar a sus casas.

—No hablemos de preocupación, Rose, pues yo casi me muero por ti. Cuando me dijeron que desapareciste, mi vista se nubló y solo recuerdo a un médico sobre mi pecho conversando con Victoria y la anfitriona de la velada musical. Caí en un abismo.

Esas palabras provocaban dolor y culpa en ella.

—No debí salir al jardín... —lamentó entre lágrimas aferrándose al pecho de su hermano.

—Ve a tu habitación a descansar, mañana hablaremos de todo lo que ha pasado. Si solo deseas contármelo a mí o también a los demás.

—No quiero dormir sola. ¿Puedo dormir contigo y con Victoria? Han dejado dormir con ustedes a Meredith una vez a mi edad.

—¿De qué tienes miedo?

—De que te mueras mientras estoy lejos...

—Considero que no me voy a morir. No soy tan afortunado. Todavía falta Eugenia para pagar todas mis culpas. ¿Sabes que si duermes en mi habitación acrecentarás la molestia de ella?

—No puede ser tan egoísta. Si ella te amara tanto como yo, ya hubiera aprovechado para acercarse a ti en mi ausencia, pero Eugenia prefiere decir que soy el problema.

—Cámbiate y ve a la habitación, a Victoria le gustará tenerte ahí y yo descansaré sin escuchar que soy un irresponsable que no cuido mi salud. No tengo la culpa de que mi salud se base en mis hermanas.

Rose le entregó una sonrisa a su hermano y fue hacia su habitación para cambiarse. Detrás de ella oyó que alguien se acercaba corriendo. Esa persona era Helen que le abrió la puerta con premura.

—¡Ha vuelto, milady! —expresó con felicidad.

—Sí, Helen... —Rose entró a la habitación y miró que todo estaba oscuro; sin embargo, la doncella encendió las lámparas para iluminar el lugar.

—¿Quiere que la cambie y acomode la cama para usted?

—Solo necesito que me ayudes a cambiarme, dormiré con Spencer y Victoria.

—¿No está muy grande para dormir con su hermano?

—El temor no conoce de edades. Al menos esta noche quiero estar a su lado.

—Sí, milady...

Helen quería preguntar lo que había ocurrido, pero sabía que debía esperar o mejor escuchar detrás de las puertas para enterarse con lujo de detalles. Acondicionó a la joven y después se retiró en silencio.

Con una lámpara en la mano, ella caminó hacia la habitación de su hermano y ahí encontró

a Victoria durmiendo y a su hermano recostado, mirando hacia la ventana. Rose apagó el fuego de la lámpara y la dejó a un lado. Después subió a la cama y se colocó entre la condesa y su esposo con la habilidad de una serpiente.

Victoria abrió los ojos y distinguió a otra mujer en su cama, pese a la oscuridad, la miró con detenimiento para saber de quién se trataba y reconoció que era Rose. Cuando sus dos cuñadas eran más pequeñas solían dejarlas dormir con ellos, fingían asustarse por la noche para que no pudieran echarlas.

—Me alegra que volvieras, Rose —dijo Victoria que tocó el brazo de su cuñada.

—¿Puede quedarme aquí con ustedes por esta noche? —preguntó a Victoria.

—Por supuesto. Duerme bien, Rose, y no molestes a tu hermano, todavía sigue delicado por más que él no lo entienda —reprochó con una indirecta hacia su esposo.

Spencer, mientras tanto, volteaba sus ojos ante las palabras de Victoria. Sabía que lo estaba enjuiciando.

—No te preocupes, Victoria, los tres dormiremos aquí sin molestarnos.

Lady Nottingham asintió y dio vuelta su cabeza para mirar a otro lado, en tanto Rose y Spencer se acomodaron para mirarse de frente.

—Buenas noches, Spencer. —Rose cogió la mano de su hermano.

—Buenas noches, Rose... —Él apretó con cariño la extremidad de su hermana hasta quedarse dormidos.

Estar en esa posición les daba paz a los dos. Rose no se permitió pensar en Harper, no tenía sentido recordarlo, lo mejor era centrarse en la salud de Spencer y en lo que sería su vida después de lo acontecido. No descartaba volver a encontrar al duque, pues pesaba sobre él la terrible advertencia de que, si quedaba manchada, ella lo acusaría por su secuestro y sería perseguido por su familia hasta que cumpliera con desposarla, su odio por ella podría tragárselo, ya que no siempre el matrimonio y los sentimientos buenos o malos iban de la mano. Para Rose era importante su futuro y también el de Eugenia. Eran dos quienes podrían perder contra uno, solo

que por lo general tenía las de ganar, pero ella no era una niñata tonta, podía pecar de caprichosa, aunque era muy inteligente cuando lo deseaba, y más si unía su mente con la de sus hermanas.

Al día siguiente al despertar, Rose estaba en medio de la cama, pero con cuatro grandes ojos, dos azules y dos verdes, mirándola como águilas. Eran Eugenia y el gato Clauss.

—Dilo de una vez, ¿lo has fraguado todo para tener a Spencer contigo, alimaña codiciosa? —incredó Eugenia.

—Buen día, Eugenia. ¿De qué estás hablando? —replicó Rose que se levantó de la cama.

—De que manipulaste a toda la familia con un falso secuestro, ¡quién querría secuestrarte! Solo tú te amas tanto para semejante tontería —reprochó la menor, airada.

—Dices tonterías, Eugenia. No preocuparía a la familia con eso. Jugaría a cualquier cosa, pero jamás con la salud de mi hermano.

—¡De nuestro hermano! ¡No es tuyo, no te pertenece! —gruñó enfadada.

—¿Por qué te comportas así?

—Porque estoy cansada de que todo el tiempo sea Rose, Rose y más Rose. Soy como la escoria a la que nadie quiere ni nota. Debiste quedarte con quién te fuiste.

—No me fui con nadie...

—Te fuiste con un caballero y eso lo sabes.

Capítulo 20

La acusación que le hacía Eugenia era bastante incómoda para Rose, pero ella tampoco se detendría para acusar a la menor de las Fane. No creía imposible tener una enemiga bajo su mismo techo.

—¿Le pagaste a alguien para que se deshiciera de mí? —increpó Rose.

—Soy inteligente, pero no tanto. La verdad no se me ocurrió. Si lo hubiera hecho yo, tú no estarías aquí.

—Te acusaré con Spencer.

—¿No tienes otra forma de defenderte, malcriada?

—¿Qué se supone que hacen gritando a esta hora? —preguntó lord Nottingham al entrar a su habitación y ver que sus hermanas discutían airadamente.

—Eugenia me ha acusado de que yo misma desaparecí por mi cuenta —contó Rose.

—¿De nuevo con eso, Eugenia? En lugar de esas tonterías deberías darle un beso y un abrazo a tu hermana. Pudimos haberla perdido.

—Lo peor es que la encontraron —masculló Eugenia, que bajó a su gato para poder cruzar sus brazos como lo que era, una niña caprichosa y malcriada.

—Esas palabras ameritan un castigo. Las volveré a atar como años atrás y será de las manos para que aprendan a quererse y respetarse —alegó Spencer.

—¡No es justo! —reclamó la menor.

—Es cierto, Spencer, no quiero estar pegada con esta niña cara de bacalao.

—¿Cómo me has llamado?!

—¡Basta! —vociferó el conde que actuaba como mediador—. Podrán ir en paz solo con una condición.

—Odio las condiciones de Spencer, pero cualquier cosa es mejor que estar atada a Rose.

—Todos estaremos en paz si Eugenia le da un beso y un abrazo a Rose. Son hermanas de sangre, hermanas completas. Con este paso acrecentaremos el amor fraternal.

—Prefiero que me bese una culebra —bufó Rose.

—Y yo prefiero besar a una mosca antes que a ti.

—Ese es el único requisito para que todos continúen con su camino. Quiero desayunar en paz y no lo conseguiré si mis dos hermanas menores casquivanas y sinvergüenzas no solucionan sus diferencias. Eugenia, dale un beso a Rose.

Los ojos azules de Eugenia se llenaron de furia por la orden recibida, pero sabía que si no cumplía la cosa sería peor, por lo que se acercó a Rose, le dio un beso en la mejilla y después la abrazó.

—No era tan difícil, ¿verdad? —curioseó el conde, complacido.

—El beso de Judas era más sincero que este que ella me ha dado —aseguró Rose.

—Tuve que besar a la persona que ha arrojado mi suerte al viento escapándose. Esto es asqueroso.

La menor cogió a su gato que se estaba acomodando en la cama y salió de la habitación.

—Ve a cambiarte, tu día será largo.

—Eugenia no tiene razón al pensar que yo misma planeé esto —dijo Rose, entristecida.

—Déjala, es su manera de exteriorizar sus conflictos de jovencita en riesgo. Debemos tener fe en que todo se solucionará a partir de aquí. Lo importante es que ya estás en casa sana y salva.

Que no te afecten sus palabras, te queda un corto camino de supervivencia con ella. Encontrarás a un buen esposo y todos seremos felices.

Rose asintió y se retiró para cambiarse.

No esperaba que su hermana Eugenia la recibiera de esa manera, pero menos imaginaba que sus otras hermanas estaban esperándola en su habitación. Ellas no dudaron en abrazarla para que se sintiera querida y bienvenida.

—Nos alegra mucho saber que estás bien —habló Kitty que cerró la puerta de la habitación.

—Al menos ustedes se alegran de verme. Eugenia no ha tenido pelos en la lengua para acusarme de haber planeado mi propia desaparición. —Rose suspiró.

—No eres tan maliciosa para semejante hazaña. Hacer sufrir a Spencer no es algo que tú harías —razonó Meredith.

—Es una tontería de cabo a rabo —apoyó Fanny que en verdad creía que Eugenia había enloquecido de celos para armar semejante complot en su mente.

—Rose... —Kitty tomó la palabra y se acercó a ella—. Puedes confiar en nosotras para lo que desees contarnos. Debo admitir que tengo algunas preocupaciones respecto a tu desaparición.

—¿Cómo cuáles?

—¿No te han hecho nada? Digo... Me refiero a... —La duquesa no encontraba las palabras adecuadas para referirse a lo que deseaba.

—Se refiere a que si nadie ha retozado desnudo entre tus piernas —dijo Meredith que acooplejó al resto de sus hermanas.

—No, nadie me ha tocado —respondió.

—Porque si alguien lo hizo se complica un matrimonio para ti, eso para no decir que ya no ocurrirá —siguió Kitty.

—¿Ustedes creen que todavía tengo posibilidades de casarme? Siento que arruiné a la familia.

—Mmm... cuéntenos qué fue lo que ocurrió esa noche —pidió Fanny deseando evaluar la situación.

—En la velada musical mentí sobre una herida en la mano para no tocar el pianoforte, por lo que me apartaron del número. Después salí al jardín y reconsideré el asunto. Quise regresar al salón, pero dos hombres me cogieron y golpearon mi cabeza, quedé inconsciente. Después desperté en una propiedad, me han tratado bien...

—¿Sabías quiénes te raptaron? Creo que fue algo al azar. Vieron a la primera tonta que salió al jardín y se la llevaron. Todas aprendemos a que una dama no va al jardín sola jamás, lo sabemos incluso antes de aprender a caminar —musitó Kitty con cierto tono de reclamo en su voz.

—Lo sé, pero no quería que me vieran llorando por haber sido apartada de las demás participantes, yo quería impresionar a los caballeros.

—Impresionar no es lo mismo que dejarlos sordos, Rose. Lo que hiciste estuvo mal desde un principio, pero no por eso las cosas no pueden mejorar. Debemos hablar con lady Kirby para que interceda por ti ante la sociedad. Está haciendo un buen trabajo repartiendo el rumor de que te han raptado y que en realidad no has huido con ningún caballero, y menos con el duque que ella había dicho —declaró Fanny, aliviada.

Rose solo esperaba no parecer muy sospechosa. De que había conocido y estado con el duque, al menos como visita, sí lo estuvo, pero no podría contárselo a nadie o al menos hasta que alguien se comprometiera con ella contra todo pronóstico.

Después del desayuno y de tener que explicar en reiteradas ocasiones que no había ocurrido nada, llegó de visita lady Kirby. Era como si la mujer estuviera con el olfato puesto en la entrada de la casa de su hermano. A Rose en verdad le sorprendía tenerla en el salón, y lo peor era que tendría que volver a explicar todo lo que había tenido que pasar en esos días, omitiendo sus encuentros cercanos con el duque. Por el momento, todos creían que la situación podría solucionarse y que nadie la juzgaría; sin embargo, la misma Rose tenía dudas al respecto, ya que

cualquiera podría decir que ella lo inventaba para limpiar su reputación. Esa teoría era mitad verdad y el resto mentira.

—Oh, me alegra tanto saber que está de regreso. No podía estar ajena a tal acontecimiento. Quería saber de primera mano cómo se encuentra —dijo lady Kirby que se acercó a la joven para sentarse a su lado.

—Estoy bien, lady Kirby.

—¿Puede contarme un poco más? Con su familia he acordado hacerle saber a la sociedad lo que ha pasado días atrás. Su desaparición ha sido una sorpresa para nosotros que estuvimos presentes esa noche—. ¿A dónde la llevaron?

—Hmm... Estuve en un rincón oscuro y solitario en donde me daban comida y buen trato. La persona solo se acercaba para pedirme que escribiera para enviarlo aquí y por la frecuencia de las respuestas considero que no estábamos muy lejos.

—¿Y cómo era la persona que la retenía?

—Educada. Había una doncella que me ayudaba.

—Una secuestrada con privilegios. Algo no huele bien aquí —espetó Eugenia.

—Por supuesto que todo tiene sentido. Debían cobrar dinero por lo que era prioridad cuidar de quien se lo daría. Ella es una dama y merece un trato digno. Una doncella era lo menos que el captor podría otorgarle.

—Quisiera decirle más cosas, pero es todo lo que puedo describir. Mis días no fueron gratos lejos de mi familia y ahora, me encuentro en la incertidumbre de si me aceptarán o me echarán a mi suerte, teniendo que quedar soltera por tal acontecimiento desafortunado.

—No se preocupe. Yo estoy del lado de la verdad y lo que digo es como una ley en la sociedad. Preparemos una gran reaparición suya. Ahora los periódicos se llenarán con todo lo que pueda contarme para que quede usted como lo que es: una víctima de las circunstancias.

Sí, eso era Rose, una víctima de las circunstancias que la llevaron a conocer al atractivo

duque de Alcost, un caballero que en todo ese tiempo que compartieron le demostró que ella no estaba capacitada para ser la duquesa, ni por elección y mucho menos por accidente. Su historia no tendría un final feliz como el de Foster y Melissa, que terminaron casados y formando una preciosa familia. Rose no pudo ganarse el corazón de Harper como su hermana se ganó el corazón de su cuñado. El hombre con el que ella había caído tal vez ni siquiera tuviera un pedazo de carne que latiera en su interior para llamarlo corazón. La había desechado desde el primer momento y se sentía ofendida. Ella era alguien que estaba acostumbrada al cariño, al afecto y a la atención. Desconocía lo que era ser rechazada, él la había minimizado siendo una dama de alta sociedad que descendía de una familia de buen nombre y con mucho dinero, aunque a la arrogancia de un duque eso no le había importado.

Por al menos un tiempo que no precisaba y que más parecía la eternidad, tanto ella como su familia tuvieron que escuchar a lady Kirby y sus planes para limpiar su reputación.

Todo eso parecía ser obra de su cuñado, Foster, pues él era quien más apoyaba la presencia de esa matrona en la casa. Tampoco nadie estaba en contra de que intentara resolver algo que ellos no podrían ni con todo el dinero familiar. Agradecía la buena predisposición de la mujer para que fuera aceptada de buen grado o al menos considerada para ser la esposa de alguien después de su desgracia. Más de uno debía estar pensando en que ella había quedado mancillada en algún encuentro fortuito con el caballero con el que presumían que había huido y eso le quitaba la oportunidad de volver a integrarse. Para Rose era una bendición que la matrona la apreciara.

Una vez que se retiró, Rose por fin podía sentarse a pensar en todo lo que había ocurrido. Desde el principio hasta el fin. Definitivamente, esos días con el duque la habían marcado para siempre. No podría olvidar eso, pues se sentía triste en su ausencia. Como una tonta había caído en el juego de un seductor. Lo admitía, a ella le encantaba ese hombre porque era seguro de sí mismo y hasta cierto punto se parecían. Quizá esos días no fueron suficientes para conocerse bien, pero fue de sobra para extrañarlo.

Por más que se sintiera vacía, ella debía continuar su camino, porque tenía que casarse y salvar a su familia de la vergüenza. Pese a los celos de Eugenia, también estaba comprometida con su causa. Todas sus hermanas habían pensado en la siguiente y, por más que en un principio fue egoísta deseando lo que le había sugerido el resto, se conformaría con lo que viniera. No importa un duque, marqués, conde, barón, baronet o sir que quisiera casarse con ella. Se encontraba en la obligación de cumplir con eso. El primero que se presentara sería su esposo. No

podía permitirse dejar escapar a cualquiera. El tiempo en que ella había podido escoger, terminó.

—¿Puedo pasar? —preguntó la señorita Harting al entreabrir la puerta de la habitación de la joven.

—Sí, señorita Harting —respondió Rose que había sido interrumpida en medio de sus cavilaciones.

—Sé que soy inoportuna, milady, pero debería empezar a practicar más. Las cosas se han puesto muy difíciles para usted.

—Señorita Harting, no pienso dejarla en vergüenza. Es la mejor institutriz del mundo. Soy la penúltima de sus pupilas y creo que la peor de todas. Mis demás hermanas la llenan de satisfacción, pero yo la lleno de vergüenza. Conseguiré un esposo, lo prometo.

—Es lo que se espera de usted, pero en estos años he comprendido que la felicidad no es solo tener un esposo, es amar.

—Tal vez yo ni siquiera pueda escoger y mucho menos amar...

Capítulo 21

Habían pasado dos días desde que devolvió a lady Rose Fane y también desde que envió una carta a sus amigos para que lo visitaran en su propiedad. Había podido reunirse con el administrador y su vida parecía haber regresado a la normalidad; sin embargo, él estaba en la habitación que le había pertenecido a Rose durante su estancia. En el armario tenía tres vestidos y varios camisones, incluyendo las prendas masculinas que había usado los primeros días.

Suspiró en muchas ocasiones al sentirse solitario y sin la pelea con ella. Se maldecía en ocasiones por recordarla, aunque creía que era parte del proceso de haber convivido con alguien por unos días. Siempre había estado en compañía de sus sirvientes y en ese instante también. ¿Qué había cambiado?

Harper acarició la tela del último vestido que había usado Rose. Eso parecía disminuir su añoranza por ella. Después se acercó a la ventana y vio que un carruaje se acercaba a lo lejos. Estaba seguro de que eran sus amigos. Confiaba en que, con ellos, él recuperaría su brío.

Salió de la habitación, no sin antes darle un último vistazo.

Se dirigió por los pasillos hasta llegar a la entrada de la casa, en donde se encontraba Silvester esperando a las visitas.

—¿Los cuartos para las visitas están listos? —preguntó a su sirviente.

—Sí, excelencia. Sus amigos ocuparán las habitaciones junto a la que perteneció a milady...

Otro suspiro escapó de Harper. Parecía estar cansado de algo y a la vez decaído, aunque no tenía razones para estarlo, suponía que todo se debía a la transición de soltero con compañía a soltero sin pena ni gloria y él lo había decidido de esa manera, pues pudo haber deseado casarse con ella, pero todavía le asustaba el compromiso.

—Harper... —saludó Bradley que descendió del carruaje en compañía de lord Walton.

—Te ves un poco desmejorado, ¿has dormido bien? —preguntó Walton.

—Sí, pero ustedes no van a creer lo que ha pasado, en verdad, no me lo creerán... —dijo Harper que estaba dispuesto a compartir su secreto con sus mejores amigos de años.

—Eso suena muy interesante, queremos saber lo que ha ocurrido —comentó el conde de Bentley que sospechaba lo que Harper contaría. En realidad, nada de lo que habían pensado respecto al plan de casar a su amigo había resultado. Él se había librado de todo y quería saber cómo lo había logrado. Casi era seguro que lo casarían con la joven, pero con la idea del rapto por parte de un delincuente cambió las cosas.

—Pasen, pasen. Después del desayuno podremos conversar mejor. Quiero que descansen y por la tarde iremos de cacería aquí cerca.

—La cacería suena espectacular —habló Walton que caminó junto a sus amistades dentro de la casa.

—Silvester acomodará sus cosas mientras que nosotros desayunamos. Han llegado a tiempo para este evento. ¿Cómo ha ido todo por Londres?

—Bastante tranquilo... —respondió lord Walton que miró a lord Bentley para que aprobara lo que decía.

—Bastante aburrido sin tu presencia —contó Bradley.

—¿Has conversado con la musa de tus afectos? —curioseó Harper.

—No se ha atrevido. Le intimida que sea la hija de un duque —replicó Walton en lugar de su amigo.

—Si sigues de esa manera, alguien más cortejará a la dama. Hay que atreverse y de una vez saber si te corresponderá o no. Vivir en zozobra no es algo digno para un caballero. ¿Quieres que hable por ti, Bradley?

—Yo puedo con esto. Si tú le insinúas algo, tal vez ella se ilusione contigo...

—Ya te he ofrecido mi ayuda...

—Si será igual que tu promesa de no acercarte, te agradecería que no me prestes ninguna ayuda.

—Bradley, eres muy rencoroso. Ya te dije que no estoy interesado en ella y tampoco en ninguna otra. Te he jugado una broma a ver si te tomabas de los pelos y así ocurrió.

Los tres caballeros tomaron asiento. Los sirvientes comenzaron a colocar el festín del desayuno sobre la mesa. Se sirvieron cuanto quisieron y comenzaron a comer.

—Ahora, dinos qué es lo que te ha ocurrido —indagó Bradley por curiosidad.

—En verdad, siento que creerán que estoy loco cuando se lo diga.

—Nos tienes en ascuas, no hace falta que sigas dando largas —pronunció Walton.

—Está bien. La noche en que me dirigía hacia aquí, escuchamos gritos en la parte trasera del carruaje, en la que estaba mi baúl. Nos quedamos a la vera del camino y ahí, en medio de la noche y una amenazante lluvia, abrimos el baúl y de él salió como una rana, una dama que comenzó a correr por el monte. Era una escena increíble. Después la perseguí por sugerencia de Silvester, sin saber que podría estar metido en un problema.

Lord Bentley y lord Walton se miraban de reojo. Ambos tenían una cara de sospechosos que quizá se descubrirían en la fechoría a causa de sus expresiones.

—Cuando encontré a la mujer, me acusó de haberla secuestrado. Ustedes no saben lo que he tenido que pasar para salir impoluto de esto. Todo mi arsenal mental estuvo a prueba. La retuve aquí durante un par de días hasta encontrar la solución perfecta que fue fingir que la había raptado un delincuente a cambio de dinero. Esa idea me ha salvado de un desastre. ¿Me imaginan casado con una desconocida que encontré en mi baúl? Ella debió saber que yo era un duque y quiso tener el camino fácil de casarse sin hacer el menor esfuerzo. Pensó que sería tan tonto de asumir culpas que no eran mías. Fui afortunado.

—¿Y quién era la dama? —inquirió lord Walton.

—No puedo decirlo, pues eso sería desleal por mi parte. Solo quería que supieran lo que me

había ocurrido. Por esa razón les pedí que no vinieran. No quería que su nombre se viera envuelto en un escándalo. Todavía tiene esperanzas de hacer lo correcto y de casarse con alguien que le convenga. Solo puedo decirles que es muy hermosa y de buena posición.

—¿Y con todo eso la devolviste? —interrogó Bradley—. El destino la puso en tu camino de buena o mala manera, los planes de Dios son perfectos.

—Pero no más perfectos que mis planes para salvarme de un matrimonio obligado.

—Era una buena oportunidad para no pensar en una esposa porque ya tenías una. Si era bonita la hubieras conservado —reprochó Walton—. ¿Acaso solo era bonita y no agradable?

Antes de contestar a la pregunta de su amigo, Harper recordó sus momentos tanto divertidos como los que no lo fueron. Como resultado de su corto análisis, concluyó que Rose era agradable en todos los aspectos y no solo era bonita. Le había gustado pasar tiempo con ella y sobre todo besarla. Ese acto era tan sublime como tocar el cielo. No podía evitar comparar a la joven con otras mujeres a las que había besado, Rose era la más torpe, pero de la que más había disfrutado. Su inocencia y su falta de experiencia jugaban un papel fundamental para que él se sintiera complacido.

—Sí, fue agradable. Era inteligente... —dijo a grandes rasgos.

—¿Crees que alguien en Londres se tragará el cuento del secuestro? Esa joven tendrá en sus hombros el estigma de haber sido mancillada, sea o no de esa manera —razonó Bradley que seguía insistiendo para que su amigo recapacitara y se casara con esa dama o, de lo contrario, él cargaría con esa culpa. No era un mal hombre, pero si las cosas no resultaban tendría que hacerse cargo de sus propias locuras.

—No he tocado un pelo de su cabellera. Soy un caballero íntegro, tal vez mi reputación sea un tanto escabrosa, pero no por eso perderé la educación y menos con alguien que quizá ni siquiera tenga la culpa de lo que ocurre, por más que yo la considere culpable.

—Todavía estás a tiempo de ir a Londres a cortejarla si hablas bien de ella y más después de quedarte a su lado unos días. Tuviste tiempo para conocerla —razonó su otro amigo.

—¿Por qué no siento que estén sorprendidos con mi historia? Al menos no siento la empatía

de mis amigos. No me dan la razón, sino que se compadecen de alguien que no conocen y me hacen a un lado.

—Un duque no es vulnerable como una dama, que con solo un mal movimiento podría arruinar su vida. Además, Harper, estamos considerando tu felicidad —prosiguió Bradley.

—Lo que noto es que insinúan que soy incapaz de conseguir una buena esposa. ¿Por qué ella debería ser la duquesa? —increpó.

—¿Y por qué ella no debería serlo? —cuestionó Walton.

—¿Acaso no oyeron que quiso aprovecharse de mí entrando a mi baúl? Es evidente que sabía que era un duque. ¿Lo entienden?

Harper todavía no salía del asombro. Sus amistades querían arrojarlo a los brazos de lady Rose Fane sin apoyarlo, sin darle la razón y eso le resultaba incomprensible.

—La verdad que desconfío de ti, Harper. Creo que tú te robaste a la dama. Ninguna mujer se metería a tu baúl y soportaría un viaje solo por ser duquesa. Algo no cuadra en tu relato —acusó lord Bentley.

—¡Por favor! Esto es absurdo, raya lo cuestionable. Solo un demente raptaría a una joven de cuna noble. Ella apareció en mi baúl y es la absoluta verdad. No les mentiría a ustedes, son mis amigos, las únicas personas en las que puedo confiar.

—Te estábamos poniendo a prueba —resolvió Bradley con una sonrisa conciliadora. Sabía que Harper no mentía. Él conocía parte de la secuencia de los hechos, al igual que Walton.

—Por un momento pensé que estaban en mi contra. Qué alivio...

Los tres desayunaron y siguieron conversando sobre la joven. Harper evitó contar la identidad de ella, aunque tal vez lo supieran al llegar a Londres, pero al menos no lo sabrían por él.

Los visitantes del duque fueron a sus habitaciones para cambiarse de ropa y poder prepararse para la cacería.

—Bradley... —Lord Walton irrumpió en la habitación del conde de Bentley.

—¿Qué ocurre?

—¿Y si Harper descubre que hemos sido nosotros? Ya no querrá ser nuestro amigo y es mejor tener un duque de amigo que de enemigo.

—Walton, él no sabrá nada, salvo que cometamos la indiscreción de hablar sobre eso.

—Esto es grave. Hemos perjudicado a una dama inocente.

—No sabíamos que Harper buscaría la manera de zafarse. Lo preocupante es que las cosas no resulten bien y lady Rose termine rechazada en la sociedad.

—Debemos conseguirle un esposo.

—¿Cómo se supone que lo haremos?

—Es bella, no debería ser difícil...

—Por ese lado no ardua tarea, el problema es la reputación. ¿Tú no quieres casarte?

—¿Por qué debería pagar por tus locuras? Si a alguien le corresponde pagar por sus pecados es a ti. Esta fue tu idea y debes responsabilizarte por ella. Harper tiene razón en no querer hacerse cargo de una desconocida.

—Yo no puedo. Estoy interesado en otra.

—Hubieras pensado en eso por si contemplabas la inteligencia de Harper que claramente no tuviste en cuenta.

—Debo hacer que se interese en ella para que no sea perjudicada. Mi honorabilidad me prohíbe hacerle mal a una joven.

—Tu honorabilidad es cuestionable. Si no te atreviste a hablarle a la hija del viejo duque,

deberías cortejar a lady Rose Fane. Tiene a su favor que es más bella que tu adorada dama imposible, y te aceptará sin dudar gracias a la situación en la que tú mismo la colocaste.

—Con tu ayuda.

—Me dejé llevar por tu demencia. Me arrastraste a esto.

—¡Oh, el inocente lord Walton! La integridad ambulante.

—Búrlate todo lo que quieras, pero yo dormiré tranquilo, mientras tú adularás a Harper para que limpie tu camino de culpa y pecado. En esto terminó tu gran idea, Bradley. Es un desastre y puede terminar contigo casado con ella si no haces ceder a nuestro inflexible amigo.

Lo que Walton le decía era la realidad de lo que estaba ocurriendo. Persuadir a Harper sería una misión imposible. Era más fácil encontrar un dragón que hacer que él cambiara su opinión sobre algo. Tampoco había pensado en su astucia, había menospreciado su inteligencia al creer que todo estaría listo, pero se complicaba. Pondría su esfuerzo en que aquel accediera a casarse con Rose o el que acabaría casado gracias a sus culpas sería otro.

Capítulo 22

Pasaron los días y Harper regresó a Londres en compañía de sus amigos. Para él estar ahí significaba que podría ver a Rose de nuevo. No quería abrigar esa posibilidad. De hecho, había intentado que esa idea no lo tomara como su rehén. Era cierto que constantemente pensaba en ella mientras estaba en la propiedad. Le resultó difícil salir a cabalgar con sus amigos y distraerse, pues recordaba que él corrió contra la joven en una carrera en la que había obtenido la victoria y ella se había enfadado tanto que quiso consolarla con sus atenciones, a lo que se había negado. Podrían parecer recuerdos ingratos, mas para Harper eran divertidos. Podía verse desde otro ángulo, el de seductor, que fracasaba ante la necesidad de alguien.

Rose le mostró lo que era morder el polvo siendo un duque engreído. Sus rechazos lo pusieron de pésimo humor; sin embargo, esa resistencia hacía que la pensara mucho más y que la extrañara. Tampoco sus visitas lo ayudaron, pues a toda costa querían empujarlo a sus brazos, y que él se humillara frente a ella para que se casaran. Era demasiado orgulloso para hacerlo. Resistiría estos momentos de necesidad de verla y no caería en la tentación. Si no podía sacarla de su mente, haría lo imposible por no meterla a través de sus ojos.

—Tiene cientos de invitaciones pendientes que revisar, excelencia. Todas esperan una respuesta. —Silvester interrumpió las cavilaciones de Harper, que vivía en una realidad alterna a esa en la que habitaba.

Harper miró las invitaciones apilonadas sobre una bandeja, también se fijó en las manos de su sirviente y aquel llevaba otras más.

—Tengo invitaciones hasta la temporada siguiente —se quejó.

—Creo que estas son la de esta semana y la siguiente. Debería considerar las más importantes o acordar con sus amigos para asistir si no quiere ir solo.

—Puede que tengas razón.

—O tal vez prefiera buscar a milady. Le he dicho que fue un error dejarla ir.

—Deja de murmurar eso cada vez que me ves, me impides cumplir el trato que es olvidar el asunto.

—Lo que usted debería es averiguar cómo está milady, si es que ha podido conseguir un caballero.

—Ese ya no es asunto mío. No me interesa si hasta se ha casado —farfulló cansado.

—Como usted diga, excelencia. ¿Le traigo papel y pluma para comenzar a responder o lo hará en su despacho?

—Tráelo aquí. No pienso moverme de la biblioteca —masculló Harper.

Después de que su sirviente se fuera, Harper se encontraba en la situación de considerar que Rose tuviera candidatos. En lugar de que eso le alegrara, crispaba sus nervios de una manera increíble. ¿Por qué le afectaba saber que quizá ella estuviera probando otros labios, que conversara con otro o que saliera a pasear? Había hecho todo eso a su lado, entre buenas y malas relaciones, pero le gustaba que ella lo colocara en su lugar, que pinchara su burbuja de egoísmo en la que vivía. Cuando le hablaba de su familia, eso producía cierta curiosidad y envidia. Él, al no tener mayor cantidad de parientes, se describía como solitario y lo era ante los ojos de cualquiera. Pasaba las festividades en casas ajenas o llenaba la suya con personas que lo rodeaban, pero que al final no eran familia.

Lady Rose Fane había entrado en su vida para cambiar muchas cosas y le hizo darse cuenta de lo solo que estaba y de lo egoísta que era. ¿Qué debía estar haciendo ella?

Los días para Rose transcurrían en una ligera normalidad. Pelear con Eugenia era algo diario, pasear con sus hermanas era otra cosa que antes disfrutaba; no obstante, había dejado de resultarle bueno por una razón: cada vez que salía buscaba al duque de Alcost en cada caballero alto, rubio y elegante que veía. Su corazón se desbordaba de emoción al creer que sería él, pero terminaba decepcionada.

—Deje el bordado, lady Rose, y vaya al pianoforte, a seguir practicando. Recuerde que necesita esas habilidades más que nunca. Además, su absurda excusa se terminará y tendrá que

demostrar que sabe ejecutar el instrumento —dijo la señorita Harting.

—Señorita Harting, he aceptado mi destino, soy un fracaso con eso. Prefiero enfocarme en otra cosa. Supongo que tengo otras habilidades como la arquería.

—¿Y cómo piensa demostrar eso en un salón? Lamento decirle que no le servirá a no ser que se alabe tanto que el caballero quiera una demostración. El baile y los instrumentos ayudan a abrir puertas.

—Yo necesito una orquesta y una gran cantidad de bailarines para que me abran una ventana. He participado de las últimas cenas a las que lady Kirby insistía que debía ir, pero en todos he notado desconfianza hacia mí y muchas murmuraciones. Si en un mes no cambian las cosas, le pediré a Spencer que me envíe lejos de Londres para buscar un esposo.

—Es solo una percepción de su mente. Usted camine altiva y no deje que esos pensamientos la agobien y lastimen.

—No me agobian ni me lastiman, solo pienso en lo mejor. Espero algo bueno, pero eso no me quita que piense que quizá tenga que dejar mi país por algo mejor.

—Ni siquiera diga eso frente a milord. Se está recuperando del susto. No querrá volver a darle un disgusto y esta vez de manera consciente.

—Lo que menos quiero es causarle una muerte prematura a Spencer. Considero que él sabrá cuando es el momento o interpretará las señales que le dará la sociedad. Por ahora estamos confiando en los conocimientos de una vieja casamentera. Agradezco sus esfuerzos por reintegrarme, mas no sé si consigamos algo.

—Usted solo piense en lo bueno y venga al pianoforte. Las cosas mejorarán, lo verá.

La señorita Harting la obligó a ir a la planta baja. El gato que estaba sobre el sillón del salón huyó al ver que ella se acercaba al pianoforte. Al menos eso significaba que no habían cambiado mucho las cosas en su casa, el felino la percibía de la misma manera que antes.

—Usted no le haga caso al gato Clauss... —musitó la institutriz con tranquilidad.

—Por supuesto que no le haré caso al ser más inteligente de esta casa, el único que es capaz de salvar su integridad.

Ella levantó la tapa del pianoforte, mientras la señorita Harting acomodaba un par de telas empapadas en vaselina para tapar sus oídos. Con los años había adquirido ciertas habilidades para contrarrestar las prácticas de sus pupilas.

Cuando estaba a punto de empezar, Rose notó que Eugenia se acercaba al salón, pero al verla en el pianoforte tapó sus oídos y corrió escaleras arriba para encerrarse. La falta de fe en su casa era demasiado evidente. Tomó valor, inhaló y exhaló. En ese instante, recordó las indicaciones que le había dado el duque para que sus notas sonaran más ligeras.

Las primeras le habían salido mal como siempre, llamando la atención de su hermano y su cuñada; sin embargo, después las cosas cambiaron para sorpresa de todos, en especial para la institutriz que se quitó los tapones para oír que Rose estaba tocando muy bien el pianoforte.

Spencer se acercó al instrumento y asintió para que su hermana continuara como lo estaba haciendo. Le impresionaba su mejoría, pues a esas alturas de la pieza más de uno se desmayaba en la residencia. Le conmovía que, a su parecer, ella estuviera dando todo de sí para progresar después de lo que había ocurrido. Él intentaba no hablar mucho de su secuestro para no afectarla, aunque la notaba más triste y solitaria que antes. Ni siquiera las peleas con Eugenia le daban energía, se sometía como gato panza arriba.

A Rose le sorprendía que los habitantes de la casa se acercaran para escucharla mejor. Eso era algo insólito.

—No puedo creer que el pianoforte no esté en llanto —habló Eugenia, que había regresado hacia el salón al escuchar algo afinado.

—Nadie puede creerlo. Esto es una bendición para Rose. Podremos decirle a lady Kirby que la anote para una velada musical, solo debe practicar más la entrada —alegó Spencer.

—Me ocuparé de eso, milord. Ahora prefiero que ella esté sola y no se desconcentre en tan buena interpretación.

Las palabras alrededor de Rose la reconfortaban. Gracias al duque de Alcost ella había

mejorado, aunque no podía cantar victoria, si olvidaba cómo hacer las cosas con suavidad, tendría muchos problemas en el futuro. Saber que su hermano la estaba apoyando, la llenaba de confianza para continuar y no perder la fe de encontrar un esposo en el país para no tener que alejarse de las personas que amaba.

La señorita Harting la había felicitado por su gran desempeño. La hizo practicar hasta que sus manos le dolían, pero lo había logrado hasta el último intento. Sabía que la tortura sería mucho mayor después de eso.

Por la noche, Rose se había arreglado para un baile, el primero desde que regresó del cautiverio. Cuando se miraba en el espejo, dejaba de reconocerse. La imagen que este le devolvía no era la antigua Rose, la joven que era capaz de devorar al mundo, de apropiarse de él y conseguir un excelente matrimonio. Frente a ella estaba un fantasma que no hacía más que pensar en alguien que la había arruinado. Su ruina tenía título de duque. No podía olvidar su acercamiento, sus besos y, sobre todo, su atrevimiento. Era alguien que creía merecerlo todo sin hacer nada. Dentro de su pecho albergaba un gran rechazo hacia Harper, un desprecio por no apreciarla como una esposa, aunque no desaprovechaba el tiempo para casi insinuarle que podía ser una querida y no más que eso. Al igual que él creía ser el dueño de todo, ella no se quedaba atrás, también pensaba que merecía lo mejor.

Pese a todo, seguía molesta por haber sido rechazada en matrimonio. Jamás encontraría alguien como ella. Esperaba que se arrepintiera de su pecado. Si volvía a verlo ni siquiera se lo haría saber. Estaba segura de que lo condenaría con la mirada.

La puerta de la habitación se abrió como si una tromba furiosa hubiera entrado. Rose miró para saber quién era, se trataba de su hermana Eugenia que utilizaba al gato como si se tratara de un ridículo que podía mover a su antojo.

—¿Cómo le va a tu educación? —preguntó Rose, molesta, por la intromisión.

—Está esperando su momento para brillar.

—Ahora brilla por su ausencia. Deja a ese pobre animal, no puedes cargarlo así.

—Le estoy haciendo el favor de trasladarlo por la casa. Oye, no he venido a recibir clases de buen comportamiento y menos de ti que has regresado de una desvergonzada aventura en

compañía de un duque.

—Dices tonterías. ¿Qué quieres? —espetó Rose aún más enfadada que antes.

—He sabido por un pajarito que el monto de tu dote ha sido desvelada ante lady Kirby con la intención de que un caballero se acerque a ti por el dinero. No te confíes de todas las sonrisas que recibas esta noche. Desconfía de todas ella, quizá estén corriendo una maratón por tu dinero.

—Es una buena opción en mi caso. No estoy para escoger un buen esposo en mi situación. No parece algo malo.

—A mí sí. Tú debes escoger a tu esposo, alguien que quieras. Serás infeliz si solo te casas con cualquiera.

—Cualquiera puede ser una buena idea. Quizá tú puedas escoger, pero yo no. Solo espero a alguien que me enamore, no es mucho pedir. Si Meredith pudo amar a Foster, creo que yo también podría hacerlo.

—Ciertamente tienes razón, pero ten en cuenta mis palabras, eres presa fácil de los embaucadores, aprende de tus errores.

Tal como llegó, Eugenia se retiró y Rose se quedó pensando en lo que le había dicho aquella. Después fue al salón junto a su hermano y Victoria que lo esperaban para salir.

Una vez que estuvieron en el carruaje, ella quiso preguntar si lo que le había dicho la menor era real o no.

—Un pajarito... —pronunció Rose.

—Corrección, un buitre que anda en compañía de un gato —la interrumpió Spencer.

—El buitre me dijo que has desvelado mi dote a una matrona.

—¿Quién es el buitre? ¿La señorita Harting, Helen, Philip, Eugenia o el ayuda de cámara? Hay muchos oídos en casa —cuestionó Victoria.

—Andan en bandada por los pasillos, no importa la fuente, la información es certera. Lo hice porque atraeremos a la gente. Sé los riesgos, pero tenemos un gran equipo para evaluar y averiguar sobre las finanzas ajenas. No te preocupes, Rose. El que se acerque a ti deberá tener recursos.

Capítulo 23

Debía confiar en lo que hacía su hermano, se suponía que era por su bien, y en realidad creía que era de esa manera.

Al llegar al baile encontró a los demás miembros de la familia. Al parecer seguían un poco enloquecidos con la idea de que quizá ella volvería al jardín, pero ya había aprendido la lección. Ni loca volvería a un lugar así por su mala experiencia.

Su carnet se encontraba tan seco como el desierto. Era probable que, lady Kirby aún no hubiera distribuido el rumor de que se ahogaba en monedas de oro, y solo sus cuñados y su hermano la sacaban a bailar.

—¿Sigues preocupada por encontrar algo? —preguntó Fanny a su hermana Rose, mientras bebían una copa de vino.

—Hablas como si se tratara de encontrar una bola de lana. Es el futuro —dijo Rose.

—Lo sé. Solo que no quiero que pienses que siento lástima por ti. Encontrar palabras que no ofendan puede ser difícil.

—Estamos en familia, lo último que importa es ofendernos. Los Fane hablamos con la cruda verdad, sin tapujos como la pena o la empatía.

—A veces parece que la vida está en contra nuestra, Rose, pero todo se acomoda donde debe. Todas creímos que nuestro futuro sería oscuro, mas ahora ves que estamos felizmente casados, lo mismo ocurrirá contigo.

—A mí no me ocurren milagros. No encontraré a un duque en medio del monte, ni le caeré a un caballero desde un balcón y menos hallaré a un vampiro en una mansión oscura. Mi destino es casarme con alguien, sepa Dios con quién, pero es evidente que no será con quien yo quiera.

—¿Y con quién deseas casarte? Si me das un nombre, podríamos mover un poco la influencia familiar para un encuentro...

—No tengo en mente a nadie, el esposo correcto puede ser el que aparezca de primera mano por esa puerta.

—Qué coincidencia, lord Bentley ha aparecido por esa puerta. ¿Sabes de lo que me he enterado en conversaciones ajenas?

—No, no lo sé.

—Me han contado sin querer que ese caballero ha preguntado por ti en la velada musical, con el supuesto de que un duque estaba interesado en ti.

Los ojos de Rose se dirigieron al tal lord Bentley. ¿Sería posible que fuera cómplice del duque en su rapto o qué tenían que ver el uno con el otro? No le quedaba claro el asunto, aunque le llamaba la atención. El hombre era alto, de cabello oscuro, de nariz larga y una expresión cautelosa en el rostro. Eso no le decía mucho.

—Nunca he visto a ese caballero —confesó.

—Pues al parecer él te ha visto, por eso se interesó en ti con una excusa de interés ajeno. Que no te dé miedo ser condesa. Sé que no es lo que esperas, pero es mucho mejor que nada. Además, has visto la buena vida que llevamos Meredith y yo con nuestros esposos, son excelentes proveedores.

—No hace falta que lo digas, son muy felices... ¿Qué está haciendo Foster? —preguntó Rose al ver a su cuñado con una pequeña libreta en la mano, anotando todo como si fuera un maníaco.

—Creo que se está tomando en serio su papel de investigador. Anota los nombres de todos los caballeros del salón para investigar si tienen dinero o no.

—Entonces es él quien espanta a los candidatos. Hay que decirle que deje de hacer eso y que use su memoria, no está tan viejo para memorizar cosas.

Pese a que se distrajo un poco, Rose seguía con la pequeña espina clavada en la mente gracias a su hermana. ¿Cómo podría averiguar lo que estaba ocurriendo?

Lord Bentley había acudido a un baile con la intención de conversar con lady Anabelle Winfrey; sin embargo, la había encontrado en la selecta compañía del marqués de Herby. Era notable que ella lo aprobaba y que él no tenía mucho que hacer en aquel lugar. Estuvo averiguando por muchas horas a qué casa acudiría la joven hasta hallarla, y solo había sido para darse cuenta de que quizá Harper tuviera razón al decirle que debió acercarse antes. Un recién llegado se estaba alzando con la hija de un duque, la mujer por la cual cometió una locura en contra de su amigo y de otra persona.

Al recordar eso, la culpa comenzó a invadirlo; no obstante, no era más grande que su dolor de ver perdida a la mujer que le agradaba y todo por no tomar la iniciativa.

—Oye, ¿no te parece que alguien le respira en la nuca a cierta dama?

Bradley escuchó la voz burlona de Harper y lo observó.

—No sabía que vendrías, Harper, y más que olvidarías tus modales —reprochó.

—Estás de malhumor, lo siento. Hoy quería salir, estaba en casa y simplemente recordé que recibí una invitación. Silvester me alienta a salir por mi salud, me ha dicho que me ve desmejorado y que he adquirido un mal hábito de parecer una mancha en el sillón. Debería considerar despedirlo, pero me sirve.

—Lo de mancha en el sillón es una razón válida para sacarlo de tu vida. Tenías razón, perdí la oportunidad con milady.

—Es una pena, te lo dije. ¿Te das cuenta de que nuestra amistad es más importante que una dama? Nos esperan muchas cosas, todavía no se acabará el mundo por una... —Harper guardó silencio al ver en aquel lugar a Rose.

—¿Por una qué? —cuestionó Bradley al ver que su amigo no decía nada, pero luego miró hacia donde él lo hacía y se percató de que estaba viendo a lady Rose Fane.

En su interior, lord Bentley desconfiaba de que su amigo le dijera toda la verdad. No la miraría de esa manera si así fuera.

—Yo... olvidé lo que estaba diciendo... Mmm...

—Es hora de buscar algo que hacer aquí, es un baile y hay que bailar —musitó Bradley.

—No bailaré, me quedaré a mirar...

Harper todavía estaba sorprendido al ver a Rose. Era tan bella y elegante que no encontraba otra dama como ella. Invitarla a bailar sería una locura. No lo haría, solo la miraría hasta agotarla con su vista. Al verla otra vez se sintió revitalizado, era algo inexplicable que jamás había sentido. ¿Qué podría ser?

Lord Bentley dejó solo a Harper y dio unas vueltas por el salón. Su orgullo estaba herido y su amigo había metido el dedo en la llaga por la decepción amorosa que estaba sufriendo. Solo le quedaba intentar divertirse un poco o mejor pensar en solucionar el daño ocasionado a Harper y a lady Rose Fane. Él ya no tenía nada que perder y la hermana de lord Nottingham era adecuada para ser su esposa si lo requería. Tragó saliva y cogió impulso para poder atreverse y acercarse a la mujer que se encontraba en compañía de su familia.

Aunque nadie invitaba a Rose, se estaba divirtiendo con su familia. Todos ellos se distendían en el baile y también adoraban criticar al resto de los mortales. Era mejor que no la dejaran pensar mucho o terminaría con su mente llena de recuerdos del duque y no podría disfrutar la noche; sin embargo, apenas giró la cabeza hacia un lado, notó unos ojos grises penetrantes que la estaban mirando. Su corazón primero se detuvo, pero después parecía tener dentro una tormenta desatada. Era el duque de Alcost, mirándola con fijeza, por unos instantes ella le sostuvo la mirada, pero después prefirió desviar sus ojos.

No se sentía bien. Tenía palpitaciones, sudaba frío y temblaba. Todas esas sensaciones extrañas las causaba su presencia. ¿Sería posible que siempre se vieran en todos los acontecimientos? Esto comenzaba a ser una tortura, no podría escoger esposo después de verlo. No quería creer lo que durante días estuvo esquivando. No deseaba darse cuenta de algo terrible; sin saberlo, le había entregado su corazón a un hombre al que no le importaba, que la rechazaba y que no la quería.

Agitó su abanico para tratar de recuperar la compostura con un poco de aire o se desmayaría.

—Milady...

Para sorpresa de Rose, lord Bentley se había acercado a ella. El asombro no era un atributo único en la dama, sino también en la familia. Lord Earl había sacado su libreta para anotar el nombre sin dilación, mientras que Spencer se acercaba a su hermana abriéndose paso entre sus parientes.

—Buenas noches... —Pudo articular la joven que todavía seguía asombrada al ver al duque y, en ese instante, a lord Bentley.

—¿Con quién tengo el gusto? —increpó Spencer que se colocó junto a Rose.

—Disculpe que no me presentara, milord. Soy el conde de Bentley —respondió Bradley—. Mi intención es pedirle un baile a la dama.

Rose no sabía si estar feliz o triste. El conde de Bentley era el primer caballero en acercarse a ella en la noche, suponía que el duque de Alcost ni siquiera se acercaría, era lo acordado, lo esperado.

—Rose... —pronunció su hermano para saber si ella aceptaría.

—Estaré encantada de bailar con milord —replicó para tranquilizar a su hermano y a la familia. Ellos estaban expectantes a lo que pasara con su vida.

—Que ponga su nombre en tu carnet —ordenó lord Nottingham.

La joven asintió y Bradley agradeció con un gesto de la cabeza.

Un poco alejado de la escena, aunque mirándolo todo con ojo crítico, Harper quería saber qué demonios pensaba su amigo para acercarse a Rose. No comprendía la razón por la que ella había sido su primera opción. No se acercaba con frecuencia a las damas, pero esta vez casi se había arrojado a los brazos de Rose, y ella se veía sonriente, eso le molestaba mucho. No tenía razones para enfadarse, pero así se encontraba. La había pensado por días, la veía frente a él, habían cruzado sus miradas, mas no podía hacer otra cosa.

Algo que sí estaba a su alcance era apartar a su amigo de Rose, aquel no podía tener un

interés real en ella. Estaba enfadado por no haber tomado a su querida dama con la seriedad que ameritaba la situación.

Mientras él seguía evaluando sus sentimientos, vio a Bradley con Rose, ellos se habían acercado al centro del salón junto a los demás danzantes para iniciar el baile. A cada paso que daban, más molesto se sentía y más al ver que comenzaban a conversar.

—No lo había visto antes, milord... —comentó Rose para empezar una conversación. El caballero no era alguien de muchas palabras al parecer, aunque bailaba bien.

—Por lo general me encuentro con mis amistades y no bailo con frecuencia —confesó Bradley.

—¿Usted sabe quién soy?

—Sí, lo supe tiempo atrás.

—Ajá. En el concierto en el que me secuestraron...

Al terminar de decir esa frase, Rose percibió el perfume que desprendía el conde de Bentley. Ese aroma estaba guardado en su mente desde el día de su desaparición. Con eso, ella comenzó a hilar el asunto con astucia.

—Tal vez —agregó lord Bentley.

—¿Y sus amistades? ¿Quiénes son?

—Lord Walton y el duque de Alcost. Los tres somos solteros. En ocasiones, nos ponemos de acuerdo para acudir a una velada. Esta vez fue la excepción, coincidí con el duque.

Ella asintió y sonrió al conde. Todo coincidía con que ese caballero era el perpetrador. La tela con la que le taparon la cara tenía ese mismo aroma y, coincidentemente, su amigo era el hombre que le mantuvo cautiva por días en su casa. Todo cobraba sentido, pero ¿por qué ella y no otra? La escogieron para destruir su vida.

No podía quedarse callada ante lo que había descubierto esa noche. Tenía un margen

mínimo de equivocación al decir que lord Bentley estaba más que involucrado en su rapto. Debía encararlo en ese mismo salón. No se expondría a salir a la calle, aunque no podría increparlo como deseaba entre tantas personas, era tiempo de idear otra cosa, una artimaña.

—Lord Bentley, ¿usted gusta de los paseos o de una grata compañía en un jardín durante el día? —preguntó la joven.

—La grata compañía siempre es bienvenida.

—Entonces no le importará visitarme para que conversemos mejor. Un baile no es suficiente para conocer a una persona. No crea que soy atrevida o una dama desesperada, es la simple simpatía que me provoca.

Capítulo 24

—Por supuesto, milady.

A lord Bentley no le quedó más remedio que aceptar la propuesta de la joven. Él no tenía la suficiente valentía para rechazar los acercamientos de una dama desesperada. Sabía a la perfección que ella estaba en esa condición gracias a su locura que, al final, no le había servido para nada. De hecho, no debía negarse a nada de lo que la joven solicitara. ¿Con qué cara podría hacerlo? Era responsable de que estuviera en desgracia.

Al haber conseguido su objetivo, ella comenzaría sus maquinaciones para conseguir información de todo. Sabía que era mejor dejar el asunto en paz, pero necesitaba hallar culpables a su desgracia, además, podría reprochar lo ocurrido por más que no consiguiera nada, al menos el mal sabor de boca se lo quitaría.

Cuando acabaron el baile, los dos fueron caminando hasta donde se encontraban los parientes de Rose, que los miraban como águilas y más porque suponía que Fanny había contado lo que sabía del conde de Bentley y podría dar lugar a especulaciones de un supuesto interés de su parte, tal vez a eso se debía la cantidad de ojos que los observaban con interés.

—No olvide decirle a mi hermano sobre la visita —insistió Rose para que se comprometiera.

—No se preocupe, milady.

—¿Ha sido divertido, Rose? —preguntó Spencer a su hermana.

—Sí, la compañía de milord es muy grata —respondió.

—Lord Nottingham, quisiera pedirle permiso para que me deje visitar mañana a su hermana. Hemos concluido que un baile no es suficiente para conocerse mejor —alegó lord Bentley.

—Me parece estupendo, lo esperamos mañana, milord —dijo lord Nottingham.

—Hasta mañana entonces... —declaró en forma de despedida. También hizo una reverencia a los parientes de la joven y a ella.

Rose correspondió con una venia y lo vio irse.

—Faltó poco para que Spencer se arrojara a los brazos de lord Bentley y lo llenara de besos —habló el duque de Salisbury para burlarse de su cuñado.

—Todavía no puedo darme por servido, Foster debe calmar mis dudas.

—Considero que lo importante es casarse, el dinero es lo de menos —intervino Rose, sarcástica—. No puedo aspirar a mucho, así que les pido que no espanten a los pocos valientes que puedan acercarse a mí.

—Por supuesto que el dinero es importante. No saldrás de tu casa donde vives como una reina para irte a ser una esclava o a vivir como una miserable —espetó su hermano—. Entre todos esos pobres valientes deben existir adinerados y es a aquellos a los que apuntamos.

—Yo apunto a no sentirme mal por hundir el nombre de la familia. Un esposo es un esposo.

Al decir eso último, ella giró su cabeza hacia otro lugar. No discutiría nada. Creyó que haciendo eso las cosas mejorarían; sin embargo, de nuevo ahí estaba la mirada del duque, que parecía enfadado, no como cuando lo vio al inicio. ¿Podía ser posible que estuviera molesto porque bailó con su amigo? No. Pensar en que los celos eran posibles solo la ilusionaba con algo que no pasaría.

Los ojos de Harper estaban encendidos por la furia. Una fuerza rabiosa corría por sus venas como una violenta correntada. Ni siquiera había pensado en lo mucho que le afectaría ver a Rose y más con otro. Sabía que no había nada entre ellos, pero no podía evitar esos sentimientos tan nefastos.

—¿Estás seguro de que no bailarás? —inquirió Bradley que había regresado junto a su amigo con dos copas de brandi.

Harper no pudo evitar observarlo con molestia. Cogió la copa que Bradley le ofrecía y

siguió enfrascado en su estilo de prepotencia y amargura.

—No. Bradley... ¿Lo haces a propósito?

—¿Qué se supone que estoy haciendo?

—Lo entiendes, lo sabes —acusó agitado.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Tú eres consciente de quién es la joven que estaba en mi baúl...

En ese instante se abrió la mente de Bradley y descubrió lo que su amigo quería que entendiera.

—Supuse que preferías que hiciera como que ese evento nunca ocurrió. Invitarla ha nacido de mí por molestia, pero no hacia ti, pero sí hacia mí por darme cuenta de que no tengo oportunidades.

—Pues lady Rose Fane tampoco debería ser una opción.

—¿Por qué no? Tú das fe de su honorabilidad. Sé que para cualquiera su reputación puede estar mal, pero no para nosotros tres. De hecho, ella me ha invitado a su casa mañana.

Una palidez digna de un cadáver se apoderó de Harper. No podía creerlo.

—No digas mentiras, milady no haría eso —reprendió a su amigo.

—Me ha dicho que le simpatizo mucho y que un baile no es suficiente para conocernos mejor, así que, conversé con lord Nottingham y sabe que iré mañana.

—Lo que quiere es enredarte, conseguir un marido de manera fácil... ¿Estás ciego o qué?

—No, no estoy ciego. No estoy ajeno al compromiso como tú, aunque no me implicará el sentimiento, sino más bien la necesidad de cumplir con lo que se requiere para mi título, un matrimonio por conveniencia. Una de las matronas me habló muy bien de ella antes de su

desaparición.

—¿Crees que alguien se equivocó de carruaje y la metió en el mío? Tal vez un caballero con mucha codicia.

—Es probable, Harper. Es una gran candidata a esposa, pero no tanto como lady Anabelle Winfrey.

Él no quería que su amigo se interesara en Rose, no podría verlos juntos jamás. Se moriría antes de permitir esa aberración. ¿Por qué no lo permitiría? Era a lo que Harper la había empujado a buscar un esposo. El conde de Bentley no era mal partido, pero no quería que ni siquiera la cortejara. ¿Y si Bradley la besaba de la misma manera en la que él lo había hecho? Imaginarlo le producía repulsión. Se sentía dueño de Rose por más que no lo fuera. Había tenido la oportunidad perfecta de convertirla en su duquesa, mas la había rechazado de todas las formas posibles en las que una dama no debía ser rechazada. ¿Qué haría para resolver su dilema?

El duque de Alcost solo quería que la noche llegara a su fin. Ver a Rose comenzaba a ser como un suplicio, pues todavía se negaba a aceptar acercarse a ella por las especulaciones que sabía que corrían sobre él y la joven a causa de la desaparición de la misma. Lo mejor era mantenerse lo más lejos posible para que esas habladurías cesaran, lo que significaba que debía soportar estar ahí. Era una carga pesada.

Al final terminó rindiéndose ante su propia presión y se retiró de la velada. Su vida, como la conoció antes de Rose, no estaba regresando de la manera en la que él creyó que regresaría. Durante el trayecto en su carruaje, no había dejado de dar vueltas en su cabeza la imagen de Bradley y de la joven sentados muy cerca el uno del otro, con aquel cogiendo la mano de ella para llevársela a los labios como todo un romántico. No dudaba que Rose cayera en las garras de lord Bentley, ya que estaba desesperada. ¿Por qué no podía simplemente olvidar todo y seguir adelante? ¿Y si lady Rose Fane lo hubiera hechizado?

—¿Se le ofrece algo, excelencia? —preguntó Silvester que interrumpió al duque en sus cavilaciones mientras entraba a su casa.

—Sí, quiero respuestas —replicó pasando junto a su sirviente para seguir su camino hacia la segunda planta de la casa.

—Pregunte lo que quiera y si está a mi alcance le responderé —dijo su criado yendo detrás de él.

—Dime, Silvester, ¿por qué no puedo olvidar a lady Rose Fane? Es una criatura caprichosa, grosera e insufrible.

—Lo que le diré no le va a gustar. Solo le diré si lo aprueba.

—Ahora necesito respuestas que sean o no de mi agrado.

Él y su sirviente entraron a la habitación y Harper tiró su cuerpo la cama para que Silvester le quitara las botas.

—Entonces le digo lo que ya le he repetido muchas veces, aunque no con estas palabras. Excelencia, usted está enamorado de lady Rose Fane y no quiere admitirlo. Es orgulloso porque las cosas no se han dado como usted esperaba, pero el corazón no escoge de quién enamorarse. Considero que hemos descubierto que tiene corazón.

—Me niego, me niego a tal cosa. Es absurdo. Estoy... encaprichado, enfadado o no sé con exactitud lo que pasa. Solo odio verla con otro, desprecio estar lejos y la pienso todos los días...

—Todos son síntomas muy graves de una enfermedad, excelencia. Lo compadezco por este padecimiento.

—¿De qué enfermedad me estás hablando?

—Del amor. En la clase alta no se escucha mucho sobre eso, porque no se dejan llevar por lo inapropiado que puede ser una persona a la cual se le otorgan los sentimientos. Los de su clase prefieren sufrir junto a alguien de su mismo estatus pudiendo pasar años sin sentir amor, deseo o la sola tolerancia. Es la razón por la que los matrimonios entre los aristócratas no es algo agradable.

Harper quedó en silencio ante lo que Silvester le decía. ¿Sería posible hablar de amor con lady Rose Fane?

—¿Cómo saber si estoy enfermo de eso en realidad y cómo puedo curarme?

—Considero que la cura es aceptar lo que pasa e ir a casa de lord Nottingham, conversar con él y pedir la mano de su hermana antes de que otro lo haga.

—¿Crees que ese otro pueda ser Bradley?

—Puede ser cualquiera y le aseguro que lo que menos le agradará será que ella se case con uno de sus amigos.

—Es horrible siquiera considerar esa aberración. Milady tiene demasiado carácter para alguien tan débil como Bentley o Walton. Los haría puré en una sola conversación. Lo peor es que Bradley la visitará mañana. No quiero que lo haga, intenté persuadirlo...

—Tenga cuidado con lord Bentley, es un arma de doble filo. Lamentará que él se case con ella por su ineptitud e indecisión. Milord es más astuto al conseguir una esposa de forma fácil. ¿No es más sencillo aprovecharse de la desgracia de una dama que conquistar a la hija de un duque? Las aves de rapiña tienen más sentimientos que él.

—No sigas envenenando mis pensamientos o terminaré cometiendo una locura.

—No sé qué locura podría ser. ¿Matará a su amigo o hablará con lord Nottingham?

—No puedo hablar con lord Nottingham. Yo rechacé a milady y no puedo ir ahí y decirle a su hermano que quiero casarme con ella.

—Entonces deje las cosas como están si le da vergüenza hacerlo. Esperemos que su amigo pase de largo del asunto de milady y la deje en paz.

—Tengo un mal presentimiento con Bradley. Puedes llamarle como gustes, pero algo no anda bien. Hoy se ha resignado a que ha perdido su oportunidad con alguien con quien no ha cruzado más de una frase de cortesía. Eso podría darme esperanza, pero como tú dices, él quizá quiera aprovecharse de la necesidad de milady. Ella no puede rechazar a nadie. El primer pez que caiga en la red será cazado, no importa si es pequeño o grande, no está en condiciones de dejarlo ir.

—Entonces no espere muchas cosas buenas si sabe lo que ocurre. Le quedan pocas opciones

y tiempo. Le dije que era un error dejar ir a esa joven. Ahora lo está sufriendo.

—Todavía tengo la esperanza de que esto solo sea un momento de debilidad y que pronto la olvide. Ha pasado poco tiempo...

—Es muy insistente con eso. Por pensar así, menos saldrá de su mente. —Silvester comenzó a quitarle las prendas, mientras que el duque guardaba silencio, se le habían acabado las quejas.

Su silencio no era más que un torbellino de ideas y escenarios posibles respecto a Rose. Si Silvester tenía razón, a él no le quedaba más remedio que aceptarlo y tomar decisiones de acuerdo a eso. Le costaba resignarse a creer que Rose no había querido obligarlo a un matrimonio metiéndose en su carruaje con ayuda de un secuaz. Su actuación de dama desesperada era excelente, mientras que él se hundía en la preocupación de no poder interpretar sus propios sentimientos. Lo único que entendía era que estaba en manos de ella.

Capítulo 25

Haber visto al duque de Alcost la noche anterior, no hizo más que remover sus recuerdos, esos que debía hacer a un lado para continuar con su vida.

Se sentía asfixiada al no poder conversar con nadie sobre lo que le había ocurrido. No tenía forma de despejar sus dudas o que alguien la zarandeara para obligarla a olvidar a Harper. Él no merecía ser recordado, puesto que la había rechazado, aunque eso no le impedía estar desenfocada de sus objetivos. No podía concentrarse en un caballero, de hecho, ningún hombre ajeno a su familia se había acercado a ella con intenciones distintas a la amistad. El plan del duque para que ella recuperara su reputación era lento para no decir que no estaba dando resultados. Si eso continuaba, tendría que cantar como un pajarito lo que había ocurrido y él tendría que responder por sus actos. Por tonta, había aceptado semejante trato inconveniente.

Con la visita de lord Bentley podría averiguar cómo la habían llevado y la razón. El aroma del hombre y que estuviera averiguando sobre ella por interés del duque, lo señalaba como el culpable o al menos uno de los culpables. Lo presionaría hasta que dijera la verdad de las cosas.

Después del desayuno en compañía de su hermano, sobrino y cuñada, Rose había cogido un libro de la biblioteca y fue hasta el jardín para intentar leer y despejar su mente.

Todas las actividades que planeaba realizar para mantener su cabeza ocupada no funcionaban, pues Harper ocupaba cada espacio de soledad. No podía estar sola, ni pensar en algo diferente. La compañía de su familia hacía parte del trabajo de no dejarla pensar en nada. Con ellos se trataba de vivir al límite.

—Disculpe, milady. Ha venido una visita para usted —avisó Helen, sonriente. Ella estaba más emocionada que Rose.

—Sí, lo sé. Estoy esperando a lord Bentley —respondió con poco entusiasmo.

—Es un caballero atractivo, aunque poco dado a las conversaciones con su hermana.

—Déjalo sufrir un poco. Si Eugenia no lo espanta, al menos le dará una idea del antecedente

familiar.

En el salón, Eugenia observaba con interés al caballero que aguardaba de pie. Aquel no era muy comunicativo y a ella no le agradaba ese tipo de personas.

—Fracasará como pretendiente si no habla, milord —advirtió Eugenia con suficiencia.

—Disculpe, milady. No estoy acostumbrado a hablar demasiado —respondió Bradley, incómodo, ante la escrutadora mirada de la joven.

—Entonces no encajará en esta familia, no dejamos de hablar.

—Es probable que me acostumbre sin inconveniente alguno.

—Disculpen, milord, lady Rose Fane la espera en el jardín.

—Gracias...

—¿En serio sabe dónde se está metiendo? Ella ha sido raptada —advirtió la menor de las Fane.

—Lo sé. Con permiso...

El conde de Bentley fue hacia donde la doncella lo guiaba, dejando sola a Eugenia que, no se sentía convencida de que ese hombre fuera alguien conveniente para Rose. Por más que los conflictos por celos eran un asunto casi eterno, no quería que ella fuera mal casada.

En el jardín, Rose había dejado a un lado su libro para recibir al conde. Después miró hacia la ventana de la biblioteca y distinguió la figura de su hermano. Se hallaba ahí, vigilante.

—Buen día, milady —saludó lord Bentley, que hizo una inclinación de cabeza para saludarla.

—Milord... —correspondió con una reverencia—. Puedes retirarte, Helen. Mi hermano se encarga.

—Sí, milady.

La doncella se retiró y ella le enseñó un asiento al conde para que la acompañara.

—¿Cómo se encuentra en este maravilloso día, milord?

—Encantado al verla.

—Lord Bentley, quisiera conversar con usted sin rodeos. La razón por la que le pedí que me visitara no ha sido algo fortuito, sino más bien se deben a razones de peso para mí.

—La escucharé en lo que tenga que decir. —Bradley no imaginaba lo que la joven estaba a punto de decirle.

—El día que desaparecí percibí un aroma que volví a oler anoche, cuando usted y yo bailábamos.

—¿A qué viene eso, milady? —preguntó confundido.

—También me enteré de que usted estuvo preguntando por mí en nombre del duque de Alcost esa misma noche.

Bradley desvió su rostro para evitar mirar a la joven.

—¿Tiene algo que decir al respecto? —increpó Rose esperando una respuesta.

—No, espero que usted me guíe a la conclusión.

—Usted es amigo del duque. Le pido que confiese si ha sido usted parte de su plan para retenerme en contra de mi voluntad en una propiedad lejana. No mienta, que tengo esas dos cosas que lo inculpan. ¿Ha sido cómplice de la destrucción de mi futuro y de mi reputación?

Él estaba contra la espada y la pared. ¿Qué podría hacer para salir de ese embrollo?

—Estoy esperando una respuesta. Haré que el duque responda por sus actos si no puedo casarme por mi cuenta —alegó la joven para presionar a lord Bentley, que se levantó de donde

estaba y se alejó un poco de Rose.

—Mi amigo no es culpable de eso. El único culpable de todo soy yo —confesó—. Obligué a lord Walton a que la cogiera de las piernas para llevarla al baúl de Harper, pero no por pedido suyo, fue porque yo estaba cegado por la ira y los celos. Él se había acercado a una dama de mi interés pese a la advertencia de que no lo hiciera. Era un pacto de caballeros que utilizó como pañuelo, entonces enloquecí e hice todo esto, pero con buena intención.

Rose tenía la mandíbula en el suelo. No podía creer lo que escuchaba.

—¿Cuál buena intención? ¡Ha destruido mi vida! —acusó al tiempo que se recuperaba de la sorpresa.

—Mi intención era que él se casara con usted, por eso la colocamos ahí. Necesitaba sacarlo del camino y él la vio, deseó saber quién era usted y eso fue suficiente para mí. En ese mismo instante la consideré la esposa ideal para un duque. La atracción fue inmediata por su parte. Aprecio mucho a Harper.

—Con amigos como usted no hacen falta enemigos. No alcanza a comprender el daño que ha hecho.

—Las cosas no debieron salir así —dijo Bradley, arrepentido.

—Por supuesto que no. Todo este tiempo pensé que había sido el duque quien lo había fraguado todo.

Esas palabras de Rose sonaban más a desilusión que a un reclamo. Ella había querido exigirle al duque que respondiera por lo que se suponía había hecho; sin embargo, todo lo que creyó durante esos días, era una mentira, el hombre que deseaba como esposo era inocente, por ende, no podía acusarlo. El único responsable de la situación era el caballero que estaba frente a ella intentando justificar sus penosas acciones.

—Sé que su situación no es cómoda y es por eso que acepté venir. Debo confesar que he considerado enmendar mi error con usted en vista de que Harper no la ha tocado y tanto usted como yo estamos solteros y sin compromiso. Le pido que considere un matrimonio entre nosotros.

A Rose se le fue el aliento. ¿Casarse con el amigo del duque de Alcost? ¿Qué más opciones tenía aparte de contraer nupcias por obligación? Mientras más miraba al conde, menos convencida se sentía, mas no existía otro camino que tomar. El problema no era que el aristócrata que estaba frente a ella fuera o no guapo, el gran inconveniente era que su corazón le pertenecía al duque y en ese instante estaba muy decepcionada de que no fuera él, el artífice de su secuestro. Harper la había rechazado y tenía razón, no quedaba más remedio, por su bien y el de su familia, debía casarse.

—Es su obligación solucionar este problema. Usted no sabe que ha afectado la reputación de mi familia, además de la salud de mi hermano, casi lo mata con esta absurda venganza.

—Lamento que las cosas salieran de esta manera. Al menos hay una solución. Soy un buen hombre, pese a que hice mal en comportarme como un demente con Harper.

—¿Él lo sabe?

—Si lo supiera me mataría, milady, aunque eso sería mejor en lugar de que me retirara su amistad.

—Ahora resulta que le importa su amistad. ¿Cuándo hablará con mi hermano? No saldrá de esta casa sin que se haga cargo. No hace falta que diga lo que me ha contado. Él cree que un rufián de poca monta fue quien me secuestró. Usted solo irá y pedirá mi mano o hará un compromiso. Debo asegurar el futuro de mi hermana y el mío —agregó Rose con frialdad.

A Bradley le sorprendía que una mujer tan bella tuviera el temperamento de un tirano dentro. No podía creer que un cuerpo tan pequeño albergara tanto deseo de poder.

—Por supuesto, milady —accedió—. ¿Podría llevarme hasta su despacho?

—Sígame...

Estaba cometiendo una locura, una de las peores, pero era lo único que quedaba. No rechazaría una oferta. No tenía certeza de que le llegaría algo mejor que un conde. En ese momento estaba priorizando la reputación de la familia y no su felicidad. Ella supo a la perfección que esa noche que la secuestraron, le arrebataron la capacidad de escoger un esposo.

Estaba destinada a aceptar lo que viniera.

Durante su cautiverio había tenido sus días malos y sus momentos maravillosos en compañía del duque. En el fondo tenía la esperanza de acusarlo para que fueran esposos, pero con lo que descubrió, no podía ser injusta y obligarlo a algo que él claramente no deseaba. No había tenido la fortuna de que lady Kirby descubriera lo que había ocurrido entre ella y el duque.

Cuando Rose llegó frente a la puerta de su hermano, supo que una vez que diera ese paso, no podría arrepentirse. Golpeó la madera y esperó a que Spencer autorizara su entrada. Al escuchar que le concedía el paso, ella separó la abertura y entró, detrás de ella lo hizo el conde.

—Spencer, lord Bentley quiere hablar contigo —comunicó dándole prisa al mal paso antes de arrepentirse y vivir en la miseria y la culpa para siempre.

Spencer miró a lord Bentley y supuso que no era algo agradable lo que el hombre le diría.

—Puedes dejarnos solos, Rose —pidió Spencer.

Ella asintió y se retiró cerrando con lentitud la puerta, para después recostarse en ella y sentir como su destino se perdía para siempre. Dejó el lugar para ir al salón. Arrojó su cuerpo al sillón y miró al techo para perderse en algo que le hiciera fijar la mirada.

—Cometerás un error garrafal. No encaja en la familia —advirtió Eugenia que interrumpió la visibilidad de su hermana colocando su rostro para que dejara de mirar al techo.

—Otra vez oyendo detrás de las plantas...

—¿Y qué otra diversión tengo? Lo he descubierto todo. No lamento que te quedes sin tu duque, ya era hora de que perdieras.

—Lo tienes todo, Eugenia, ¿por qué te ensañas conmigo?

—No lo sé, tal vez solo te detesto demasiado.

—Sí me caso con este hombre es por nuestro bien. Me sentiré culpable si destruyo tu futuro.

—No hace falta que finjas que haces este sacrificio por mí, no me uses de excusa. Si conversas con Spencer podrán hallar otro camino. Él odia a este conde. No será capaz de encajar aquí y de hacerte feliz. No es que me importes tú, me importa Spencer.

—Error o no, no voy a cambiar mi decisión. Recuerda que un esposo es un esposo por más que tenga defectos. Eso es suficiente consuelo para cualquiera.

—Ya es tu problema si prefieres ser la única infeliz de la familia. Adiós.

Eugenia se fue saltando como una liebre hacia el jardín.

Por más que le dejara mucha cizaña en su corazón, Rose sabía que no había nada más que pudiera hacer más que resignarse a lo que la vida había decretado para ella. Lo más saludable era aceptar el destino que le habían impuesto. El tiempo no podía regresar al día en que desapareció, lo único que quedaba era la resignación que la llevaría a conseguir el objetivo de cualquier dama, que era contraer matrimonio. El destino de una mujer solo tenía dos caminos; casarse o morir sola.

Capítulo 26

En el despacho de Spencer, tenía frente a él a alguien que estaba callado, mirándolo como si alguien le hubiera comido la lengua.

—¿Qué lo trae por aquí, lord Bentley? Supongo que no reclamará la situación de mi hermana, pues es de conocimiento público lo que le ha ocurrido. Si usted vino hasta mi casa fue a su propio riesgo.

—Lo sé perfectamente, milord. Solo que lo que le diré tal vez le sorprenda. Milady me ha dicho que no confiese nada, pero mi conciencia nunca estará en paz si no hablo.

—¿Por qué creo que lo detestará mucho?

—Porque hay razones de peso. Fui yo quien raptó a su hermana, milord.

Spencer cerró los ojos para evitar arrojarse sobre la humanidad de ese hombre y matarlo ahí mismo.

Bradley tragó saliva al ver cómo lord Nottingham exhalaba el aire como si estuviera furioso. No era para menos. Se estaba metiendo hasta el fondo en el problema que él mismo había causado.

—Lo suponía, lo sabía. Lo más simple del mundo era darse cuenta de que un pelagatos pensó en esto. ¿Qué quiere? ¿Más dinero? ¿La dote?

—No, milord. Quiero casarme con su hermana si usted lo permite para limpiar lo que hice en un momento de locura. Sé las consecuencias que ha acarreado este asunto para ella y para su familia.

Lord Nottingham estaba contra la espada y la pared, ya que se encontraban en una situación delicada. No quería casar a Rose con ese hombre, pero no tenía opciones, no había otro candidato en puerta, por lo que sería imposible que su hermana pudiera casarse por amor.

—Lo pensaré. Usted deberá traer documentos que avalen su dinero, sus tierras y su vida. No crea que porque secuestró a mi hermana iré corriendo a sus brazos para darle mi bendición. Tal vez se case con ella, pero no verá una guinea ni una propiedad de la dote de Rose —farfulló Spencer, enfadado.

—Por supuesto. Estaré aquí cuando consiga esos documentos.

—Uno de mis lacayos irá con usted. No saldrá de Londres sin que yo lo sepa, y hasta que se resuelva mi pedido le prohíbo acercarse a Rose. Tiene solo tres días antes de que decida retarlo a un duelo por el honor de mi hermana y el buen nombre de mi familia.

—Milord, no hace falta que lleguemos a esos extremos... estoy aquí para responsabilizarme por todo lo que he hecho de manera incorrecta.

—Le diré una cosa. Le ha arrebatado a mi hermana la capacidad para escoger a la persona con la que pasará el resto de su vida. No creo que ella lo escogiera a usted o que quedaran de acuerdo para fugarse, si así fuera estaría feliz, pero este fue un acto egoísta por su parte.

—Soy consciente de ello. No considero que debamos llegar a las balas si he dejado claro que me responsabilizo por mis actos. Le doy mi palabra.

—La palabra de un delincuente no me sirve. Si llegara a integrar esta familia no será por gusto, tampoco espere cordialidad u hospitalidad de nuestra parte. Retírese, en tres días lo quiero aquí de nuevo.

El conde de Nottingham agitó la campanilla que tenía sobre su escritorio. Después de un rato se presentó el ayuda de cámara.

—Milord, ¿se le ofrece algo? —indagó el sirviente.

—Sí. Acompaña al caballero hasta la salida y que un lacayo vaya con él a su casa por tres días.

—Sí, milord. Primero iré a avisarle al sirviente que irá con el caballero para que esté listo.

Lord Bentley se levantó de la silla para esperar que el sirviente regresara. Lord Nottingham

estaba a punto de estamparle la bota en la espalda si no desaparecía de su vista. ¿En qué lío se había metido por todo lo que había hecho? Una vez que salió de la casa se sintió aliviado, aunque pronto debía regresar de nuevo.

Después de que la visita se fuera, Spencer fue escaleras arriba dirigiéndose a la habitación de Rose. Ahí ni siquiera golpeó la puerta, solo abrió y entró.

—¿Cómo es eso de que él fue quien te raptó? —increpó Spencer empujando al gato Clauss a quien Rose acariciaba.

Rose miró a su hermano, suspiró y se sentó en la cama para responder.

—También acabo de saberlo —confesó—. Le dije que no hablara de eso porque no te caería bien.

—Lo detesto como nunca antes detesté a alguien.

—Es detestable, pero no hay otra opción.

—Por supuesto que hay otras opciones. Puedo retarlo a un duelo.

—Eso es muy noble de tu parte, Spencer, aunque demasiado estúpido. No merece la pena que salgas herido o muerto por alguien que no vale nada.

—Pero te llevará a ti que eres muy valiosa. Todas mis hermanas son tesoros. No puedo pensar en que ese hombre funesto tendrá a una joya como tú.

—No pienses así. Mejor considera que Eugenia podrá casarse, y que cumplirás el largo cometido de tu vida, o, mejor dicho, la labor que heredaste. Hubiera sido mejor solo dinero y un título, cinco hermanas es como heredar deudas —dijo Rose sonriendo.

—No importa todo lo que me hagan sufrir, tal vez no las cambiaría. Ya no recuerdo mi vida sin ustedes. Cuando todas se vayan, esta casa se quedará en silencio. Solo se llenará en escasas ocasiones o en nuestros cumpleaños, ya no seremos solo nosotros. De hecho, desde que Kitty se casó ya nada es lo mismo, aunque la selección de cuñados no ha sido mala. Son personas que las dejan ser ustedes mismas.

—Espero que lord Bentley sea de esa manera y me deje ser yo misma.

—Ese hombre carece de temperamento. Lo arrollarás como una diligencia. Es un bufón escuálido y blandengue, ni siquiera sé si merece gastar el aire que respiramos.

—No seas cruel. No todas las personas son tan perfectas como los caballeros de esta familia, algunos son imperfectos. No todo podía ser tan bueno por tantos años. Espero que los demás puedan acostumbrarse a lord Bentley.

—Tú me preocupas más, pues tendrás que tolerar a alguien de su calibre.

El duque de Alcost no dejaba de pensar en Rose. Casi estaba resignado a que pisotearía sus palabras. Por temor a hacerlo y correr desesperado a humillarse, prefirió encerrarse en su casa y no salir a un par de veladas; sin embargo, eso no lo había ayudado a estar más tranquilo. Además, el hecho de que su amigo visitara a Rose, lo mantenía en vilo. Que Bradley le hubiera hablado de matrimonio por el simple hecho de creer perdida a lady Anabelle Winfrey, le preocupaba de sobremanera. Su paz y tranquilidad había desaparecido para siempre.

—Excelencia, ¿usted saldrá esta noche? Si es así, le prepararé sus prendas —dijo Silvester que lo había interrumpido mientras él miraba unos documentos con su monóculo.

—¿En verdad insistes en arrojarme a una fiesta?

—¿Prefiere que la noticia de un compromiso llegue a usted por un periódico o una invitación? Se arrepentirá toda la vida de no oír a su corazón.

—Pero ¿cómo sabré a dónde irá?

—No se preocupe, esa información la he conseguido yo. También he sabido un par de cosas que a usted no le gustarán.

—¿Quién es tu fuente?

—Una doncella muy cotilla de esa casa. La escuché hablando con unas damas que parecían muy interesadas en la familia Fane.

—Al igual que tú.

—No tengo la culpa de que yo no busque la información y que ella me busque. Lo llamaré buena fortuna.

—Su nombre real es oportunismo.

—Eso no importa. Lady Rose Fane estará en compañía de su hermano y de la amplia familia en el baile en casa del marqués de Lorne.

—Está bien. Iré a ese lugar, conozco al marqués de Lorne.

Harper se había rendido con facilidad a la idea de ver a Rose, aunque parte de eso era un complot de su sirviente que, según él, consideraba que aquel estaba enamorado de la idea de que lady Rose debía ser la duquesa solo por alojarse en la mente de su patrón. También quizá porque siempre lo veía pensativo, y en cualquier conversación terminaban hablando de ella.

A medida que pasaban las horas, la ansiedad comenzaba a apoderarse del duque. Él no veía la hora de que el sol se ocultara y la luna estuviera en su máximo esplendor para ir a ese baile.

Había descubierto que la solución a sus problemas no era encerrarse entre cuatro paredes, era enfrentarse a lo que le estaba haciendo padecer. Rose le había robado la paz. ¿Podría ser el matrimonio la única salida para alcanzar la tranquilidad que buscaba?

Cuando llegó la hora de partir rumbo a la velada, a Harper se le dibujó una sonrisa en la cara y comenzó a sentirse mucho más ansioso que antes, quizá su sonrisa se debiera a su locura por verla.

Una vez en el baile, comenzó la búsqueda de la joven. El salón era inmenso y le resultaba difícil encontrarla a simple vista. Además, mientras más caminaba, se encontraba con amistades que lo retenían y hacían conversaciones. Hizo gala de su educación para no caer en la locura.

La había buscado en vano, pues ella recién estaba llegando al lugar. Cada vez que la veía le

parecía aún más bella, o quizá ya fuera el síntoma de la extrema demencia.

Inhaló y exhaló antes de despedirse de la persona con la que conversaba e ir a abordar a la joven. Ella todavía no se había percatado de su presencia.

Rose no tenía muchas expectativas esa noche. Pronto sería una mujer comprometida y no había mucho que se pudiera hacer. En esos días no había dejado de estar triste, porque estaba decepcionada. No podría exigirle al duque que se casara con ella. Si era una mujer deshonesto lo haría, pero ella no podía hacerle mal a un inocente por más que eso supusiera felicidad para Rose. ¿Cómo sería feliz haciendo infeliz a otro? No tenía sentido, por más que sabía que lord Bentley tampoco sería feliz y ella mucho menos.

Apenas estuvo parada en el lugar unos instantes y se sorprendió al ver que el duque de Alcost se acercaba a ella. Sus ojos no creían lo que veían. Sus oraciones para volver a verlo habían sido escuchadas. No sabía ni siquiera con qué motivo deseaba verlo; sin embargo, era lo que más quería. La idea de odiarlo por rechazarla se había desvanecido, pues entendió que él siempre tuvo la razón al negarse.

—Buenas noches... —saludó Harper con firmeza, llamando la atención de Rose y de su familia. Muchos ojos lo miraban con desconfianza y sabía la razón.

—Buenas noches —replicó Rose con una inclinación.

—Buenas noches —correspondió Spencer al ver al extraño caballero que se había acercado a ellos.

—Quería solicitarle un baile a la dama. Soy Harper Rottenberg, duque de Alcost.

El cuchicheo de la familia no se hizo esperar. Todos sabían lo que había dicho lady Kirby como supuesto.

Spencer hizo un gesto con la mano izquierda para que los murmullos terminaran y él pudiera responder.

—Ella es mi hermana, lady Rose Fane, si ella está de acuerdo podrán bailar una pieza, la primera —indicó lord Nottingham—. ¿Rose?

—Sí, bailaré con su excelencia —le dijo a su hermano.

—Complete el carnet y vuelva para la primera pieza —indicó Spencer a Harper.

—Por supuesto, milord.

Cuando lord Nottingham dejó de observarlos, Harper cogió el carnet para poner su nombre en él. No dijo ni una sola palabra para amenizar la situación.

La joven lo observaba, mientras escribía, de hecho, lo apreciaba. Era probable que él no hablara para no levantar sospechas; sin embargo, su familia ya estaba agitada, mirando de reojo hacia ellos.

Como despedida, Harper hizo una venia y se retiró para esperar su turno.

Solo él sabía cómo estaba latiendo su corazón. Parecía desbocado, a punto de salir de su pecho por la cercanía con Rose. Esas sensaciones solo le aseguraban que él debería tomar la decisión de casarse con ella. Si no había amor, al menos existía algo que los impulsaba. Las miradas que ellos tenían no mentían. El anhelo de volver a estar juntos estaba ahí, acechándolos y él no quería dejar ir lo que experimentaba junto a Rose.

Capítulo 27

La música sonaba de fondo, a la vez que un grupo de danzantes se divertía con el baile. Harper aguardaba su turno para estar con Rose. Intentaba no mirar hacia ella, pero era inevitable, necesitaba verla.

Cuando la música se detuvo y las parejas comenzaron a renovarse, él fue a buscar a quien sería su pareja por esos efímeros minutos en el que por primera vez bailarían. Por primera vez conversarían y se conocerían en el ambiente en el que debieron hacerlo con anterioridad.

—Milady, he venido a por usted —anunció con aplomo.

Rose estaba expectante a su llegada. Lo había estado mirando de reojo cuando él se encontraba lejos. Todavía no entendía la razón por la que él se acercó a pedir que le concediera una pieza. El duque había decidido no volver a verla, ¿qué le hacía cambiar de opinión?

—Sí, excelencia —dijo Rose, que miró a su hermano para que él aprobara que ella fuera a bailar. Una vez que aquel asintió, el duque extendió su mano para que Rose la cogiera.

De nuevo se estaban tocando después de varios días. Para los dos eso parecía un sueño al que no le veían sentido. Se habían despreciado al conocerse, pero al despedirse, ambos habían cambiado por dentro. Sus caminos se cruzaron para no poder separarse en pensamientos, aunque sí físicamente.

Caminaban en contacto de las dos manos, mas no decían nada, solo iban al centro del salón para unirse a los demás.

Al escuchar los primeros acordes, se reverenciaron e iniciaron el baile, mirándose el uno al otro.

—¿Por qué me ha pedido un baile? —increpó Rose una vez que la pieza dejó que se acercara a Harper. Alguien de los dos debía ser capaz de romper el hielo.

¿Cómo respondería a esa pregunta? No podía decirle que era imposible olvidarla.

—No he podido olvidarla —confesó. Su cerebro no estaba sincronizado con su corazón. La razón le decía algo, pero el sentimiento lo contradecía.

El baile exigía que se separaran y que bailaran con el resto de los asistentes hasta regresar con la pareja después de dar unas vueltas. Durante esos instantes los dos podrían pensar en sus respuestas o desesperarse por contestarse con rapidez.

—¿No le parece un poco tarde? —cuestionó sarcástica, incluso herida por su comentario.

—No. Me comporté como un tonto con usted —alcanzó a decir antes de que ella volviera a alejarse para seguir los pasos.

Hablar de esa manera era desesperante para ambos. No podían conversar como deseaban.

—No, usted no ha sido un tonto. Ya sé toda la verdad y resulta que usted es inocente y no puedo pedirle nada... —confesó Rose, dejando atónito al duque.

—¿De qué habla?

De nuevo los pasos del baile los separaban. Harper estaba a punto de dejar de moverse como tonto y quedarse en un lugar para hablar con Rose, pero eso no estaba permitido. Debía soportar.

A Rose tampoco le agradaba la situación. Sabía que después del baile no podrían tener un minuto solos. Ella tenía prohibido conversar con caballeros a solas, por lo que debía hablar.

—Tengo una propuesta matrimonial y he aceptado, pronto me casaré con lord Bentley, excelencia. Usted puede sentirse tranquilo, jamás lo molestaré para exigirle nada. Él se responsabilizará por todo —musitó con rapidez al estar cerca de Harper.

—¿Lord Bentley? No, no. Cometerá un error —espetó con premura. Sentía que enloquecía con semejante noticia. Todo a su alrededor era detestable, quería que la música acabara y poder llevarse a Rose a algún lugar para conversar.

—No tengo otra opción, es eso o permanecer soltera.

—Pues permanezca soltera, yo estoy aquí...

Los últimos acordes de la música junto con los pasos no los dejaban acabar. Rose estaba asombrada por el tardío ofrecimiento del duque. Durante su estancia en la propiedad de él, se había ilusionado con que pudiera ocurrir un matrimonio entre ambos, pero la realidad era distinta. ¿Qué lo había hecho cambiar de opinión? Era tarde para ellos.

Una vez que la orquesta dejó de tocar, ellos hicieron una inclinación de cabeza como despedida y comenzaron a aplaudir para agradecer por el baile. Estaban agitados, nerviosos, ansiosos y a la vez tristes por lo que ocurría.

Harper extendió su mano para que ella lo cogiera y pudieran regresar con la familia de ella.

—¿No me dirá nada, milady? Usted quería casarse conmigo, ¿y ahora? Sé que la rechacé y lo lamento.

—No hable más de esto. Usted estableció que nuestros caminos estarían separados y lo entiendo, no lo juzgo ni lo condeno. Me casaré con su amigo, excelencia, y es lo mejor.

—Le repito que no lo haga. Puedo hablar con su hermano, puedo cortejarla. ¿Por qué aceptó su propuesta? Él no la quiere.

—Es muy tarde para pensar en eso. Lord Bentley y yo tenemos algo en común: no nos queremos, pero el destino nos une.

—¿El destino? Debe ser el demonio. No es conveniente. Es absurdo que prefiera quedarse con él antes que conmigo que la he besado y la mantuve cautiva contra su voluntad.

—Pero no fue su culpa. Lord Bentley tiene las respuestas a todos sus cuestionamientos. Gracias por el baile, excelencia. —Rose hizo una reverencia y se alejó de él para quedarse de pie junto a su hermano.

El duque aún no podía creer lo que ocurría. Todo le parecía ridículo y absurdo, pero él no sería capaz de cerrar los ojos en toda la noche si no enfrentaba el asunto. Iría tras Bradley y lo haría retroceder respecto al compromiso con Rose. Maldijo la hora en la que conoció a la joven

de esa manera. Prefería competir en el mercado matrimonial con justicia; sin embargo, consideraba que lord Bentley había hecho una jugarreta para amargar su vida después de que se acercara a lady Anabelle Winfrey. Ese desacato a su palabra lo había condenado a romper su amistad de años. En ese momento tenía que escoger entre su amigo o la paz consigo mismo. Sus pensamientos y sentimientos hacia Rose lo dominaban. Estaba poseído por los deseos de regresar a esos pocos días en los que conoció a la mujer que le robaba el sueño.

Con mucha rabia el duque abandonó la velada y fue a la casa de lord Bentley. Si era necesario lo esperaría en su residencia, pero era imposible que él esperara un día más. ¿Cómo Bradley se había atrevido a desafiarlo de esa manera?

Estaba muy enfadado. ¿Por qué cuando se había decidido a que encontró a la mujer de su vida ocurrían estas cosas? El asunto era riesgoso para su amigo, pues no quería perder los estribos. Apreciaba a Bradley, pese a que muchas veces no coincidían en conceptos y preceptos; no obstante, una joven bella que le encantaba no ameritaba la paz que podría obtenerse con una simple disculpa. Para él, lady Rose Fane se había convertido en un asunto serio e importante. Estaba decidido a tenerla así tuviera que romper amistades, secuestrar gente e incendiar Londres. Lo que él quería, lo conseguía.

Ni bien su carruaje se detuvo, él descendió con presteza y golpeó la puerta de la residencia de Bradley. Después de unos minutos, el mayordomo abrió la puerta.

—¿Su excelencia? Buenas noches... —saludó una vez se recuperó de la sorpresa de ver ahí al duque a esas horas.

—¿Se encuentra lord Bentley? —preguntó con premura.

—Sí, excelencia. Pase, por favor, lo anunciaré.

—No hace falta, puedo anunciarme solo.

Cuando el sirviente se hizo a un lado, Harper entró a la residencia y caminó hasta el salón, ahí encontró a su amigo lord Walton jugando al ajedrez con Bradley.

—¡Qué sorpresa, Harper! —exclamó Walton, sonriente.

—Es bueno verlos a los dos y no me han invitado, pero después conversaremos sobre este asunto. Necesito hablar con Bradley —expresó.

—Eres bienvenido a mi casa, Harper —dijo Bradley.

—No vine a hacer una visita de cortesía, sino más bien vine a exigirte que retires tu palabra de matrimonio para lady Rose Fane.

Walton miró a Bradley con cierto temor. Él ya estaba enterado de lo que estaba haciendo lord Bentley, aunque no suponía que eso molestara a Harper.

—No puedo hacerlo, soy la única esperanza que tiene. Además, no hay otra persona que deba casarse con ella más que yo —asumió lord Bentley.

—No hagas que me enfade. Vengo con la mejor actitud que me permite mi rabia. Sabías que ella estuvo en mi propiedad.

—Pero eso no te da derecho a exigir nada. Milady necesita un esposo, no tontos reproches de tu parte —farfulló Bradley.

—Considero que llegaste a entender que ella me ha tocado más de lo que debería. Lady Rose Fane me tiene en sus manos y no quise admitirlo. Fue un error no hacerme responsable de su desaparición —lamentó Harper.

—Debo confesarte una cosa. Tal vez, nuestra amistad se rompa para siempre, pero prefiero ser sincero que continuar con tanta hipocresía. Me conoces, siempre he sido una persona correcta y honesta, pero un día, la demencia se apoderó de mí y urdí un plan en tu contra. Mis celos hacia ti por el acercamiento con lady Anabelle, me cegaron y no pensé en las consecuencias de mis actos...

En el fondo de su mente, Harper sabía que Bradley confesaría el secuestro de Rose. Su amigo era el autor intelectual, moral y físico de los hechos. Él jamás había creído en la inocencia de Rose y hasta que ella no le dio una pista, no lo entendió. La joven ya sabía que lord Bentley era la mente maestra detrás de su desaparición.

—Bradley... —murmuró Walton para que no los delatara. No quería perder la amistad del

duque.

—Debo hablar. Harper, yo fui quien colocó a lady Rose Fane en tu baúl. Quise que te acusaran para que terminaran obligando a casarte con ella. Te quería lejos de la mujer que me interesaba y tú con tu maldita arrogancia incumpliste nuestro trato. Sin embargo, sacarte a ti del camino no era la solución, me di cuenta muy tarde que otro hombre me la había arrebatado por dormir en los laureles y nunca hacer lo que debía. Siempre tuviste razón y todo es mi entera culpa. Hoy no tengo nada que perder casándome con la hermana de lord Nottingham. Solucionaré el mal que he hecho.

—Esto no me sorprende, Bradley. No me importa el trasfondo de tu locura, lo único que me interesa es que te hagas a un lado para que yo pueda casarme con esa dama. Nos hiciste mucho daño, pero a la vez nos ayudaste a conocernos y a que este proceso fuera más corto. No supe reconocer lo que mi mente me mostraba cuando estaba con ella. Milady es una mujer decidida, tiránica y divertida. Tú no estás a su altura, y no es porque seas un conde y yo un duque, sino porque tiene un temperamento de general del ejército.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo y asumir las sanciones que lord Nottingham ha establecido para mí después de haber confesado mi fechoría. Él lo sabe todo y solo me ha pedido que le entregue papeles que avalen mi situación económica. No hace falta que asumas una responsabilidad que no es tuya, Harper.

—Para mí no será ningún sacrificio presentarme en casa de lord Nottingham y decirle lo que considero pertinente. Si no te haces a un lado por voluntad propia, yo te sacaré de ahí, Bradley. No espero romper mi amistad contigo, tampoco aspiro a que permanezcas a mi lado. El tiempo dirá lo que ocurrirá con nosotros.

—Bradley, escucha a Harper, deja que ambos se casen. Se nota que él ha encontrado a la mujer de su vida. No puedes echar a perder esto otra vez. Hay muchas mujeres en el mundo, esta dama no puede romper con una amistad de años. Encontrarás a alguien que no te tratará como un trazo. Ya te has quejado de ella y aún no se han casado —razonó lord Walton.

—Es mi deuda, ¿no lo entienden?

—Ella siente lo mismo que yo. No merece que pagues tu deuda. Esta jugada te salió bien. Me has sacado de todos los caminos a los que no quiero regresar. Mi objetivo es quedarme con

ella y saber si esto que me embarga es algo real. Necesito saberlo y solo estar a su lado responderá este cuestionamiento.

Capítulo 28

Después de llegar del baile, Rose se sentó junto a la ventana para lamentar su mala fortuna. Resultaba que el duque quería estar con ella; sin embargo, era tarde. Sería absurdo derramar una lágrima más por Harper. Él no era el culpable de sus desgracias sociales, pero era culpable de su desgracia sentimental. Se sentía tan infeliz al pensar que se casaría con lord Bentley. No era un mal hombre; no obstante, ella no podía apreciarlo como quizá merecía. Ella estaba enamorada de un inocente sinvergüenza.

Se avergonzaba al recordar la cantidad de veces que lo había juzgado y amenazado con acusarlo. Todo eso se debía a la atracción que sentía por él. Extrañaba su acercamiento y sus besos. Anhelaba saber qué le había dicho la noche en la que se quedó dormida por beber tanto vino. ¿Sería posible que se hubiera declarado a ella? Presumía que sí por su indignación al saberla en brazos de Morfeo.

—Ya he cambiado a lady Nottingham —avisó Helen que entró a la habitación de la joven—. ¿Qué está haciendo, milady?

—Observo la noche.

—¿No está feliz porque tiene un pretendiente?

—No.

—¿Quién entiende a las damas de esta casa? Tienen un caballero a sus pies, pero ellas quieren a otros. La codicia es un pecado, milady.

—Hoy vi al caballero que me agrada y ha bailado conmigo...

—No creo que lord Nottingham le niegue a ese caballero la oportunidad de luchar por usted. ¿Qué título tiene?

—Es un duque, el mismo con el que creyeron que escapé.

—¡Un duque! Su hermano tirará al conde a una fosa común para casarla con un duque.

—Tú no lo entiendes...

—No entiendo si no me explica.

—No quiero ser quien haga correr el cotilleo por esta casa.

—Me ofende, milady, soy una tumba con todo lo que se habla en esta casa.

—Puede que no seas una tumba, pero hueles como una cuando cuentas lo que no debes. No puedo hablarte de la razón por la cual debo casarme con lord Bentley.

—Yo lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Qué pregunta, milady. Las paredes en esta casa siempre tienen oídos. Ese sinvergüenza fue quien la secuestró. Escuché que lord Nottingham se lo contaba al duque de Salisbury, ya sabe que él no puede estar ajeno a estas cuestiones. Si él llegara a morir, su excelencia se encargaría de su familia entera.

—Entonces sabes más de lo que deberías. No quiero casarme con lord Bentley, pero el duque de Alcost está fuera de mi alcance gracias a la tontería de ese hombre.

—Lo que creo es que el hombre es afortunado. Se casará con una dama de su estirpe, milady.

—No es fortuna, es infortunio.

—Lo que importa es estar casada. Ninguno de los dos es un mal partido. Dependerá de su hermano.

—No hay ninguna decisión que tomar. Cámbiame —ordenó Rose. No quería pensar en esperanzas. Si albergaba algo en su pecho, podría estar destinada a sufrir más de la cuenta.

Una vez que Helen acabó con su tarea, Rose se acostó en la cama y dio vueltas intentando descansar, aunque no lo logró. La miseria mental la acechaba y eso le impedía conciliar el sueño y recuperar fuerzas después de una noche difícil.

Se quedó dormida después de mucho tiempo, casi amaneciendo. Ni siquiera se daba cuenta de que el día comenzaba a avanzar.

En la planta baja, la servidumbre trabajaba arduamente para la preparación del almuerzo en la residencia. Existía una relativa normalidad en la casa. Victoria daba órdenes, Philip se ocupaba de jugar en el jardín, Spencer se encontraba en el despacho y Eugenia leía un libro en compañía de su inseparable compañero felino y la señorita Harting. Para ella aún no había acabado la educación, todavía le quedaba un trecho.

Unos golpes en la puerta rompieron la tranquilidad de la residencia de la familia Fane.

—Ese debe ser el sinvergüenza —alegó Eugenia—. Hoy debe cumplirse el plazo que le dio Spencer.

—No cuente lo que sabemos, milady. Lady Nottingham puede oírnos. Finja que lee —mandó la institutriz.

El ayuda de cámara se acercó a la puerta para ver quién era el que había llegado.

Cuando Eugenia vio que era un hombre diferente al último que había venido, miró a la señorita Harting y le hizo gestos con las cejas.

—Es un sinvergüenza diferente —dijo en voz baja con un tono burlón.

—Puedo verlo... Guarde silencio.

—Lo anunciaré con lord Nottingham, su excelencia —comunicó el sirviente que fue al despacho para contarle a su patrón lo que ocurría.

Harper se dio cuenta de que se encontraba en un salón, con dos mujeres que lo miraban como si él tuviera un tercer ojo.

—Buen día —saludó para no sentirse tan incómodo y poco educado.

Eugenia se levantó del asiento y le hizo una graciosa venia, al igual que la señorita Harting.

—Buen día, ¿con quién tenemos el gusto? —curioseó.

—Disculpe mi poca educación, soy Harper Rottenberg, duque de Alcost.

—Un duque. ¿Usted viene a conversar con mi hermano para ganarle el lugar al otro?

—¡Lady Eugenia! —reprochó la institutriz.

—Lo siento, soy la hermana de Rose, mi nombre es Eugenia. Si se casa con ella, siempre escuchará mi nombre como un grito escandaloso y desgarrador como el de mi institutriz.

—Es un placer conocerla. Lady Rose me habló de usted y de su preocupación por un matrimonio.

—¿Ella está preocupada por mí? Le aseguro que no es la misma Rose que vive aquí.

—Si tienen el mismo apellido es usted la misma Eugenia de la que me hablaron.

—Usted es más agradable que el otro. Puede que lo apruebe...

Él le sonrió a la joven con picardía.

—Excelencia, el conde lo espera en su despacho. Sígame, por favor —pidió el sirviente.

—Con permiso —se despidió Harper, dejando a la indiscreta hermana de Rose con la esperanza de ser su próximo cuñado. Ya comenzaba a imaginar lo difícil que sería encajar en esa familia una vez que lo aceptaran. Él había ido con la mentalidad de que saldría de esa casa comprometido con Rose y así sería.

En su despacho, Spencer pensaba en muchas cosas y consideraba que el duque de Alcost fue a su casa para conversar sobre las habladurías que corrían en torno a su hermana y él. Al final eran inventos y suposiciones de lady Kirby por los que, él como cabeza de familia debía responder, pues, ¿qué más podría llevar a ese hombre a su casa?

—Buen día, excelencia —saludó Spencer, que se levantó de su silla para saludarlo.

—Buen día, lord Nottingham —correspondió Harper.

—Aunque supongo que viene por un tema en particular, prefiero no equivocarme, ¿a qué se debe su grata visita? —Spencer le indicó que tomara asiento frente al escritorio.

—Lo que me trae aquí es su hermana, milord.

—Entonces es lo que pensaba. Lo que circula en Londres son rumores, excelencia. Espero que no se moleste por las indiscreciones de lady Kirby mientras mi hermana estuvo desaparecida...

—No son indiscreciones de lady Kirby —afirmó Harper con determinación—. En realidad, mi ausencia se debió a que rapté a su hermana.

Tanto el silencio como el asombro en la cara de Spencer hablaban de la confusión que sentía en ese momento. Le resultaba incomprensible que dos caballeros se culparan por un mismo hecho.

—Deje que lo entienda. Usted dice que la raptó, pero hay otro caballero que dice lo mismo. El otro ha pedido la mano de ella.

—Y yo le pido que me otorgue la mano de lady Rose Fane. Soy el único culpable de su desaparición, no ha sido nadie más.

—Estoy confundido, demasiado confundido —manifestó Spencer sin entender lo que realmente ocurría.

—¿Acaso lord Bentley le ha dicho el monto exacto que se entregó como rescate? Yo lo tengo aquí, en la misma bolsa en la cual lo entregó el duque de Salisbury esa noche. —Harper le enseñó la bolsa de dinero colocándola sobre el escritorio.

Los ojos de Spencer miraron a Harper con cierto enfado.

—¿Por qué decidió humillar a mi hermana de esta manera? No hubiera estado en desacuerdo si la llevaba a Gretna Green para ofrecerle algo digno en Inglaterra, pero esto es inconcebible.

—Es comprensible, lord Nottingham. Debo admitir que lady Rose no estaba en mis planes. Si bien yo la he raptado por ignorancia porque mi amigo lord Bentley la metió en mi baúl. Yo no quise responsabilidades con ella porque no había sido mi elección, pero al tenerla en mi casa, la conocí y sé que es una dama maravillosa.

—Todavía osa hablar así de ella. Merece que no le otorgue su mano.

—Lord Nottingham, no haga que enloquezca aún más y termine llevándome a su hermana sin su consentimiento o contando a todos cómo han sido las cosas. No le queda más remedio que darme a mí. De aquí no salgo sin un compromiso.

—¿Está amenazándome?

—No, le estoy contando lo que haré si me niega la mano de su hermana.

—Rose escogerá con quién de los dos se casará, lo pondré a su elección.

—Eso no hace falta, ella quiere estar conmigo.

—Usted no es ella para decidir. Es mejor que cierre la boca antes que yo se la cierre de una manera poco ortodoxa.

—Le hablo con conocimiento de causa. Ella y yo nos hemos besado muchas veces en mi casa.

Lord Nottingham comenzó a abanicarse con las manos al escuchar las escandalosas confesiones del duque de Alcost. Estaba escandalizado por tal cosa.

—Puede preguntarle, hágala llamar y sabrá que esto que le digo es cierto —siguió Harper.

El conde cogió su campanilla y la agitó para después continuar abanicándose.

Después de unos instantes, su ayuda de cámara se presentó en el salón.

—Que venga Rose y también Victoria —ordenó Spencer, sofocado.

—Sí, milord.

El sirviente salió del despacho y se apresuró para buscar primero a la condesa, pues había visto muy enrojecido al conde. Tal vez necesitara apoyo moral. Después encontró a Helen y le dijo que buscara a Rose.

La doncella corrió por los pasillos de la casa y entró en la habitación de Rose como tromba furiosa. Encontró a la joven dormida profundamente.

—Lady Rose, es hora de despertarse... —Helen intentaba moverla con cariño, pero la otra ni siquiera daba señales de vida, entonces comenzó a zarandearla—. ¡Despiértese, milady! Su hermano la llama con urgencia.

Rose apenas podía abrir los ojos. Había pasado una noche y madrugada bastante largas. Se rascó los ojos y comenzó a extenderse.

—¿Cuál es el escándalo? Sabemos que lord Bentley vendría hoy a dejar sus papeles. ¿Cuál es el interés de tenerme ahí?

—¡Qué no es lord Bentley, es un duque! ¡Su duque!

Al escuchar esas palabras, los ojos de Rose casi salieron de sus cuencas. ¿Harper estaba en la casa?

—¿El duque de Alcost?

—Lo más probable. El ayuda de cámara de su hermano dice que lord Nottingham estaba muy enfadado en su despacho al recibir al hombre.

Rose saltó de su cama y corrió hacia su armario, que estaba repleto de prendas que podía usar. A causa de sus nervios no podía escoger qué ponerse. Necesitaba saber lo que ocurría.

La doncella tuvo que coger una prenda para colocársela, ya que la joven parecía ahogarse en un vaso de agua.

—Le pondré esto y la arreglaré muy bien para que baje. No sabemos si tendremos un muerto o una novedad distinta, lo importante es que debe estar presentable.

—Ningún muerto. Quiero saber lo que ocurre. ¿Será posible que el duque pidió mi mano?

—Es probable, o también quizá el asunto vaya por otra parte, no lo sabremos si no nos apuramos. La paciencia no es una virtud muy utilizada en esta casa.

Las dos se apresuraban para poder ir a la planta baja. Una vez que Rose estaba lista, bajó con prisa hasta llegar al despacho de su hermano. No dudo en abrir la puerta y encontrar ahí a Spencer siendo abanicado por Victoria y a Harper con un rostro de completa circunstancia cargado de incomodidad.

—Por fin llegas, ¿qué estabas haciendo? Ya quiero que este caballero se retire de mi residencia después de haber dicho un montón de barbaridades —acusó Spencer, molesto.

—Le repito que no son barbaridades.

—Decir que ha besado a mi hermana es un escándalo.

—Confiese la verdad, milady, si usted quiere casarse conmigo —pidió Harper.

Ella no sabía qué hacer. ¿Se comportaría como una tonta y dejaría ir su oportunidad de ser feliz?

—Es cierto, Spencer. He pasado días maravillosos en mi cautiverio, lamento haberte mentido...

Capítulo 29

Victoria agitó con mayor rapidez el abanico que tenía en su mano. En cualquier momento su esposo se desvanecería.

—¿Mentiras?! ¿Has dicho mentiras, Rose Eveline Alexandra Fane Lyon? —increpó Spencer que tuvo que aflojar su pañuelo lazado.

—Es una larga historia, Spencer. El duque pensaba que yo quería casarme de manera fácil y que por eso me metí a su baúl y creí que era él. Durante ese tiempo nos acusamos de ser culpables por eso, hasta que al final decidimos ser inocentes. Su excelencia solo parecía querer librarse de mí; sin embargo, sabía que yo lo delataría, por eso pensó en lo del falso rapto por un delincuente de poca monta. Él creía que con eso no saldría perjudicada, aunque no contaba con que su rechazo sería lo que más nos afectaría.

—Fui un tonto, milady, al no querer entender lo que ocurría entre nosotros. Estaba cegado con la idea de que no la había escogido cuando yo quería, pero quizá nuestro destino era estar juntos y mi amigo lord Bentley lo hizo posible por su tontería. Lamento haberla rechazado. Hoy estoy muriendo por pensar que se casará con otro y yo me quedaré solo con el anhelo del pasado. No me resigno a perderla. Si lord Nottingham se niega a darme su mano, enloqueceré y esta vez la secuestraré para que sea mi esposa por siempre.

—¿Qué escandaloso, lascivo ofensivo! —espetó Spencer que golpeó su escritorio con violencia—. Guarde sus ardores para otro momento. Hablaré a solas con mi hermana. Si usted quiere casarse con ella, se someterá al escrutinio familiar en una cena mañana por la noche. Además, quiero sus libros contables, por si mi hermana pierde su poco buen juicio y se arroja al abismo. Yo no sé qué creer ni a quién creerle. Tengo a dos aristócratas secuestradores y a una hermana mentirosa. Estoy en un dilema incomprensible en el que necesito la tranquilidad para despejar mi mente.

—Le pido a su excelencia que haga lo que dice mi hermano, pues yo conversaré con él y aclararé sus dudas —dijo Rose para que Spencer pudiera calmarse, ya que parecía un poco alterado.

—Está bien, pero por ningún motivo acepte a otro caballero.

—No lo haré si lo tengo a usted...

Harper hizo una inclinación de cabeza para despedirse del conde y Rose se acercó a la puerta para cerrarla y despedir al duque con una mirada de esperanza.

Al terminar de cerrar la abertura, ella giró sobre sus talones para mirar a su familia.

—Tienes muchas cosas que explicar, querida Rose —alegó Victoria con sarcasmo.

—Hasta las cosas inexplicables necesitan una explicación en este momento. Eres la reina del invento y la mentira.

—Lo lamento, Spencer, Victoria. Fue algo fortuito. Yo me enamoré del duque y debo admitirlo. Lo vi en la velada musical y lady Kirby me dijo que él estaba interesado en mí, en ese momento nuestras miradas se cruzaron y las malvadas intenciones de lord Bentley nos unieron. Ese caballero se casaría conmigo por culpa y no por afecto. Spencer, prefiero casarme por enamoramiento que por obligación. Te ruego que me dejes casarme con el duque de Alcost.

Lord Nottingham levantó la mano indicándole a su esposa que dejara de abanicarlo.

—¿De verdad estás enamorada, Rose?

—Sí, Spencer. No quería admitirlo. Deseé odiar al duque por no querer casarse conmigo, pero comprendí su punto y él comprendió el mío. Lamento haberte mentado sobre que estuve en un lugar oscuro. Él me sacó a cabalgar, a pasear, tomó el té conmigo, comíamos todos los días juntos y, pese a que no lo toleraba en un primer instante, su presencia me llenaba de una felicidad desconocida.

—Un sinvergüenza es quien te enamoró... —objetó Spencer para intentar persuadirla.

—Lo sé y ese es su encanto. Él me ha dicho caprichosa y consentida, y yo sé que lo soy. De igual forma ha pisoteado su orgullo y sus palabras para venir aquí. Él es muy egocéntrico, si ha pensado en mí, es porque me aprecia de verdad.

—Además es un duque, piénsalo, Spencer —musitó su esposa.

—Por ese lado es lo mejor que podría pasarte, pero quiero estar seguro de que te merece. Todos nuestros cuñados han merecido a tus hermanas... ¿Qué convierte a este sinvergüenza en alguien especial?

—Que yo lo amo, Spencer...

Esas palabras enmudecieron a Spencer. Se detuvo a mirarla por un buen rato en absoluto silencio. Suspiró con fuerza y miró al techo de su despacho.

—Mi dulce y amable Rose se casará con un duque. No sé si en realidad alguien te merezca y te valore tanto como yo. Más que mi hermana eres como mi hija, la niña que siempre fue apegada a mí y que me invitaba a dormir si me daba miedo algo. Era humillante, pero comprendía que era tu forma de demostrar tu afecto.

La joven derramó un par de lágrimas y sonrió antes de ir y abrazar a su hermano. Él estaba muy sentimental. Sabía que ya no necesitaría de su protección una vez que se casara.

—Para mí siempre serás todo lo que me hace bien, Spencer. Sabes que no me perderás, pues al igual que mis hermanas, siempre estaré cerca de ti.

—Odio a ese duque, lo odio mucho. Considero que nadie es capaz de merecerte.

—Spencer, deja que Rose crezca. Siempre estará contigo, te lo ha dicho. Además, no puedes ser tan romántico, todavía te falta casar a Eugenia —le recordó Victoria a su esposo.

—La regalaré al que venga primero. Cada vez está más insoportable.

—En lugar de eso, debes darle atención. Ella te quiere tanto que no puede decirlo, se avergüenza de sus propios sentimientos que la hacen ser débil. Eugenia lo ha perdido todo desde niña, ni madre, ni padre, solo nosotros, siendo la menor, se hizo camino sola a nuestro lado, con una educación para mayores. No la culpo por no poder ser distinta —aseguró Rose.

—Está bien. Es cierto, he descuidado a Eugenia, ya me encargaré de resarcir mi error. Ahora debo digerir que te casarás con uno y tengo que desechar a otro. Ya tengo experiencia en

esto.

Cuando Rose salió de conversar con su hermano, encontró al duque en el salón, él no se había ido.

—Es un gato muy hermoso el que tienen aquí —comentó al dejar a un lado al felino que se le había recostado en una pierna mientras aguardaba sentado.

—Es el gato de Eugenia —contó Rose que se sonrojó al ver a Harper que se acercó a ella para coger su mano, dejar un beso al dorso y después no soltarla.

—¿Me equivoco o tiene un diamante en una correa de cuero?

—Ese gato tiene mejor vida que mucha gente. Es el más sencillo de todos sus collares, excelencia. El gato Clauss es la mascota más consentida del mundo.

—He tenido el gusto de conocer a su hermana. Es casi tan bonita como usted y bastante atrevida.

—Es el rasgo familiar. Ella no aprueba a lord Bentley, aunque al parecer a usted sí.

—La única aprobación que quiero es la suya. —Harper se acercó a ella y acarició la mejilla de Rose con la mano que tenía libre. La otra sostenía la extremidad de ella.

—Ni siquiera hace falta una aprobación si usted sabe que es así... —confesó esperando que él la besara.

—¿Aún no se ha ido? —increpó Spencer, que tuvo que observar ese horrible momento en que el caballero se acercaba a su hermana con la intención de besarla—. Quite sus garras de ella. No insulte mi casa.

Harper tuvo que retroceder unos pasos. El hermano de Rose era problemático y sabía que sería difícil integrarse. Consideraba que lord Nottingham lo odiaba.

Rose retrocedió y se colocó junto a su hermano, bajando la cabeza, avergonzada por el trato que le daba Spencer al duque.

—Estaba de salida, milord —justificó el duque.

—De la salida de su desvergüenza. Es un desvergonzado. Hasta que no traiga lo que le he pedido, no puede ni siquiera osar en mirar a mi hermana.

—No exageres, querido. Mañana el duque estará aquí para conocer a la familia. ¿No es mejor que nos ocupemos de eso?

—Ocúpate de eso, mujer. Yo veré que el caballero deje mi propiedad. No me agrada y tampoco sé si me agradará alguna vez.

—Spencer... —murmuró Rose.

—Haré lo que quiera. Yo mismo lo acompañaré a la salida para que sepa en dónde queda.

A Harper no le quedaba más remedio que tolerar la impertinencia de lord Nottingham. Él sabía que ni siquiera estaba al mismo nivel, pues era un duque y él un conde.

—Adiós, excelencia. Ahora sabe que no es tan bueno pretender a la favorita de Spencer —avisó Eugenia desde la parte alta de la escalera al verlo irse. Su expresión era burlona y no le importaba que la mirada de su hermano la crucificara.

Él no sabía que Rose era la favorita del conde. Eso hablaba mucho de que tendría a ese hombre pegado a su ventana para saber de ella cada día. Sería difícil, pero lo superaría.

Lord Nottingham despidió al duque en el portal de su casa y después entró al salón.

—¡Me avergüenzas, Spencer! —exclamó Rose, indignada, por la actitud de su hermano.

—A mí me avergüenza tu comportamiento. Estuvo a punto de besarte.

—¡Es exactamente lo que quería!

—Eres una sinvergüenza. Esa es tu hermana favorita, Spencer —masculló Eugenia—. Sabía que ella era coqueta y que se había ido con el caballero.

—No digas tonterías, Eugenia —farfulló Spencer.

—Espero que mañana lo trates mejor, Spencer —pidió Rose.

—Lo trataré mejor si tú prometes ser decente.

—Soy decente. Un beso no es nada malo.

—Por supuesto que lo es entre dos personas solteras.

—Lo dice quien ha seducido a la niñera de sus hermanas —le recordó Eugenia que después de eso corrió para esconderse. Decir algo semejante siempre molestaba a Spencer.

—¡Pequeña desver...! —gruñó amagando que iría tras la menor de sus hermanas.

—Ella tiene razón —dijo Rose.

—No es lo mismo. Ella era una mujer ajena a mi familia.

—Para el duque yo también lo soy. Es probable que tenga muchos pensamientos inquietos por mí al igual que tú los tuviste por Victoria.

—¡No quiero oír algo así! No, no y no. Iré a descansar o terminaré muerto.

Rose vio que su hermano se retiraba con presteza. Le había dado en donde más le dolía, pero él debía entender que ella estaba enamorada del duque y que quería estar a su lado. Se sentía feliz al saber que ese caballero en realidad sí había querido estar con ella. Luchó contra sus propios prejuicios y por eso había ido a enfrentarse a su hermano. Debía contarle eso a la señorita Harting.

Rose fue corriendo hacia la habitación de la institutriz y abrió la puerta sin pedir permiso. La encontró acomodando sus prendas en el armario.

—La educación que le he dado debió llevársela un raudal —aseguró la mujer que se había asustado.

—¡Me voy a casar, señorita Harting! ¡Tendrá otra duquesa en su historial! Puede morir en paz y ser feliz. —Rose abrazó a su institutriz y la apretó con fuerza.

—¡Ay, lady Rose! —exclamó casi asfixiada por la joven.

—Soy tan feliz...

—Hace tiempo que no la veía tan contenta. ¿Qué pasó con el conde que pidió su mano?

—¿Cuál conde? ¡Oh! Ya lo recuerdo. Pues mi duque, tan guapo y gallardo, vino a culparse por los pecados ajenos para tenerme a su lado. Él es tan afortunado.

—Por supuesto. No sabe la joya que se llevará...

—¿Está siendo sarcástica, señorita Harting?

—Se entiende de las dos maneras, pero en realidad, usted es una joya de cualquier forma.

Después de contarle todo y escandalizar a su institutriz, ella comenzó a buscar la prenda que utilizaría la noche siguiente en la que vendría el duque. Deseaba agradarle mucho más. Esperaba que su familia lo recibiera con los brazos abiertos. Sabía que él era perfecto para ocupar el próximo puesto de cuñado en esa casa. También deseaba que en algún momento Spencer aceptara a Harper de buen grado. Tener a su hermano y a su esposo en armonía era algo que la haría muy feliz.

Capítulo 30

Harper pasó el resto de la tarde de ese día haciendo compras para ganarse el favor de la familia Fane. También le envió una corta misiva a lord Bentley para que ni se le ocurriera colocar un pie en esa casa, le había dicho la mentirijilla de que lord Nottingham lo había aceptado sin más ni menos. Su amigo no tenía que saber que debía presentarse con libros contables como si fuera un administrador.

—Han traído muchas cosas, excelencia. ¿Necesita algo más? —preguntó Silvester.

—Hoy me acompañarás a casa de lady Rose Fane. Llevarás todo lo que he comprado. Ahora necesito que me acompañes al despacho. Debo llevar el libro contable y el anillo que fue de mi madre.

—Lo sabía. Ella será la duquesa. También puedo comenzar a buscar a una doncella y cambiar todos los muebles de la habitación que le pertenecerá.

—Vas muy rápido. Todavía no me ha aprobado lord Nottingham.

—¿Duda de que lo aceptarán? Yo no. Es un duque. No hay nada mejor que usted.

—Tú sabes alzar el ánimo, Silvester, aumentas mi confianza.

—Es mi deber, excelencia.

Los dos caminaron por el pasillo hasta llegar al despacho. Mientras que Silvester cogía los libros, Harper tomaba el anillo que le había pertenecido a la anterior duquesa. Al ver aquel enorme zafiro, entendió que estaba dando un paso demasiado importante, sería un hombre casado. Las demás damas quedarían atrás y él permanecería con una sola, la más bella de todas.

—Quedarán atrás mis días de libertino, Silvester...

—No se sienta mal, es un seductor afortunado. No tuvo que buscar una esposa, ella ya estaba ahí.

—Mi amigo parece mi enemigo. Esta jugada le ha salido mal, pero bien a la vez. No he sido una buena persona, Silvester. Me he comportado mal con Bradley. No lo creí capaz de nada malo y menos de que secuestraría a una joven para hacerme daño. Fui un tonto y he aprendido algo: jamás debo retar los límites de alguien que conozco, porque saldrá su lado desconocido.

—Es un buen aprendizaje, excelencia. ¿Le preparo el mejor traje?

—Por supuesto. Me enfrentaré a la familia y eso lo debo hacer con gran elegancia.

El duque y Silvester estaban listos para la gran noche que los esperaba. Harper estaba tranquilo, por más que no se confiaba del todo en la reacción de la familia de la dama.

Una vez que subieron al carruaje, Silvester amenizó el viaje del duque ensalzándolo un poco más para que su confianza aumentara.

—Lord Nottingham tiene una vivienda muy elegante —comentó el sirviente.

—Adentro es mucho mejor, es un lujo silencioso, aunque el gato se lleva las miradas con su collar que tiene un gran diamante. Eso es una locura.

—Tengo entendido que ha pedido una joya para el gato.

—Me ha recibido como agrado, es mi manera de agradecer y de ganarme a la hermana menor. Considero que eso es importante para milady, que su hermana menor me apruebe. La niña es un poco alocada, pero agradable.

El sirviente golpeó las puertas de la residencia y esperó que del otro lado abrieran.

—Buenas noches, pasen, por favor, lord Nottingham los espera —saludó el ayuda de cámara del conde.

—Baja las cosas del carruaje, Silvester. Entraré a saludar.

Él entró y escuchaba los sonidos de personas cuchicheando en el salón. Por un segundo tragó saliva al ver lo numerosos y elegantes que eran. No era lo mismo verlos en un salón repleto

de gente que reconocerlos en un lugar. Junto a lord Nottingham pudo reconocer a la joven que estaba radiante, esperando por él. No había forma de que se arrepintiera de su decisión de pedir la mano de Rose.

—Buenas noches, excelencia. Quiero que formalmente conozca a los miembros de esta familia —habló Spencer que comenzó a presentarlos a todos.

Los condes de Montgomery parecían dos grandes alfiles en un tablero de ajedrez. Eran cordiales, elegantes y muy altos. Lord y lady Earl eran simpáticos y un tanto ocurrentes, le agradaba que el conde lo recibiera como un miembro nuevo, mientras los demás eran amables, el duque y la duquesa de Salisbury lo observaban como si ni siquiera perteneciera a su círculo. También estaban dos personas de edad a los que el conde de Nottingham identificó como la duquesa viuda de Salisbury y lord Sharp, tío de la condesa de Nottingham. La hermana menor del conde permanecía sonriente y algo burlona, pero sentía el mismo aire que le inspiraban los condes de Montgomery.

—Es un gran placer estar a punto de formar parte de una gran familia. He traído presentes para todos —alegó Harper para agradecerlos a todos. Buscó a Silvester con la mirada y lo primero que cogió fueron los libros contables y se los entregó a lord Nottingham—. Son para usted.

—Vaya presente —se burló lord Earl.

—También he traído un par de botellas de brandi para los caballeros. Silvester... —dijo para que comenzara a repartirlas.

—Foster, no has hecho eso al unírte a la familia, y tampoco tú, Clifford —reprochó el duque que cogió la botella que le entregaba el sirviente—. Un buen brandi se celebra.

—Para las damas he conseguido unas bellas diademas y para el apreciable felino de la casa una esmeralda.

—¿Ha pensado en mi gato Clauss? Nadie se había preocupado tanto por él. Ha llegado competencia para mi cuñado favorito —aludió Eugenia mirando al duque de Salisbury, que comenzaba a mirar con celos al recién llegado.

Una vez que entregaron las diademas a las damas y la esmeralda para la dueña del gato,

Harper pudo concentrarse en la joven. Sin embargo, lord Nottingham lo llevó a su despacho y fueron acompañados por los demás caballeros que, una vez en el recinto, observaron sus estados contables.

Las damas habían quedado en el salón, festejando sus nuevos presentes.

—Ninguno es igual. Creo que todos saben que no pueden llegar con las manos vacías —musitó Kitty que se colocaba su diadema frente al espejo del salón por el que peleaba con sus hermanas.

—Siempre supe que sería duquesa. Su excelencia es exquisito en todos los aspectos —presumió Rose, sonriente.

—¿Siempre lo supiste? Hasta ayer llorabas, no mientas —la descubrió Eugenia.

—Lo que importa es que una más irá bien casada. Hay una casa más para que vaya Eugenia en verano —manifestó Fanny.

—Es un alivio más lugares, más rotación, más años de paz. —Meredith suspiró.

—Mujeres de poca fe. Pronto me extrañarán cuando me case.

—¿Y quién será el tonto que caerá en tus garras? —curioseó Kitty.

—Un tonto cualquiera como los que están casados ustedes. Es sencillo...

Las cinco hermanas Fane comenzaron a reír hasta que vieron a los caballeros regresando del despacho.

—Rose —llamó Spencer.

—Spencer...

—Estás comprometida con el duque de Alcost. Es lo que querías y considero que tiene espalda suficiente para ocuparse de ti —pronunció lord Nottingham.

Spencer se hizo a un lado y dejó pasar a Harper junto a Rose.

Harper quitó de su levita el anillo de zafiro que perteneció a su madre y bajó una rodilla al suelo.

—Lady Rose Fane, ¿me acepta como su esposo a pesar de todo lo que ha pasado, de mi rechazo, mi inmadurez y mi demencia? —preguntó ofreciéndole el anillo.

—Su excelencia, ser su esposa es lo que más deseo. Mi corazón le pertenece, lo adora y lo perdona por todo.

El duque le colocó el anillo en el dedo y después besó su mano como señal de que su vida comenzaría a cambiar. No podía hablarle más porque tenían muchos ojos rodeándolos, aunque eso no les quitaba la emoción de haber conseguido un compromiso que en un principio ninguno de los dos deseaba.

Harper y Rose fijaron la fecha de matrimonio para el final de la primavera. Tenían pocas semanas para organizar una gran boda, de la cual se hablaba en demasía desde que fue comunicado en el periódico. Lady Kirby se jactaba de haberlo sabido primero y de que, sin ella, ese compromiso no hubiera sido posible.

El día de la unión había llegado y a Rose le había costado mucho despedirse de los sirvientes y más de la señorita Harting. Su vida cambiaría para siempre.

—Recuerde, lady Rose, usted será una duquesa, no puede correr por los pasillos persiguiendo a nadie, tampoco maldecir... lo que quiero decirle es que no le muestre esas cosas a su esposo —aconsejó la señorita Harting que la ayudó a subir al carruaje después de la despedida que habían tenido antes en donde soltaron muchas lágrimas.

—Le aseguro que con el tiempo que conviví con su excelencia, él sabe que no soy una persona que cederá ante sus caprichos y que lo arrollaré como una diligencia si no cumple con su palabra —musitó la joven que iba arreglada con joyas y un elegante y lujoso vestido marfil para su matrimonio.

—Es el encanto Fane. El duque no sabe lo que lleva —opinó Spencer ayudando a su hermana para que subiera al coche y pudieran partir.

—Tuvo a cuatro personas que le dijeron lo bueno y lo malo de los Fane y él aceptó. Lo tengo comiendo de mi mano —dijo sonriente y confiada, pues en verdad sentía que tenía al duque en donde quería.

—El amor nos ciega, pero una vez que el enamoramiento acaba, las decisiones pesan.

Spencer y Rose fueron juntos en el carruaje rumbo a la abadía. Después ellos pasarían al gran banquete que ofrecería el duque en su residencia.

—Otra hermana más... —habló Spencer que cogió la mano enguantada de su hermana y miró su anillo de compromiso.

—Una hermana menos... —corrigió Rose.

—Un cuñado más...

—Me has ganado, tienes razón. Espero que algún día su excelencia se gane tu favor.

—Si te hace feliz, será bienvenido siempre en mi casa y formará parte de la familia. Ha sabido ser diligente, servil y amable hasta el momento, aunque un poco irritante a veces.

—Tú eres el único que se irrita por su presencia y es porque me casaré con él.

—Te extrañaré, Rose. Nunca olvidaré el día en que te confundí con Eugenia. La última vez que te había visto, tenías cinco años.

—En ese entonces no nos apreciabas demasiado.

—Los tiempos cambian y yo me hago viejo. Pronto mi casa quedará vacía, solo estaremos Victoria, Philip, los sirvientes y yo.

—Tienes muchas habitaciones vacías. ¿No piensas tener más hijos?

—No me siento preparado. Estoy cansado y Philip ha crecido muy rápido al igual que ustedes. Después de que se case Eugenia, considero que comenzaré a disfrutar de mi matrimonio si no muero antes.

—Eso no ocurrirá...

Dentro de la abadía, el duque conversaba con sus amigos lord Bentley y lord Walton. Harper había decidido no cortar su amistad con ellos. Al final el asunto quedaba como una anécdota. Él era demasiado feliz pensando en que se casaba con una excelente mujer. No le importaba someterse a la tiranía Fane porque todos le agradaban.

—Esto es una locura. Todavía no puedo creer que he cumplido con mi cometido de darte una esposa —dijo Bradley que miraba la abadía casi con sorpresa.

—Una verdadera locura que me coronará como esposo en unos momentos más cuando ella aparezca.

—Su prometida se acerca, excelencia, es mejor que se coloque en su lugar —recomendó Silvester que había entrado al recinto después de ver el carruaje del conde de Nottingham.

Harper se arregló las prendas al igual que su cabello para estar presentable. La ocasión ameritaba que estuviera más elegante que nunca.

Trataba de no verse muy nervioso, puesto que podría convertirse en la comidilla de Londres cuando leyera el artículo periodístico que hablara sobre su matrimonio.

Al ver a Rose entrar en compañía de su hermano, sintió que casarse con ella era la decisión correcta. No importaba lo que tuvieron que pasar para llegar a ese momento, todo era perfecto.

Cuando Spencer entregó a Rose, ella fijó sus ojos en Harper y sonrió.

—Hoy puedo decir que la fortuna me ha sonreído, milady, pues no existe criatura más perfecta y digna que usted —aseguró Harper completamente enamorado de Rose. Su sonrisa que partía su cara en dos lo delataba.

—Espero que mañana no cambie de opinión y siga amándome tanto como yo lo amo.

—Nada me hará cambiar de opinión y mucho menos desistir de mi amor por usted...

Los dos tuvieron que dejar de lado sus sentimientos para prestar atención a la interminable ceremonia que los uniría para siempre.

Epílogo

Cinco años después...

Aquella propiedad en la que se conocieron por primera vez se había convertido en el lugar favorito para ellos al salir de Londres para respirar un poco de paz. Era el sitio para reunirse con los amigos y la familia.

Rose y el duque habían agrandado la familia y el pobre Silvester no daba abasto con los pequeños que habían tenido. Charlotte y Charles, ambos eran mellizos que sorprendieron a todos en el nacimiento. Eso explicaba la enorme barriga de la duquesa. Buscar dos nodrizas fue una terrible odisea para que los niños que cumplían cuatro años pudieran sobrevivir.

Harper nunca había vivido con tantas personas en una casa y tampoco se había sentido tan asfixiado en las visitas a sus familiares políticos. Eran demasiadas personas en el gran salón de su cuñado, lord Nottingham. Cada navidad era algo que podría volver loco a cualquiera con tanto alboroto. Sus amigos le daban un poco de tranquilidad.

Lord Walton se había casado con una dama de gran carisma dos meses después del matrimonio de Harper y Rose. Lord Bentley también contrajo matrimonio y fue con la dama que él había esperado. Descubrió que lady Anabelle Winfrey no era entusiasta del matrimonio con un marqués y decidió darse una oportunidad con el conde de Bentley, algo que a ambos les dio felicidad. La amistad entre los tres caballeros no se había roto y Rose ganó un par de amigas con las cuales pasaba ratos excepcionales.

—Deben estar por llegar —musitó Rose que se colocaba unos aretes con presteza.

—Depende de quién estará por llegar, querida.

—Nuestras amistades, por supuesto. Eugenia ha suspendido su visita por un malestar.

—¡Ja! Uno de esos malestares que dan sorpresas.

—¿Lo dices por nuestros hijos?

—Lo digo por tus excusas para no darme algunos gustos.

—Ajá. Ya sabes, no quiero forzar el pianoforte, ni hacer estallar tus tímpanos, Harper.

El duque se colocó su pañuelo con rapidez, mientras miraba por la ventana cómo Silvester, un señor mayor, era torturado por dos pequeños niños.

—¿No crees que hace falta alguna institutriz? —cuestionó Harper.

Ella también se acercó a mirar por la ventana y sonrió.

—No. Deja a Silvester. Está muy feliz con ellos. Le pediré a mi doncella que lo acompañe para que no lo destrocen. Charlotte es una gran exponente de la familia Fane.

—Es la gran gemela de tu hermana Eugenia y lo que más miedo me da es que la hija de Albert está alineada con ella. Es un demonio.

—Pronto será distinto. Todos crecemos y cambiamos, maduramos a golpes. ¿Recuerdas cuando eras un seductor?

Él suspiró y la cogió de la cintura.

—Esos momentos solo quedan en mi memoria. He perdido el toque.

—Ahora eres un seductor, pero uno afortunado. Siempre supe que querías casarte conmigo.

—Ajá. Deja el vino, pues tú has intentado todo para tenerme.

—A veces me arrepiento, pero no dura mucho tiempo, Harper. Somos felices y es lo que importa. Las peleas son parte del sabor de la vida.

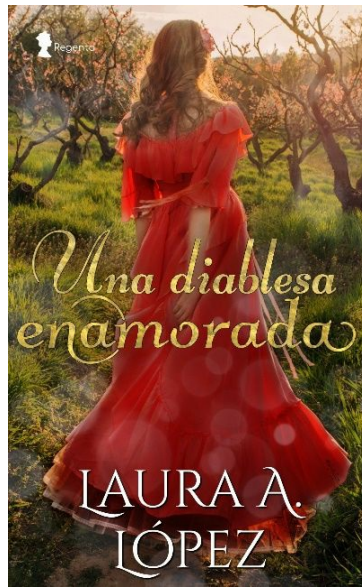
—Te amo, Rose. Agradezco que el destino te pusiera en mi camino.

—Yo también te amo, pero debo contradecirte. No fue el destino, fue lord Bentley.

Los dos sonrieron y después de eso se besaron para demostrarse una vez más que estaban juntos por elección y no por obligación.

Fin.

Conoce la próxima novela de la serie Familia Fane:



Próximamente en venta

Lady Eugenia Fane, la quinta y última hermana de lord Nottingham, había conseguido lo que sus hermanas no pudieron con facilidad: un compromiso conveniente con el marqués de Lorne. Contra todo pronóstico era considerada la joven perfecta. Con un compromiso en puerta, ¿qué podría salir mal?

Randalf Amery, un caballero noble que había sido dado por muerto en su infancia regresaba a Inglaterra para recuperar su título y tomar venganza de quienes lo condenaron a una vida que no era suya; sin embargo, se cruzaría en su camino la persona que lo distraería de su objetivo.

Una bella joven, un hombre resentido y una pasión naciente serán los condimentos necesarios para el desastre.

¿Podrán escoger entre sus objetivos y el amor que comenzaba a embargarlos?

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida*, *Belleza y Venganza*, *Amor y dolor*, *Entre las sombras*, *Obligándote a amar* y *Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita*, *La ventana de los amantes* y *Mi amada señorita Angel*.

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con: *Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno*, *Una heredera obstinada*, *Una beldad indomable*, *La esquivia señorita Millford*, *Las peripecias de los amantes*, *Nuestro tiempo perfecto*, *La dama de Sandbeck Park*, *Las oscuras intenciones de lord Coventry*, *El amante de Londres*, *Anhelos de primavera*, *Una candidata inadecuada*, *El silencio de los amantes*, *Amantes en la eternidad*, *Amantes en guerra*, *La prometida desconocida*, *Enamorar a un lord inglés*, *La acompañante del marqués*, *El candidato perfecto*, *La joven matrona*, *La herencia del duque de Gloucester*, *El esposo ausente*, *Una forajida cautivadora*, *El preceptor*, *La justicia de un canalla*, *El domador*, *La nueva esposa*, *Una solución para lord Nottingham*, *El prometido despreciado*, *Un beso irreverente*, *El querido enemigo*, *Un compromiso accidentado*, *Un caballero misterioso* y *Un seductor afortunado*.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense*, *Nuestro tiempo perfecto* y *The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquivia señorita Millford*.

